

ALEAGUARA

Marijke Schermer

La persona normal

Narrativa Internacional · Traducción de Julio Grande



ALEAGUARA



Marijke Schermer

La persona normal

Narrativa Internacional · Traducción de Julio Grande



Marijke Schermer

La persona normal

Traducción del neerlandés de Julio Grande

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@Alfaguara



@Alfaguara_es



@editorial_alfaguara

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

1

—¿Vamos en tu coche?

—Llegamos tarde.

El marido sale de la cocina. Es alto, delgado y francamente guapo. Lleva puesto un traje elegante. La sartén en las manos y el paño de cocina al hombro revelan dedicación. Deposita la sartén en la mesa y arroja el trapo hacia la encimera, a la que no llega por poco. Leo se ríe con una voz aguda y cristalina. Alicia, la vecina que hace de canguro, le pone a Osip un babero. En un par de semanas ha pasado de ser una niña andrógina a convertirse en una atracción de feria. Se ha pintado las mejillas y los labios de rojo, y lleva una ropa ridícula que enseña demasiado. Emilia ha de reprimirse para no acariciarle la cabeza también a ella. Les dan un beso de despedida a los niños.

—Conduces tú. Llegaremos a tiempo.

Sale disparada con el coche por el camino de entrada y enfila la carretera. La primera parte del trayecto transcurre por el dique, a través del ondulado delta del río, en una estrecha carretera de doble carril entre los álamos. Hay un solcillo descendente de verano con poca fuerza y sopla bastante viento. En los prados de la derecha se ven ovejas. Un poco después, en la autopista, es cuando realmente puede ir rápido, como le gusta. No hablan mucho. Por la ventanilla se introduce como una ráfaga un recuerdo de largos viajes hacia el sur, piernas desnudas asomando, cantando. Poco antes de llegar a Ámsterdam mantienen una breve discusión sobre la mejor ruta hasta la Leidseplein.

—Probablemente tengas razón —le dice ella, mientras ejecuta su propia idea. Apuesta por encontrar una plaza libre; apuesta bien y aparca cerca del teatro. Deciden que pagar les llevaría un tiempo que ya no tienen. Corren, cruzan la calle y les pasa rozando un ciclista. Bruch grita que la próxima vez deberían quedarse en un hotel; por un momento les asalta el deseo de ser engullidos por la vida de la ciudad, en lugar de tener que regresar luego —y, por supuesto, otra vez con prisas— al silencio.

Entran corriendo al teatro, suben por la escalera hacia la sala, donde son los últimos en llegar antes de que se cierren las puertas en derredor. Él dobla los abrigos, los coloca debajo de su butaca y la pellizca en el costado.

Tras los aplausos, mientras salen de la sala, se pierden. Emilia se pone a buscar durante un rato a Bruch, que no está esperándola ni en la puerta ni arriba, en la escalera, y empieza a deambular por los pasillos. Mira el teléfono. Ningún mensaje. Supone que Bruch se habrá encontrado con Vincent, el director de la obra y amigo de antes. Se pide una cerveza en el *foyer*. La actriz que interpretaba el papel de Blanche había salvado la cursi representación. Articuló todas las frases de Tennessee Williams palabra por palabra. *Parecías un hombre bueno, ¡una grieta en la roca del mundo, una grieta en la que refugiarme!* Hacía estallar la desesperación en su interior como una ola que no se rompe. Emilia había sentido en algún lugar, en un resquicio de la noche, un vacío al que ella atribuye un significado profundo y que le produce melancolía.

Sale al balcón del Ajax. Está vacío y abandonado, lo que la lleva a preguntarse si estará permitido en realidad estar ahí. Hay cajas de cerveza apiladas y dos sombrillas ladeadas por el viento. Ha llovido. Busca cigarrillos en el bolso, pero no encuentra. Bosteza. Y entonces alguien la sujeta por detrás. Una fuerte garra hace presa en su hombro. Ve plegarse sobre su rostro una mano grande y cálida que huele levemente a comino y le comprime los ojos, dedos que le rozan los labios, dedos cuyos callos ella puede sentir. Su espalda entra en contacto con un cuerpo sólido. Tras sus ojos se produce un estallido. Una llama de pánico. Inmediatamente después, toda fuerza y toda forma le desaparecen del cuerpo y resbala, sin el menor amago de huida o lucha, completamente floja, cayendo de la mano que la agarra sobre las losas de cemento mojadas por la lluvia, grandes y duras.

—¡Oye, Emilia! ¿Qué haces? —la voz amortiguada se abre paso por el silencio susurrante. Es Frank, que se ha sentado bastantes veces a comer a su mesa. Graciosillo, sin más; poseedor también, ahora que cae con efectos retroactivos, de ese aroma corporal con toques de comino por el que habría podido reconocerlo—. ¿Estás de broma? —exclama desde arriba. Transcurren por lo menos veinte segundos en los que la humedad de las losas penetra en ella a través de la tela de la ropa, en los que se pregunta si podría poner

remedio a su reacción con algún comentario. Solo después Emilia recupera sus músculos y huesos para poder levantarse—. No quería asustarte —sigue balbuciendo que estaba bromeando, que quería que adivinara quién era, ella ya sabe, ¿no? Sus enmarañadas cejas negras le confieren un aspecto asilvestrado. Le dice que fue un impulso, que no se percató de su impertinencia hasta que ya era demasiado tarde. Ella le acepta un cigarrillo, recibe fuego de él, inhala. Los dos fuman y miran la plaza que se extiende abajo, a la gente que sale de marcha y culebrea entre los tranvías. Ella se estremece dentro de su blusa fina.

—Me parece espeluznante —dice— tener esos impulsos.

Él vuelve a decirle que lo siente.

Si se te ocurre volver a disculparte una vez más, piensa Emilia, te abofeteo.

Se mira en el espejo y ve lo pálida que está. Se apoya en el lavabo. Por la laringe le sube reptando el recuerdo de una noche estival, un recuerdo que ha conseguido llevar al estado de hibernación, guardándolo en un rincón de su sistema. Se abre la puerta a sus espaldas y entran cotorreando unas muchachas. Se mete en un cubículo y cierra con cuidado la puerta. Una vez dentro, deja caer el bolso, respira profundamente y se acaricia el cuello. Luego apoya las palmas de las manos en los azulejos fríos de la pared. Vuelve a respirar, pero haciendo demasiado ruido, demasiado rápido. Cree que va a vomitar. Se sienta. No vas a morirte, es la propia respiración la que te lleva a este estado de congoja, estamos en el presente, estás a salvo. Al otro lado de la puerta, las muchachas deliberan sobre si ir o no a una fiesta. Sus voces son claras y melodiosas. Mientras las escucha, va recuperando poco a poco el control de la respiración. Se da palmadas en las mejillas para que le vuelva allí la sangre. No sale del retrete hasta que los servicios se quedan vacíos. Regresa por el pasillo semicircular entre retratos de actores, desciende por la escalera recubierta con una moqueta suave, pasa a cierta distancia de Frank, que está charlando con alguien y se agarra con ambas manos la corbata, a modo de cuerda salvavidas, mientras le guiña un ojo, como si compartieran un secreto. En el vestíbulo circular de abajo alguien está poniendo discos. Música de baile, pero nadie baila. Se pide una cerveza. Bruch se le acerca y le introduce una mano por debajo de la blusa hasta acariciarle la espalda desnuda.

—¿Estabas aquí? ¿Has estado aquí todo el tiempo? Te estaba buscando.

—Aquí estoy, Bruch. Aquí he estado todo el tiempo.

—Vámonos antes de que alguien empiece a imitar a Brando —él le da el abrigo, ella se bebe la cerveza y salen. Vuelve a llover.

—Hay dos clases de personas —dice Bruch bajo la marquesina—. Personas que son capaces de aguantar a Marlon Brando cuando grita «¡Stella!» y personas que son incapaces de aguantarlo.

Doblan la esquina. Él se detiene ante la puerta de un local. Ya han estado antes en ese café. Ella recuerda que él llevaba una camisa verde. Recuerda haberse cortado el pelo ese día, porque no cesaba de tocarse la cabeza todo el tiempo para comprobar lo corto que estaba. Recuerda la certeza con que podía sentir que lo amaba. Recuerda que se había bebido un vaso de vino antes de sacar de debajo de la servilleta el test de embarazo sobre el que había orinado un poco antes. Y que Bruch fue incapaz de reprimir el llanto. De emoción. En ese momento había estado a punto de contárselo todo.

El café ha cambiado, aunque ella no sabría decir exactamente en qué, porque las cornamentas de ciervo y los relojes de cuco que constituían el decorado de las paredes siguen allí. Piden vino y se sientan juntos.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunta a él.

—Me ha parecido terrible. ¿Y a ti?

—Es una obra tan increíblemente bella...

—¡Precisamente por eso!

—Me gusta muchísimo esa obra.

—Sí, ya lo habías dicho.

—¿Solo se me permite decirlo una vez?

—No, pero después de una sola vez ya me doy por enterado.

—Sí.

—Así que no es necesario que lo repitas.

—Por otra parte, la primera vez dije que era bella. Y la segunda vez dije que me gustaba.

—Diferencia de matices.

—En esencia es distinto. A mí no me gusta todo lo que es bello.

—No, pero te parece bello todo lo que te gusta.

—¿Es así?

—¿No es así?

—No lo sé. ¿Qué es lo bello? —confía en que no diga: tú eres bella. No dice nada. Piensa en el juego que jugaban antes en los cafés. Imaginarse la

vida de cada persona. ¿Por qué han dejado de jugarlo?—. ¿Recuerdas que estuvimos aquí hace un tiempo? ¿Que aquí nos enteramos de que estaba embarazada de Leo?

—No fue aquí.

—Sí que fue aquí.

—Te digo que no. No fue aquí. No fue aquí de ninguna de las maneras —se queda mirándola receloso, como si ella intentara introducir a hurtadillas este recuerdo con nocturnidad.

—¿Dónde fue, según tú?

—No lo sé.

—¿Cómo sabes entonces que no fue aquí?

—Lo sé sin más. Es posible, ¿no? ¡Anda, mira, Vincent! ¡Vin! —Bruch levanta el brazo. Vincent se acerca a donde están. Lanza el abrigo, las bolsas y los ramos de flores a una silla mientras se desploma como si hubieran quedado y le hubiese costado llegar. Se inclina hacia delante con uno de sus mejores ademanes, como pidiendo confidencialidad.

—He huido. Qué se le va a hacer. Es lo que hay. No hay nada que hacer. Me conozco. Me pondría a explicarle a todo el mundo todos los momentos incomprensidos. De todas formas, mañana me darán de palos en los periódicos. No comprendo por qué lo sigo haciendo. Primero es mi idea, luego se convierte en mi responsabilidad y, por último, es culpa mía. A no ser que a todo el mundo le parezca bien, naturalmente, entonces es mérito de todos ellos. Actores. Gente de la que no te puedes fiar. No entiendo por qué no me he hecho doctor o algo respetable como tú, Bruch. ¡Doctor! ¡Estupendo! ¡Sensato! ¡Dios! Hablando de doctores, eso me lleva a pensar en que voy a hacer un Chéjov, en La Haya. ¡Pero chicos! ¡Vaya! ¡Cuánto tiempo ha pasado! ¿Qué os ha parecido? Bueno, no, dejadlo, no digáis nada. A no ser que sea algo bueno. Ponme lo que estén bebiendo ellos, ponnos una botella. He comprendido esa obra en su totalidad, creedme, tengo a Blanche y a Mitch y a Stella y a Stanley aquí —se golpea el pecho con fuerza, con el puño cerrado—, en el corazón. Yo soy ellos. Los comprendo. A fin de cuentas, todo el mundo quiere ver confirmada su relevancia. A fin de cuentas, todo se convierte en una búsqueda del amor que los impulsa, que nos impulsa a todos nosotros, que me impulsa a mí, que os impulsa también a vosotros.

Emilia evita mirar a Bruch, que le pone una mano en la pierna por debajo de la mesa.

—Ha sido muy peculiar, Vin. Muy peculiar.

—Sí, bueno, sí. Ha sido..., ha sido realmente peculiar. He descubierto cosas en esa obra que no me entra en la cabeza que se me hubieran escapado antes; cosas a las que, por tanto, tampoco nadie les ha dado nunca la suficiente importancia. Una vez que ya lo sabes, te resulta clarísimo. Una vez que alcanzas el conocimiento de algo, no te explicas cómo ha podido llegar a permanecer en alguna ocasión fuera de tu campo visual. Emilia, cariño, ¿qué tal andas? ¿Qué te ha parecido a ti? —Bruch le aprieta la pierna.

—Blanche era buena.

—Christine, sí, Christine es buena. Me ha estado sacando de quicio, esa mujer solo interpreta cuando hay público delante, en los ensayos nunca hace nada, pero esta noche lo ha dado todo, es así, esta noche ha estado bien. Tal vez por eso sea tan buena Christine, porque se encuentra en una posición penosa, al igual que Blanche. Su marido la ha abandonado y está sola, y es demasiado mayor y lo sabe. Salud. Qué bien poder hablar con vosotros de nuevo. Por fin, personas que tienen algo sensato que decir.

—¿Demasiado mayor para qué?

—Demasiado mayor para un nuevo amor joven y guapo. Una mujer, después de los cuarenta y cinco, debe pensárselo tres veces antes de tirar por la borda todo lo que tiene.

—Pero es él quien la ha tirado por la borda a ella, si me he enterado bien.

—Déjalo, os ahorraré toda la historia —cierra los ojos y continúa con un tono de voz que debe de sugerir que está bromeando—. Y no tengo ganas de empezar una discusión sobre si acabo de decir algo ofensivo para una mujer. Por lo que a mí respecta, es una observación sin ningún tipo de juicio. No puedo evitarlo, decir algo no es provocarlo. ¡El final! ¿Qué os ha parecido el final? —llena las copas. Brindan. Bruch formula un par de generalidades benévolas sobre ese final que Vincent explica en su propio beneficio mientras bebe el vino con rapidez. Emilia y Bruch se ponen por fin en pie y esperan a que Vincent termine de hablar, algo que no hace. Emilia paga la cuenta. Bruch lo interrumpe para despedirse. En la puerta les grita que pronto se pasará por su casa, en cuanto tenga un día libre, que nunca tiene, hay que joderse, porque ese puto teatro siempre le está reclamando que salga a escena.

Caminan hacia el coche en silencio. En otras circunstancias, Emilia imitaría a Vincent, pero ese monólogo, la caricatura que había representado había sido demasiado triste. Bruch se sienta al volante y arranca el motor antes de que

ella haya cerrado la puerta. Él ha bebido demasiado para conducir. En el silencio del coche, por carreteras que van vaciándose poco a poco, ella piensa en su encuentro con Frank. Se pregunta si Bruch lo habrá visto. Se pregunta dónde estaría él mientras ella fue a los servicios. Se pregunta en qué estará pensando. Él tuerce hacia la casa y para el motor. Como el camino es cuesta abajo, mantienen la velocidad. Pasa casi un minuto hasta que se detienen por completo. El silencio cae sobre el coche.

—Vincent quiere hacernos creer que toda esa escena de la violación es una invención suya. Una noción nueva o algo así.

—Y, en realidad, ni siquiera ha sido una violación.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo escenificaba como algo más o menos agradable.

—¿Sí?

—Eso ha sido lo peor de todo.

—Creía que te había parecido bella.

—Dije que la obra me parecía bella.

—Ah.

—La obra. De Tennessee Williams.

—Sí, sí, sí, sí, ya sé de quién es la obra.

Al abrir la puerta principal, la de la cocina se cierra dando un enorme portazo. La estufa brama y todas las lámparas están encendidas. En la encimera hay una botella empezada de whisky de malta de cuando Emilia nació y quedan algunos restos de cubitos de hielo derritiéndose en el molde. Las puertas del jardín están abiertas y la cortina se abomba hacia afuera como la vela de un barco. El trapo que Bruch había lanzado hacia la encimera antes de salir esa noche sigue en el suelo, en el mismo lugar. No se ve a Alicia por ningún lado. Emilia la llama. No recibe respuesta.

Han abandonado la cocina a toda prisa y de manera imprevista. El aire se le solidifica en la garganta y el pánico le estalla a Emilia por la piel, transformándola en carne de gallina. Deja caer el abrigo y el bolso en el suelo de la cocina y sube corriendo por la escalera. Abre la puerta del dormitorio de Osip y, en la franja de luz que entra al hacerlo, ve enseguida que se encuentra en la cama. Le pone una mano en la cabeza para ver si está vivo. Él hace un ruidito. Cálido, durmiente, intacto, concluye, mientras cierra la puerta despacio y abre la de Leo. El rígido rectángulo blanco de su cama clarea en el dormitorio oscuro. Ni mantas ni peluches ni Leo. Golpea con el puño el

interruptor y, por un instante, la luz convierte en algo muy cotidiano el aspecto de la habitación desordenada y vacía. Los juguetes dispersos por el suelo, los rotuladores con los capuchones al lado sobre la mesita. La ropa colgada en el armario de madera. En la pequeña banqueta infantil hay un muñeco decapitado. De forma mecánica busca la cabeza durante un breve espacio de tiempo, pero no la encuentra. Hay una colección de piedras y conchas y ramas apiladas sobre el alféizar. La cortina está descorrida, la ventana entornada. Se ve a sí misma en el reflejo, una mancha. Tiene que gritar, piensa, mientras sale del dormitorio sin hacer ruido y ve a Bruch subiendo la escalera.

—¿Qué coño está pasando? ¿Qué estás haciendo?

—Leo no está —dice.

—¿Qué quieres decir con que no está? ¿De qué estás hablando? —le pregunta cuando pasa por delante de él, de nuevo hacia abajo. Entra en la cocina y se deja caer de rodillas junto al abrigo y el bolso, buscando el teléfono. En un secuestro cuenta cada segundo, por cada hora que no se encuentra a alguien se reducen a la mitad las posibilidades de que todo acabe bien. ¿Por qué Bruch no sale corriendo por la puerta del jardín, por qué no grita, por qué no hace nada? Ve ante sí cómo se llevan a Leo sobre un hombro, enrollado en su edredón. Ve ante sí cómo le pegan, lo torturan, abusan de él. Ve ante sí las diferentes maneras en que lo asesinan. Ve ante sí cómo tiran su cuerpo al río, a un hoyo en el suelo, en bolsas de basura. A través de las puertas abiertas, por las que la cortina entra y sale, el viento introduce algunas hojas. Vacía el bolso sacudiéndolo: pañuelos, tampones, caramelos, lapiceros, una corteza de pan, una memoria USB, horquillas para el pelo, cuadernos, un periódico, muñecos de Playmobil, dinero, tarjetas sueltas, cigarrillos, rímel y un chupete.

¿Por qué están viviendo aquí? Tan en el culo del mundo.

2

Descubrían de continuo cosas nuevas. Un tercer o cuarto ciruelo, un círculo de piedras en espiral, elegido cuidadosamente algún día por alguien y colocado allí, arbustos de grosellas espinosas, un corazón grabado en el tronco de un tilo, rosas, un pozo seco, un rincón repleto de hierbabuena y melisa que bautizaron como su campo de té. Descubrieron que la colina de detrás no era ninguna colina, sino una montaña de escombros recubierta de vegetación. Si había algo maduro, lo recolectaban. Hacían mermelada de ciruelas amarillas. Masa de bizcocho que rellenaban de ciruelas negras, lo que acababa generando una tarta agri dulce, pegajosa y rosada que se desmenuzaba. Hacían compota y tarta de manzana. Una vecina se pasaba por casa y les indicaba cuál era el aegopodio o hierba de San Gerardo, que proliferaba por doquier. Bruch descubrió por internet que, además de una plaga, era algo con lo que se podía hacer sopa o pesto. Estaban decididos: no iban a someter a la naturaleza, le darían la vuelta y serían ellos quienes se dejaran domesticar.

El otoño transformó el aspecto del jardín a un ritmo tempestuoso. Las perspectivas del posterior efecto de las estaciones, lo determinantes que serían aquí, les inspiraron mucho respeto. Se dieron cuenta de que pasaría una eternidad antes de que pudieran sentir el entorno como su auténtico hogar. Daban paseos por la finca con Leo en la mochila portabebés. A ochenta metros de la casa, el embarcadero desvencijado, el río que fluía de izquierda a derecha, siempre de izquierda a derecha, como un verso, había dicho Bruch la noche en que se percataron de esa peculiaridad.

Al principio habían comprado revistas de decoración y visitado tiendas de mobiliario de cocina. Habían hecho dibujos e ideado variaciones. Querían tirar paredes, poner en otro lugar la escalera, recubrir la buhardilla con madera. Al cabo de una semana, decidieron dejar la cocina Bruynzeel amarilla de los años cincuenta como estaba. Y durante las semanas siguientes fueron abandonando también uno a uno el resto de los planes. La casa, por anticuada

y deteriorada que estuviera, estaba bien. De momento, el lugar preferido de Emilia era el porche acristalado. El vidrio de las ventanas tenía una decoloración apenas perceptible, por la que incidía la luz de una manera increíble. Se tumbaba con Leo sobre el vientre a la cálida luz de un amarillo polvoriento y se pasaba tardes enteras dormitando.

El trabajo de Bruch en el hospital regional no comenzaba hasta mediados de octubre y Emilia estaba de permiso. Pasaban casi todo el tiempo juntos. Desembalaban cajas, leían, se tumbaban en la hierba, miraban las nubes y se bañaban en el río. Miraban la cara tranquila y seria de Leo, que yacía indefenso y parecía al mismo tiempo unido a algo que se encontraba fuera del alcance de ellos, una conexión que le proporcionaba autonomía. Era un bebé muy bueno. Si lloraba, ella sabía consolarlo. Dormía mucho y comía sin dificultad. Durante el embarazo Emilia había sentido rechazo hacia su cuerpo abultado, sobre todo hacia la notoriedad de esa transformación, pero ya había dejado de albergar pensamientos de ese calibre sobre sí misma. Estaba en el mundo un poco por estar.

Una tarde le hizo una paja a Bruch mientras le daba el pecho a Leo. Miraba la boquita de Leo alrededor de su pezón y el rostro concentrado de Bruch. Había llegado a un nuevo universo, aislado del mundo exterior, relacionado íntimamente con una profundidad vertiginosa. No existía ningún conflicto entre su cuerpo como amamantadora y protectora de su hijo y la relación sexual con su marido, todo se confundía de manera inconsútil. Su felicidad era una embriaguez que convertía su existencia en algo muy real y, al mismo tiempo, la borraba. Era intensa como un enamoramiento, pero de una consistencia mucho mayor, por lo que carecía de cualquier asomo de volatilidad. No se trataba de una ausencia de pensamientos. Era más como si su personalidad hubiera desaparecido. Era una cabeza y era un cuerpo, pero no había ningún envoltorio que lo englobara todo, ninguna concordancia, poca reflexión. Eso la dispersaba. Antes de que lo experimentara y después de que al poco tiempo acabara de desaparecer, su existencia y lo agradable que le resultaba eran completamente inconcebibles.

Se les ocurrió que deberían dar una fiesta. Para celebrar a la vez el

nacimiento y la inauguración de la casa. Sería el cierre de ese periodo sin obligaciones y también marcaría el comienzo de la nueva realidad. Enviaron invitaciones con manchas de ciruela e introdujeron hojas otoñales en los sobres. Ordenaron la casa y prepararon camas para los invitados. Reservaron las tres habitaciones de la pensión del pueblo. Compraron a los vecinos unos pollos que fueron anestesiados, decapitados, vaciados, desplumados y envueltos en su presencia. Colgaron farolillos en el jardín.

—¿Comemos fuera, en la mesa larga? ¿O hará demasiado frío?

—Hace demasiado frío.

—A Jacob le parecerá un edificio en ruinas.

—El propio Jacob es ya una ruina.

—¿Crees que vendrá todo el mundo?

—Casi todo el mundo.

—¿Crees que deberíamos cancelarlo? —Leo empezó a llorar en la cocina.

—No digas tonterías.

—Voy a hacer la compra.

—Leo está llorando.

Cogió las llaves y la cartera del armario, salió, se subió al coche e ignoró a Bruch, que la llamaba desde el vano de la puerta, agitando los brazos en el aire. Llegó hasta el supermercado. Hizo la compra. Después se tomó un café en una cafetería. Leyó los periódicos, leyó los folletos que había sobre la mesa, leyó la carta del menú. Cuando iba conduciendo de vuelta a casa, se sintió mal. Iba por la estrecha carretera. Se le humedeció la blusa por la leche.

Bruch estaba enfadado. Se había sentido desvalido durante tres horas.

—Está durmiendo, Bruch.

—¿Desde hace cinco minutos!

—Voy a despertarlo.

—¡Por agotamiento! ¡No lo hagas!

Ella se desnudó de cintura para arriba y sacó a Leo de la cuna. Tenía que aliviarse, porque iba a estallar en pedazos. Vio cómo los miraba Bruch. Al niño que devoraba a su madre, todo sonrojado. A la madre que, igual de sonrojada y con los pálidos pechos mojados, lloraba en el sofá. Ya se había terminado: el agujero en el tiempo, la irreflexión del paraíso, el idilio.

Acudieron unas veinticinco personas. Amigos de ella y amigos de Bruch. Sus colegas Eddy, Martijn y Josepha. Mascha y Abdul, a los únicos que habían

conocido juntos, durante unas vacaciones en España, y que resultó que por entonces vivían en la misma calle. Los hermanos de Emilia estaban allí. La hermana de Bruch, Philippa, y sus tres hijas, que se fueron al cabo de una hora, y sus padres, que tenían un aspecto avejentado y torpe con su ropa formal. En el crepúsculo incipiente se pusieron a mostrar el jardín, las vistas, la cantidad de espacio. Llegaron a mostrar hasta la propia puesta de sol.

—¡Mirad! —dijo Bruch—, mirad cómo se retira el color, cómo todo se simplifica hasta convertirse en un contraste, y luego, si no hay luna, ya no se ve nada más, ni tres en un burro, ¡chicos, mirad!

Les habían incitado a oír el silencio. El silencio que pendía en el jardín, entre el susurro de los árboles y el chapoteo del agua y los crujidos causados por los animalillos. Bruch iba nombrando los árboles y las plantas; Arend, el marido de la señora del aegopodio, no cesaba de corregirlo, hasta que al final Bruch solo decía de todo lo que veía: «Y este, señoras y señores, este es el castaño». Estaba representando la versión urbanita de sí mismo, que se correspondía con sus amigos urbanitas, quienes consideraban la naturaleza solo una extravagancia.

Alguien preguntó qué suponía en realidad vivir al otro lado del dique, qué posibilidades había de desbordamiento. El hermano de Emilia, Jacob, se sacó el puro de la boca y dijo: «A Emilia y a Bruch les encanta ese riesgo. Vivir aquí estira la seguridad estática de la familia hasta convertirla en una felicidad que es más inestable y, por tanto, más significativa. En cualquier momento puede terminarse. Tampoco puedes contratar un seguro para conservarla, así que, si sale mal, y siempre sale mal, no queda nada más que el meollo de la existencia». Todos se rieron, pero cuando su mirada atrapó la de Jacob, vio ira en sus ojos. Tenía que haberse quedado junto a él. Se había tomado su mudanza como una traición. Emilia reprimió el deseo de desaparecer en el rincón más lejano de la casa. Abrió el champán y cortó la tarta de pera en porciones. Leo dormía en un canastillo de mimbre, envuelto por completo en sus mantitas.

Una vez que la magia se hubo roto, esas primeras semanas desaparecieron en el dominio de los sueños. Emilia volvió a descender rápidamente a su molde familiar. Aunque no tenía la sensación de haber perdido nada, estaba muy claro que había reencontrado algo; algo conocido, algo inexorable.

3

Encima de ella está el techo. En el estucado se ramifican, como ríos, las grietas. El sol incide en un charco sobre el parqué. Intenta adivinar qué hora es y falla por una hora. El vacío, en el que registra el suave calor de la cama pero al que la conciencia aún no ha regresado, ha durado hoy, a lo sumo, tres segundos. Luego volvió todo a su pensamiento. Los chicos. Alicia. La representación. Frank. Abajo oye piececitos corriendo y voces alegres. Desde muy lejos el viento trae los lamentos de una segadora. Emilia vierte en su garganta seca el té que se encuentra al lado de la cama. La resaca es el equivalente físico de la vergüenza.

Se levanta, se pone una chaqueta, evita mirarse al espejo, sale de la habitación. La cocina está recogida, el contenido de su bolso colocado en una bandeja. La botella de whisky se halla de nuevo arriba, en el armario. Aunque ha conservado esa botella durante más de diez años y ese whisky, al igual que ella, ahora tiene cuarenta y dos, no estaba especialmente bueno. Bruch le ofrece café y, con un dejo de burla en la voz, le pregunta si está bien. Ella asiente con la cabeza, pero él ya se ha dado la vuelta. Sí, le dice, sí, estoy bien. Él le pregunta si puede ir a nadar. Por supuesto, le dice ella. Le gustaría que la rodeara con sus brazos, pero él sube por la escalera. Con el rabillo del ojo ve a Osip echando agua al suelo con una regadera pequeña. Leo está tumbado boca abajo, viendo una película. Emilia coge el periódico de la mesa, le quita la regadera a Osip ofreciéndole una galleta a cambio, echa una toalla sobre el suelo mojado y va a sentarse junto a Leo. Al cabo de medio artículo, el periódico se encuentra en el suelo, Osip está sentado sobre su regazo y Leo le cuenta simultáneamente con la película lo que va pasando. Bruch atraviesa el jardín en dirección al agua plateada y brillante. Cuelga el albornoz en el poste. Se zambulle en las profundidades con su pálida piel. Avanza con dificultad por debajo de la superficie del agua con los músculos tensos. ¿Por qué no le ha contado lo de Frank? Porque era raro y embarazoso y

difícil de contar. Porque se ha acostumbrado a no contar las cosas. El verano en que lo conoció, cuando decidió no contarle lo que había sucedido, marcó el tono. Lo que ha ocurrido no me determina, alegó contra sí misma, al contrario: es algo que se deslizaría por delante de mí, privándole de la verdadera visión de mi persona. Es un acto de autonomía decidir si permites que un acontecimiento pase a ser algo importante en tu vida o no. ¿Es eso cierto? ¿Se trata de una concepción o de una huida? ¿Puede retomarlo? ¿Se puede responder a una pregunta años después de que haya sido formulada? Recuerda pensamientos que había olvidado. Cuando el hombre le golpeó el rostro con el puño, pensó en la vez en que, de niña, le pusieron una inyección en el trasero. El doctor le dio un azote en la nalga con la mano abierta, lo que distrajo su atención, haciendo que se relajara y que fuera menos consciente de cómo, al instante, la aguja penetraba en la piel. Se había sentido engañada, tan pequeña como era, por ese método tan obvio.

Leo le dice cómo se llaman todos los que aparecen en la película y Emilia tiene que adivinar si son buenos o malos. Es fácil, ya que por su aspecto se puede averiguar claramente en qué parte del espectro ético se encuentran esos personajes. Leo se cuelga encima de Emilia y le enreda el cabello entre sus manitas. Osip intenta mantener el equilibrio sobre sus rodillas, que tiene levantadas, pero se cae una y otra vez, y ella le hace cosquillas hasta que se pone a dar gritos e intenta liberarse de sus garras. Antes de tener hijos no se hacía a la idea de que el contacto fuera a ser tan físico, tan sensual, tan ilimitado.

El puñetazo permanece en sus pensamientos. ¿Cuántas veces le había pegado? ¿Seis, veinte veces? ¿Cuál fue el golpe que le rompió la mandíbula? ¿De veras era posible contárselo todavía a Bruch? ¿Recordaba aún cómo había sido? ¿Se puede reconstruir algo doce años después? El rostro que una vez creyó que reconocería siempre y en todo lugar ha desaparecido de su recuerdo. Si se esfuerza por traerlo a la memoria, parece el rostro de Frank, pero está segura de que no se parecía al suyo, de que eso se debe exclusivamente a lo que pasó ayer y es una manera estúpida que tiene su memoria de decirle lo poco que puede fiarse de ella.

—Ya ha terminado.

—Pues apágala.

—Quiero ver otra película.

—No, Leo, apágala.

—¡Pero es que quiero ver otra película! Esta era muy corta.

—Leo.

—Por favor. Mamá. ¿Mamá? ¡Mamá! Esta era muy corta, de verdad.

—No.

—¿Pues vas a leerme algo entonces?

—Luego.

Leo se va y entra en la cocina pataleando, enfadado.

Había chantajeado a Alicia, le explicó esta. Leo quería dormir en la cama grande, no en la suya. Luego le pidió perdón. ¿Chantajeado con qué?, le había querido preguntar Emilia, pero Alicia la había mirado con enorme desprecio. Bruch no había vuelto a aparecer. Ella se había quedado sentada, jadeando entre el contenido de su bolso mirando cómo Alicia escribía el número de su cuenta bancaria en la pizarra porque no esperaba que Emilia fuera a sacar un monedero. Mirando cómo se bebía tranquilamente la copa que primero había ocultado tras la espalda, antes de dejarla despacio en el fregadero.

Osip se queda dormido en un rincón del sofá mientras ella se come un huevo que le han dejado en la encimera y se pela una manzana. Bruch lleva fuera casi una hora. ¿No es eso mucho tiempo en un río bastante frío? Su albornoz ha transformado el poste en una bandera roja. Leo está jugando con su Lego. Le deja un plato con manzana al lado, en el suelo, y tapa a Osip con una manta. Sale al jardín. Sopla el viento y hace más frío de lo que creía. Camina por la hierba. Está muy crecida. Un poco más y estará demasiado alta para el cortacésped y solo podrán rebajarla con la guadaña. Cuando era niña, en el gran jardín trasero de la casa de sus padres, colocó una mantita cuadrada y morada entre las ortigas, que tenían la altura de un hombre adulto. Luego se quitó el pantalón y la chaqueta y se sentó a leer en ropa interior, oculta y presa al mismo tiempo. A lo lejos oía gritar a su madre.

Le coge el albornoz. En el embarcadero están sus chanclas. El viento produce unas olas largas y picudas en el agua gris. El agua está alta. Al otro lado hay dos vacas mirándola. ¿Siempre nada tanto tiempo? ¿Nada primero a favor de la corriente o a contracorriente? Se da la vuelta y regresa, un poco intranquila y rebelándose contra esa sensación. La casa le parece pequeña y agazapada, en medio del jardín. Bajo una lona grande, al lado, hay material de obra, vigas de madera y una escalera metálica. La cocina, la reconstrucción

del tejado, al final lo van a hacer todo ellos.

Dentro todo sigue igual, su marcha y su regreso no se han notado. Osip duerme, Leo juega y no ha tocado la manzana. Emilia se queda durante un rato inmóvil en la cocina. Tiene que hacer algo contra la sensación que se ha apoderado de ella. Debe procurar volver a las sencillas cosas cotidianas y olvidar de nuevo lo que se había propuesto olvidar.

Emite un grito involuntario cuando el timbre quiebra el silencio. ¿Quién será? Domingo por la mañana. Las diez y media. ¿Alguien que viene a decir que Bruch se ha ahogado? Leo se queda mirándola. Cuando Emilia pone la mano en la puerta del pasillo, a sus espaldas se abre la corredera del jardín. Vuelve a asustarse. Se da la vuelta despacio. Bruch está en el vano con el pelo mojado y la cara moteada de frío. Se queda mirándolo fijamente mientras lo ve apoyarse en la parte superior del quicio de la puerta.

Llaman de nuevo.

—¿Esperas a alguien? —le pregunta Emilia.

—A Sophie y a Douwe, ¿no? ¿O no? ¿Tan pronto? —mira el reloj.

—Mierda. Lo había olvidado.

Sophie es una colega de Bruch. Ella y su marido Douwe, habían prometido ayudarles a demoler el cobertizo que hay detrás del jardín.

—No se dice mierda —la reconviene Leo—. ¡Ya abro yo!

—Muy bien. Diles que enseguida estamos.

Y, en una repentina reactivación de energía, Leo corre hacia la puerta mientras ella y Bruch salen disparados escaleras arriba. Él pasa al cuarto de baño y abre el grifo de la ducha. Ella entra en el dormitorio. Cuando está ante el armario, Bruch se pone detrás, la coge por la cintura y la besa en el cuello. Le pone la mano en el pecho por debajo de la camiseta. Tiene la mano fría y rugosa por el agua del río. Ella gime. «Gimes», le susurra al oído. Luego la suelta y desaparece en la ducha. Ella se viste despacio. En el cuarto de baño se peina y se recoge el pelo mientras el espejo va empañándose. Baja la escalera y toma aire en el último peldaño, como si fuera a zambullirse en el agua.

—¿Cómo se cruzaron los caminos de vuestras vidas? —tan pronto como lo ha preguntado, se ve anhelando la pregunta de ellos, escuchar su propia historia.

- No.
- Los caminos de nuestras vidas no se cruzaron.
- No recuerdo ningún momento en que Sophie no haya estado en mi vida.
- Su hermana jugaba con mi hermana.
- Fuimos al mismo colegio.
- Yo estaba un curso por debajo de él.
- Íbamos juntos a clase de natación.
- Jugábamos con todos los niños del pueblo de nuestra edad.
- Éramos unos doce.
- Su madre cosía vestidos para mi muñeca.
- La primera vez que nos besamos teníamos quince o dieciséis años, creo.
- Más o menos.
- Pero ya llevábamos dos años de novios.
- Cuando empezamos la universidad, yo en Leiden y él en Delft, estuvimos separados tres trimestres.
- No funcionó. Nos echábamos de menos.
- Sentíamos que nos faltaba algo.
- Una incursión en lo desconocido para descubrir definitivamente que no había nada que buscar.
- Ya lo habíamos encontrado todo.

Como para seguir ilustrando sus palabras, ella le había estado quitando briznas de hierba del pantalón durante esta antífona, mientras él mantenía la mano abierta para recibir esas briznas y dejarlas sobre la mesa. Como si sus piernas le pertenecieran también a ella. Sus manos estaban tan compenetradas como la mano izquierda y la mano derecha del mismo propietario. Ese estudio sobre una vida no compartida entre ellos, una vida con otros, ¿habría tenido sobre todo un carácter sexual o habría incluido también otras cosas? ¿Es la vida íntima de los amores de juventud más profunda e intensa, o precisamente no lo es porque no hay ningún misterio, ningún pasado desconocido, ningún abismo que haya de ser salvado? ¿Qué es el misterio en realidad? ¿El hecho de que el otro haya tenido una vida que le ha ido conformando lejos de ti?

- Y ahora vivimos junto a la casa donde se crio Douwe.
- ¿En la calle donde jugabais al escondite?
- Exacto.
- ¿Y vuestros hijos?
- Tienen catorce, quince y dieciséis años.

—Y también han jugado al escondite en esa misma calle.

—O a lo mejor no era al escondite.

Bruch escancia vino en las copas y ahora también se quita briznas de hierba de la ropa. La evolución de un niño hasta convertirse en un hombre o una mujer de cuarenta años no puede transcurrir sin curvas ni vericuetos. ¿O sí que puede? ¿La condición de un amor eterno es una mirada abierta? ¿O un carácter estable? ¿O una forma de desinterés eficaz?

—¿Y vosotros?

Ahora les toca a ella y a Bruch representar su obra de teatro. Contar la historia que ellos, al igual que todas las parejas, no van a narrar por primera vez y que sabe de formulaciones arraigadas. La versión compartida de su historia. El relato que en realidad no cuenta nada. El relato que sustrae el abismo de la vista. Ella toma un trago de vino. Durante toda la tarde Sophie y Douwe y Bruch han estado trabajando. Ella se había quedado en casa y había intentado entregarse a los niños. Se bañó con ellos, estuvo leyendo en la buhardilla mientras ellos jugaban, cocinó con el sonido de fondo de las voces histéricas de los dibujos animados. Luchó contra el sueño, contra el aburrimiento apático del día. Esos tres tienen un aspecto sano y alegre. Llevan puesta ropa de trabajo y tienen polvo en el pelo. Tienen ganas de comer. Hoy han creado algo, aunque solo sea una montaña de escombros en un remolque.

—En una fiesta en casa de mi hermano.

—Pero ella no se acuerda.

Risas. Siempre.

—La segunda vez, para mí por tanto la primera, fue en el hospital. Yo había llevado a un vecino al que habían atropellado. Él trabajaba allí. Nos encontramos en el vestíbulo por casualidad. Nos pusimos a hablar. Dimos un paseo por el parque durante su pausa para comer.

—¿Y cuántos años teníais?

—Treinta.

—Treinta y cuatro.

—Nos veíamos todos los días, pero no en nuestras casas. Paseábamos por la ciudad, tomábamos algo en los cafés y en las terrazas.

—Fue un verano caluroso.

—Nos tumbábamos en los parques. Cogíamos un tranvía hasta la última parada y regresábamos andando.

—Nos besábamos en las esquinas y en los cafés y caminábamos y

caminábamos y hablábamos de todo tipo de cosas, nada del otro mundo.

Eso era cierto. Entonces no se contaban casi nada de sus vidas. Ya habían pasado de los treinta, habían recopilado temas de conversación durante media vida. Pero solo vivían en el presente, debe de haber sido algo así, ella no recuerda ningún motivo, pero sí una sensación liberadora y una noción de actualidad. Qué les parecía ahora algo, cómo miraban ahora algo. Estaban fuera y no formaban parte de nada. Eran los primeros seres humanos. La ciudad estival era su paraíso. Se describían mutuamente sus casas. Él tenía un apartamento en una sexta planta. Una cosa cuadrada, decía, con tres habitaciones y una cocina alrededor de un vestíbulo espacioso. Ella se preguntaba si todo este ritual de apareamiento envolvente significaba en realidad que él tenía una relación. Si era así, no importaba. Solo había un destino hacia el que les propulsaban sus sentimientos. Si era cierto que él estaba con otra persona, solo hacía falta un poco de tiempo para solucionarlo, lo único que se interponía entre ellos y ese destino era ese poco de tiempo.

Él le contó que antes había vivido allí con alguien. Tiempo antes, aunque no dijo hacía cuánto había sido ese antes. Se llamaba Mariette y corría maratones, más no llegó a averiguar. Todavía recuerda cómo le miraba las manos, los largos dedos delgados, y que pensaba en los pacientes a los que tocaba con esos dedos. Todavía recuerda cómo maniobraba con las manos debajo y dentro de su ropa y la tocaba, ansioso, vigoroso y preciso. Ese último día del principio ella le pidió que cerrara los ojos y que la describiera de la forma más detallada posible. Fue escalofriante y excitante. Fue como si la estuviera dibujando, como si su cuerpo se amoldara a la descripción y poco a poco fuera convirtiéndose en quien él decía que era, como si ella rellenara los contornos que él le otorgaba. Se fue a casa como nueva. Cuando, achispada por el vino y atrapada por el enamoramiento, estaba ante la puerta, él apareció a su lado, su agresor. Emilia compartía la puerta de la calle, que daba a su apartamento de un dormitorio en la segunda planta, con seis personas más, y en el edificio había mucho movimiento; supuso que viviría en alguna de las otras habitaciones. En ningún momento se le pasó por la cabeza que ese hombre extraño estuviera allí por ella. Lo saludó. Le dejó pasar, le dejó entrar, no tuvo que forzar la puerta. Solo tuvo que derribar sus barreras.

—De repente, de un día para otro, ya no quería volver a verme. Habíamos estado cenando en una terraza. Lasaña. Yo tenía guardia. Empezaba a las diez. El hospital estaba hacia el lado opuesto de su casa y ella me acompañó un

rato; nos despedimos. Por la mañana la llamé por teléfono, pero no me lo cogió. Le dejé un mensaje en el contestador. Me fui a dormir y, cuando me desperté, volví a llamarla. De nuevo no me contestó. Seguí llamando, me imaginé que se me había pasado algo por alto, que había quedado en algo con un amigo o una amiga para salir de la ciudad, ni idea. Ni siquiera sabía dónde vivía. Sí conocía la calle, pero no el número, nunca habíamos estado en nuestras respectivas casas, solo nos habíamos visto fuera, en establecimientos públicos. Esa tarde fui de nuevo a trabajar. Lo intenté otra vez por la noche. Pensé que tendría que estar en casa para entonces, pero seguía sin cogérmelo. Volví a dejar un mensaje en el contestador. Estaba preocupado. Al día siguiente no pude dormir. Llamé al amigo que me había llevado a la fiesta de su hermano. A través de él, conseguí el número de Jacob, pero no quiso darme su dirección. Esperé hasta que se hizo de noche, volví a llamar una vez más, y otra, y otra, ya me sentía incapaz de dejar más mensajes. Me centré en el trabajo. Al cabo de una semana, Jacob volvió a llamarme. Me dijo que Emilia no quería verme de momento y que no debía volver a llamarla. Tenía que pensar, me dijo Jacob.

—Guau. ¿Y cuánto duró todo eso?

—Casi tres meses. Y yo no tenía nada. Ni siquiera una foto. Me olvidé de su aspecto. Llegué a creer que la había soñado.

Emilia envuelve con las manos la taza de té y apoya la cabeza sobre la mesa. Mira desde ese ángulo inclinado cómo él vacía los armarios de la cocina y mete todo en cajas de cartón y de cerveza. Apoyándose en una rodilla, saca las sartenes. Las pelusas de polvo se arremolinan al sacarlas. Entre la camiseta y el pantalón, un trozo blanco de espalda. De vez en cuando mantiene algo en alto, a lo que ella dice sí y a veces no. Con el no, desaparece en una bolsa de basura. El éxito de un matrimonio es soportar las respectivas costumbres domésticas.

Bruch es un hombre guapo. Su cabeza relativamente grande, con el pelo castaño y crespo; las cejas, la boca suave, la mirada independiente que chispea, su piel, la barbilla ligeramente hendida, su simetría, la combinación de fuerza y ternura tienen un efecto mágico. Hasta que no lo observas por detrás o de perfil y tu mirada no se ve atraída por esa cara, no llaman la atención la delgadez y el desgarbo de su cuerpo. Sin ropa, ves cómo le sobresalen los huesos de las caderas y las rodillas. Tiene la espalda pálida y cubierta de lunares.

Lo conoció cuando ya estaba formado, cuando daba la impresión de que estaba formado. Tenía treinta y cuatro años. Llevaba puesta una bata blanca desde cuyo bolsillo superior asomaba una hilera de capuchones de bolígrafos. Internista, inmunólogo, interesado en las maneras en que el cuerpo se rebela contra sí mismo. Tenía un oficio, tenía una vida, tenía unas patillas que no eran adolescentes ni superfluas, sino que mantenían un equilibrio perfecto con su rostro y con su peinado relativamente formal. Tenía una casa en propiedad. Se imaginó cómo habría sido con quince años, antes de que le hubiera salido la nuez prominente, con su cuerpo todavía de camino a la estatura que ya contenía dentro. Se imaginó que habían estado jugando de niños, juntos, en la calle.

—Inconcebible, ¿no?

—¿Qué?

—¿Douwe y Sophie?

—Mmm...

—¿No?

Emitió un sonido poco claro entre dientes.

—Me parece inconcebible.

—Pero parece estupendo, ¿no?

—¿Tú crees?

—¿Tú no?

—¿No es como si estuvieran jugando a mamás y papás?

—Sí, tal vez —se incorpora y arrastra las cajas llenas en dirección al porche acristalado.

—¿A qué te refieres con «parece estupendo»? —Bruch empieza con los armarios de arriba, los vacía y va apilándolo todo en la encimera. Así extendido, parece mucho más de lo que nunca podría llegar a caber dentro. Ordenadas, las cosas ocupan mucho menos espacio—. ¿Bruch? ¿A qué te refieres con «parece estupendo»?

—Pues a eso mismo, me parece que son felices, no es como si se hubieran quedado estancados en algún lugar. No tengo suficientes cajas —sube por la escalera.

—¿A mí me parece infantil! —él vuelve a bajar, la mira desde el peldaño inferior, se detiene allí a propósito, su mirada reprobatoria, conteniendo el esbozo de una reprimenda. Ella repite sus palabras. Él deja las cajas en el suelo—. ¡Me parece inmaduro! No me fío. ¿Por qué tendrías que permanecer con tu novio de parvulitos y quedarte a vivir en tu pueblo? Eso no es tomarse la vida en serio, de ninguna de las maneras. Así, en cualquier caso, no muestras ningún interés en vivir la vida, ¿no?

—¿Quién dice que no viven la vida? Quizá la vivan más que nosotros. Quizá sea así. ¿Qué es la felicidad?

—¿Tal vez la inacción?

—¿Así pues, el haber tenido una ristra de novios antes de conocerme te ha hecho acumular experiencias, te ha hecho disfrutar? ¿Has aprendido algo de ello, has madurado? —su expresión facial es manifiestamente burlona. Ella piensa en el periodo en que fumaba heroína con su hermano. Para divertirse. Algo que una nunca haría si estuviera casada con su novio de primaria. Cuando descubrió que su hermano también se ponía sin ella, que se había enganchado, que ella solo era la coartada, el escudo protector, se dio cuenta

también de lo peligroso que era el tipo de barranco que estaban recorriendo. Traicionó a Jacob, recurrió a su otro hermano, Viktor, y llamó a su médico de cabecera—. Ellos no.

—¿Qué quieres decir con «ellos no»?

—Ellos no son adultos porque se conocieron cuando tenían tres años.

—Sí.

—Joder, Emi, ¿quién está siendo ahora infantil?

—¡Simplemente me parece raro! Muy íntimo.

—Lo íntimo es bueno, ¿no? En las relaciones.

—En serio.

—Estoy hablando en serio.

—¿Crees que ellos se conocen mejor de lo que nos conocemos nosotros?

—Sí.

—Pero también puede ser que no se vean, al haber estado todo ese tiempo el uno encima del otro, ¿no?

—Sí.

—No pueden desarrollar una visión personal sobre el otro mientras este no estaba.

—Sí, sí —él suspira.

—¿Por qué crees que ellos se conocen mejor de lo que nos conocemos nosotros?

—Ellos conocen la familia de donde proviene el otro, conocen a los padres del otro, qué sé yo. Saben qué rol tenía el otro antes en el colegio.

—Eso lo sé yo también de ti.

Bruch se queda mirándola.

—A primera vista parecías indiferente, no realmente el jefe, pero eras influyente.

Él se ríe.

—¿Y bien?

—Si ahora digo que sí, ¿eso significaría que es cierto? —pregunta.

—¿Tendría que enseñarte la casa de mis padres? ¿Deberíamos ir a Groninga para que pueda mostrarte el entorno en que crecí?

—Me parecería estupendo.

—¿Estupendo?

—Interesante. Me gustaría.

—¿Crees que así llegarías a conocerme mejor? ¿Crees que es posible que

llegáramos a conocernos mejor después de doce años?

—Sí, claro.

—¿Te gustaría?

—Sí. ¿Por qué no?

—Fui una niña infeliz.

—Sí, eso ya lo sé.

—¿Crees que sería de alguna ayuda que te contara con mayor detalle lo infeliz que fui?

—¿De ayuda para qué?

—Para llegar a conocerme mejor.

—¿Entonces ahora tenemos un proyecto, Emilia? ¿Un proyecto en el que yo llevo a conocerte mejor?

El remordimiento es un asesino, decía su padre. Ella lo odiaba por esa frase. Lo tenía delante lamentándose del pasado, ignorándola, ahogando cualquier oportunidad de contacto o recuperación en ese remordimiento suyo. Pero ahora siente deslizarse en su interior la misma inquietud sudorosa. Ya ha perdido la oportunidad. Tras doce años, la receptividad de los secretos mutuos no guarda en absoluto ningún parangón con la del principio. En la primera época, cada detalle que Bruch le contaba se convertía en un motivo de cavilación y especulación durante horas sobre la naturaleza de sus pensamientos y de sus sentimientos, los secretos de su carácter, los detalles de la eternidad de treinta y cuatro años de vida anteriores a ella. Con cada cosa nueva que él le contaba sobre sí mismo, todo volvía a estar manga por hombro, ella ordenaba de nuevo la información, rellenaba las lagunas otra vez hasta convertirlo todo en una imagen que le resultara más comprensible con cada versión. La manera en que una llega a conocer a alguien cuando está enamorada, ese ilimitado interés por los detalles y las trivialidades, es irrepetible.

—Tal vez —le dice mientras está en pie frente a ella, apoyando los puños en la mesa—. Tal vez Douwe y Sophie estén teniendo una conversación semejante sobre nosotros. Tal vez les parezca obsceno lo mayores que éramos cuando nos enamoramos. Tal vez no crean nunca que algo así pueda llegar a ser auténtico.

—Tal vez piensen que nos contentamos con lo que había.

—Que teníamos miedo de quedarnos para vestir santos.

—Tal vez no se creyeran que tuve que estar pensándomelo durante tres

meses.

—¿Quién podría llegar a creérselo? —se queda mirándola fijamente a los ojos. El momento dura una eternidad. Entonces se yergue por fin y se da la vuelta—. Lo terminaré mañana.

—Muy bien —dice ella.

Durante sus estudios de Sociología, a Emilia le conmovió el idealismo de los estadísticos del siglo XIX. Su entusiasmo se dirigía al belga Adolphe Quetelet, que introdujo la estadística en las humanidades. Aquel hombre se implicó con mucho compromiso en lo que veía. Creía que, recopilando datos numéricos, se adquiriría un conocimiento con el que se podía mejorar el mundo. Registró todo tipo de cosas: la edad en la que las personas son más propensas a cometer crímenes, los meses en los que se producen fallecimientos por encima de la media, la relación entre las condiciones de vida y el alcoholismo, etcétera. Acuñó el término *l'homme moyen*, el hombre medio o normal, y Emilia se contagió de sus ideas y sus intentos de dar forma a las condiciones ideales de vida para ese hombre normal. Terminó la carrera con un trabajo sobre él y profundizó en la cuestión de cómo el hecho de numerar la realidad podría llevar a las intervenciones adecuadas. Y también le interesaba la forma en que los números actualmente desempeñan una función en la comprensión y en la ocultación de las cosas. ¿Cuándo calculaba la estadística de veras la realidad? Los representantes de la política imperante encargaban la recopilación de cifras que apoyaran las opciones que ya se habían tomado con mucho tiempo de antelación. Un estudio era ignorado, el otro inflado. Debido a nuevos estudios, supuestos hechos refutados hacía tiempo no dejaban de aparecer por todas partes. Se llevaron a cabo un sinfín de estudios por encargo de partidos con intereses mercantiles. Antes de terminar la carrera, fundó la empresa SOS (Systematisch Onderzoek Statistiek o Análisis Sistemáticos de Estadística) con tres amigos, compañeros de la facultad. Rastreaban los números tras los boletines informativos, publicaban datos estadísticos y artículos que ofrecían una visión distinta de los hechos. En general, intentaban matizar la supuesta seguridad que daban las cifras mostrando que la elección de un modelo determinado o la definición de un grupo específico desempeñaban ya una función. Explicaban que la distribución

normal o «distribución de Gauss» no es un fenómeno natural, sino un constructo.

Fueron contratados por responsables políticos, abogados, redacciones científicas y desarrolladores de productos. Tenían las oficinas en el sótano de un edificio del centro de Ámsterdam y leían y escribían y calculaban e interpretaban. Martijn era el genio aritmético. Eddy, el hombre que llevaba la voz cantante y daba la cara. Josepha se especializó en la industria alimentaria. Emilia tenía un olfato especial para los temas de candente actualidad y tomaba iniciativas para desarrollar publicaciones propias.

En su momento, habían decidido ser selectivos en lugar de crecer, pero la cuestión volvía una y otra vez al orden del día. Podrían contratar a más gente para que llevaran a cabo las investigaciones que ahora rechazaban; podrían seguir incluso manteniendo sus propios intereses. Y podrían ganar mucho más dinero. En el verano en que conoció a Bruch habían mantenido intensas discusiones al respecto. Josepha y Eddy estaban casi siempre a favor, mientras que Martijn y Emilia se mostraban, por lo general, en contra. Martijn, porque era socialmente esquivo y no le interesaba en absoluto el dinero. Emilia, porque tenía miedo de pasar de un club de amigos que juega a las novelas policiacas a algo serio, algo con planes de pensiones y entrevistas de evaluación de rendimiento. Además, en su fuero interno estaba convencida de que la vida, tal y como la estaba viviendo en ese momento, no era, en realidad, la que mejor se adecuaba a ella y no quería consolidarla. De continuo alimentaba latentes fantasías de evasión. Se imaginaba una existencia anónima en Nueva York, en Berlín o, si hiciera falta, en Moscú. Ese verano en el que Bruch y ella pasearon por la ciudad había estado buscando áreas de investigación en el extranjero.

A mediados de agosto, el día en que vio a Bruch por última vez, la víspera de la noche en que abusaron de ella en su propia habitación, había empezado unas pequeñas vacaciones: tenía diez días libres. Al día siguiente se alegró de ese respiro. Tras la primera semana, que fue la más terrible, Emilia les ofreció a sus colegas una versión descafeinada, les contó que le habían dado una paliza, pero que por lo demás todo había salido bien. Después de las vacaciones, se quedó en casa unas cuantas semanas más. Eddy le llevaba el trabajo, siempre acompañado de una botella de vino o algo que a ella todavía le resultaba imposible comer, tal como tenía la mandíbula.

Al cabo de diez semanas, todas las heridas visibles se habían curado. Había

adelgazado, pero creía que le sentaba bien. Se puso un vestido corto de color azul y se enrolló un pañuelo en el pelo. Salió a pasear, tomó una ruta por la que había caminado con Bruch. La luz del día era intensa y deliciosa, como si la estuviera lavando, purificando, ayudando a pelar de nuevo la corteza que había ido creciendo a su alrededor. Pasó por delante de un banco en el que había estado sentada con él, de un semáforo donde habían estado esperando, de una pintura mural que habían observado juntos. Aminoró el paso cuando cruzó por el parque. Lloviznaba un poco, pero la humedad sacaba brillo a todos los matices diferentes de verdor y, de vez en cuando, una apagada luz solar atravesaba las nubes en diagonal y se reflejaba en los charcos que habían surgido en la senda serpenteante. Era fabuloso. Perfecto para reaparecer de nuevo en el mundo, pensó, poco antes de que estuviera a punto de atropellarla un ciclista que la llamó mongólica.

El Hospital de Nuestra Señora estaba esperándola inmutable frente al parque. Cruzó, pasó por delante de los fumadores, algunos con la percha del suero al lado, y entró.

¡Como si Bruch estuviera paseando siempre por aquí, justo de camino a una pausa!, pensó cuando ya estaba dentro, perdida, entre los enfermos y los tullidos y las mujeres embarazadas, entre quienes iban a visitarlos y el personal del hospital, entre el zumbido y el barullo de todas esas vidas, todas esas vidas en tránsito, todas esas personas. ¡Como si pudieran repetir sin más ese encuentro anterior! Siguió los carteles en dirección a los servicios y se coló dentro. Había pensado decir que había estado meditando, que por desgracia había coincidido con unas vacaciones y que entonces también se puso enferma, pero todo eso le parecía ahora una historia muy inverosímil. La perspectiva del reencuentro, la firme convicción de que debía curarse antes de poder volver a verle la habían mantenido en pie. Le habían ofrecido una meta. Había sido arrojada de su vida y estaba intentando regresar. La recuperación de sus heridas no fue un periodo en sí, sino un no-periodo, una cesura tras la cual su vida continuaría. Pero ¿cómo diablos había podido pensar que estas semanas para Bruch también serían un paréntesis en el tiempo? Pensó en su voz en el contestador. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida de no pensar en ello durante todas esas semanas de silencio en las que no hizo casi nada más que dormir y esperar?

Salió huyendo, alejándose de su estupidez, alejándose de la ingenua idea de que sería fácil. Continuó por el parque, luchando contra las lágrimas,

maldiciendo. Se subió al tranvía equivocado, se bajó y siguió andando. El cielo se había cubierto hasta convertirse en un techo liso, era otoño, hacía frío, la ciudad y todo el mundo que pasaba se le representaban como algo hostil. En la puerta de su casa miró en derredor. Al ver que alguien se acercaba, no abrió, se quedó a la espera. Fue eterno. Una vez que hubo entrado, subió corriendo por la escalera hacia su apartamento, abrió la puerta y la cerró a sus espaldas, quitándose los zapatos. Se tumbó en la cama. Ya habría encontrado a otra; a ella siquiera la habría reconocido. ¿Tal vez lo había recargado, deformado, cambiado, reescrito todo? ¿Qué demonios había pasado entre ellos?

Lo llamó por la tarde. En el silencio que se produjo después de haber pronunciado su nombre al teléfono, le fue creciendo poco a poco el coraje.

—¿Dónde nos habíamos quedado? —preguntó lo más alegre posible.

—En un silencio ensordecedor.

—No, no, justo antes —repuso.

Le dio la dirección y ella fue en bicicleta a su casa. Por el camino, se imaginó cómo iba a tocarla. Pero ya no sabía si era eso lo que quería. Y tampoco si lo soportaría.

Era más bajo de lo que recordaba. Llevaba una camisa de color morado oscuro, entre las puntas del cuello vio la piel de su pecho. Se preguntó si la camisa se la habría puesto poco después de la conversación telefónica.

—Aquí estás.

—Sí.

Él se dio la vuelta. Ella le siguió despacio al interior del apartamento que ya le había descrito antes. Lo reconoció y no lo reconoció. Era un piso amplio. Más ordenado y colorido también de lo que había esperado. Tenía un sofá. De la pared colgaban dibujos enmarcados. ¿Aceptaría que no le diera ninguna explicación? Estaba incómoda en medio de su cuarto de estar. Se descalzó. Él puso música de piano mientras ella hacía círculos con el calcetín en el suelo liso. Le sirvió una copa de vino. Estaban ante la ventana que se hallaba un poco abierta, dejando pasar el aire otoñal, y miraron abajo, a la calle. Tampoco se conocían tanto. ¿Cuántas veces se habían visto? ¿Seis, siete veces? En realidad, ¿por qué tendría que darle una explicación? ¿En virtud de qué ley a la que no podrían sustraerse?

—¿Estás de vacaciones?

—Tres días —respondió él. Silencio.

—¿Tienes planes?

—Nada especial.

—Bonitas vistas.

—¿Tú crees?

—Eso creo. Sí. Muy bonitas. ¿No? —volvió a producirse un silencio.

—Pareces distinta —le dijo sin mirarla. Y entonces, de repente, como activada por esa frase, su rigidez se transformó en preocupación y la cogió por los hombros—. ¿Estás bien? —la miró con tanta ternura que ella ni se atrevió a respirar. Dejó la copa con cuidado en el alféizar. Le besó para librarse de su mirada. Cuando cerró los ojos, vio el rostro de su agresor, su mirada llena de odio y horror, que parecía expresar que era ella quien le hacía esto, que era ella quien le estaba causando dolor. Mientras la lengua de Bruch giraba despacio alrededor de la suya, veía la boca babeante que la insultaba. Mientras sentía moverse las manos de Bruch hacia abajo, por su espalda, veía las gruesas manos, grises en su recuerdo, que la pellizcaban y la golpeaban. Llegado este punto, quiso disolverse en el tiempo, que su recuerdo de esa noche se astillara en una explosión. Y quizá fuera eso exactamente lo que ocurrió, pero cada astilla aislada perforó este momento, atravesándolo. Mientras besaba a Bruch, se sentía en medio de una lluvia de pequeños jirones resplandecientes de dolor y pánico. Pensó en Simone de Beauvoir, que describía cómo la sexualidad sencilla de una muchacha joven, al practicar el sexo con un hombre, se transforma en una supervivencia forzada, e intentó volver a desterrar esa idea de su cabeza, porque no tenía nada que ver; no todo abrazo con un hombre era la variante de una violación. Esta sería precisamente su revancha contra la profanación, su reconquista. Esta era su oportunidad, él debía tocar cada centímetro de ese cuerpo que había sido ultrajado, le permitiría acceder a cada rincón, nada de cautelas; si andaba con cautelas, le daría a su mente vía libre para que asociara por siempre todos esos actos con lo que había ocurrido.

Se sacó el vestido por encima de la cabeza, se quitó el resto de la ropa, sintió cómo se le retiraba el calor del cuerpo, sintió cómo él sentía que a ella se le retiraba el calor del cuerpo. Le desabotonó la tela morada, despacio, minuciosamente. Nada de prisas, no había ninguna prisa, siempre que la acción se anticipara a sus pensamientos, eso era lo único importante.

Un golpe de viento hizo que se abriera la ventana. Él la cerró y la aseguró. Se quitó los zapatos, el pantalón. Si puedo con esto, puedo con todo, pensó ella, y se concentró en cada átomo de energía de su cuerpo. Pensó en la especialidad de él, la inmunología. Si no lo consigo, habré perdido; entonces, mi historia se convertirá en una enfermedad autoinmune que me destruirá. Para su espanto, pensó en el doctor Phil y en la idea de que las mujeres violadas estarían rotas para siempre, pensó en las personas que aparecían en esa clase de programas de televisión que demostraban la validez de los tópicos psicológicos solo porque ya los conocían con anterioridad y los habían concebido como una suerte de intermitentes que indicaban la dirección. Pensó en la «curva de Bell», que tenía el aspecto de una campana de cristal segura, pero que también era un encarcelamiento en la mediocridad.

Bruch la llevó al dormitorio y ella percibió el olor a sábanas limpias y el sonido del chaparrón cayendo en la ventana abatida de la habitación. Estaba mucho más delgado de lo que se había imaginado. Se tendió sobre el cuerpo desnudo de él, intentando que sus respectivas pieles contactaran al máximo. Le miró las cejas y las aletas nasales, la manera en que le crecía el pelo alrededor del rostro, la boca, lo ancha, lo suave, lo rosada que era, la piel del cuello, su hombro y, cuando le subió los brazos por encima de la cabeza, el profundo declive de su axila con los húmedos pelos negros pegados a la piel en mechones curvos perfectamente redondeados. Se alzó y lo tomó dentro de sí, y luego se quedó tumbada, inmóvil, y él no se movía y ella no se movía y sintió los latidos de la sangre de ambos, y seguía habiendo esquirlas de recuerdo, sensaciones que intentaban conquistar terreno por el interior de su cuerpo, sensaciones que no había percibido nunca de manera tan consciente como cuando fue herida. Por momentos él fruncía la boca como un pez o un niño, y ella veía cómo le vibraba un pequeño músculo en la mejilla, justo debajo del pómulo. Entonces empezaron a moverse, primero ella y luego juntos. En sus pensamientos evitaba toda palabra que acentuara la trivialidad de sus actos, palabras que la hubieran excitado antaño, y pensó: todo está infectado, todo salvo las propias cosas, puedo empezar de nuevo. Pareció como si hubiera algo que unía el sentido del tacto con la intuición, como una nueva especie de sensibilidad, un detector de pureza. Esa idea, que a su autocensura latente le pareció altisonante, la ablandó y pensó que iba a ponerse a llorar, pero se retrotrajo, de regreso a sus terminaciones nerviosas, de vuelta a sus vasos sanguíneos. Él flotaba sobre ella. ¿Cómo es posible que

logre amoldarse tan completamente a mí, que no hable? Una vez le dio un masaje una mujer que le dijo que debía imaginarse que ella misma era una planta acuática, mientras que sus manos eran el mar. Le vino a la cabeza la expresión «volver a ser la de siempre». Pero mucho mejor era poder ser una nueva. Bruch tenía un aspecto joven, como el de un muchacho; era muy real, más real que sus pensamientos, pensó. Le resplandecían los hombros y la lluvia seguía golpeando los cristales de la ventana. Le apartó las manos para que todo su peso recayera sobre ella. Él se las puso a ambos lados del rostro.

6

Son dos. Cuando regresa de llevar a los niños, ve que han dejado su furgoneta blanca donde ella suele aparcar. Arrastran al interior cajas con herramientas y una sierra de banco. Después se sientan a la mesa con los dibujos entre ellos, pero no los miran. Beben el café en silencio. No hace falta decirles muchas cosas. Ya lo saben todo. Emilia les pregunta si tiene que quedarse en casa. No cree que pueda trabajar con ellos allí. Niegan con la cabeza. Les pregunta por dónde van a empezar. Por arriba, dice el mayor, que tiene la cara gordinflona; siempre hay que empezar por arriba. Le guiña un ojo mientras lo dice. Empieza a llover.

Desde que se mudaron, ella trabaja en casa. Cada dos semanas va a Ámsterdam para asistir a reuniones y trabajar uno o dos días en la oficina. Entretanto, ya son nueve personas las que constituyen la empresa y se han trasladado a un edificio en el Singel. Eddy se ha convertido en director general. Martijn se ha ido y ha empezado a trabajar en una compañía de seguros. Lo único que hace allí es elaborar complejos cálculos de riesgo, lo que inspiró a Emilia y a Eddy a dedicarle de modo malicioso un libro sobre la reducción de riesgos y el impacto de la política de seguridad en la propia seguridad. Una de las cosas con las que se toparon en la investigación para ese libro fue la enorme variación en el presupuesto para seguridad de varias grandes empresas internacionales en diferentes regiones. En resumen, venía a decir que para la aprobación de esos presupuestos se llevaba a cabo una consideración racional: ¿qué posibilidades hay de que una medida salve vidas humanas? ¿Cuánto cuesta esa medida? ¿Cuánto vale esa vida humana? En África, el valor de una vida humana era considerablemente más bajo que en Europa. El concepto «valor estadístico de una vida», como una referencia irónica *l'homme moyen* de Quetelet, y la meticulosidad con que esas empresas

mantenían ocultas sus cifras apelaron enseguida a la imaginación, y su entusiasmo activista se vio enardecido por el asunto. Le habían dedicado un par de artículos.

—A fin de cuentas —había dicho Eddy, aproximadamente año y medio antes, una tarde en que se habían quedado solos en la oficina, después de que Emilia le hubiera confesado que su compromiso le confería un enorme atractivo—, no soy más que una boca llena de gasolina en busca de un fuego.

Después la había besado.

—¡Qué asco, gasolina! —le había dicho ella casi picarona, mientras lo apartaba. Pero él no se había reído y le había puesto las manos en los pechos. La mirada que adoptaron sus ojos ya no tenía nada de atractivo. Era menesterosa, coactiva. Le recordó a una vecinita del pasado, cinco años mayor que ella, que le había confiado que los hombres están entregados a la naturaleza mucho más que las mujeres, y que la naturaleza tenía algo peligroso. Le recordó a las clases de defensa personal que habían recibido las chicas de su colegio de enseñanza media después de que se hubiera descubierto a un exhibicionista merodeando por el carril bici detrás del edificio. Mientras ellas aprendían cómo debían dar una patada, cómo podían meter un dedo en un ojo y cómo se podían liberar de diferentes formas de agarre, los chicos se quedaban jugando fuera.

—No lo hagas, Eddy.

—Estás casada.

—Aparte de eso. No lo hagas. No quiero.

La soltó.

—¿Aparte de eso?

—No es que no quiera porque estoy casada.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Porque no te importa estar casada?

—Carece de toda importancia en mi solicitud de que me sueltes. ¿Te parece bien así? ¡Y ahora estate quieto! —lo apartó de un empujón. Él fue a sentarse a su mesa y no parecía haber renunciado del todo.

—¿Tenéis una relación abierta?

—¿Cómo dices?

—¿Bruch se lo hace con otras? ¿Con las enfermeras?

—No sabría decirte.

—¿No te importaría? —ella guardó silencio. Estuvo pensándose. Se lo imaginó. Era incapaz de imaginarse nada—. ¿Ni siquiera se lo preguntarías?

—No. ¿Y tú? ¿Tú eres fiel?

Él inclinó la cabeza, entornó los ojos, extendió el brazo hacia ella aguardando su mano, quería atraerla hacia sí. La piel del cuello sobre su camisa a cuadros era roja y rugosa. Ella esperó hasta que bajó la mano. Eddy estaba casado con Yildiz, una mujer que siempre llevaba zapatos de tacón de aguja y nunca salía de casa sin pintalabios. Una mujer que había añadido organización y ambición a la vida de Eddy y que combinaba su propia carrera profesional como jurista con un placer sincero al presentarse como la esposa del director cuando estaba en cualquier sitio con él. Alguien con quien Emilia era incapaz de charlar, porque las veces en que lo había intentado había tenido la sensación de que estaban representando un guion cinematográfico.

—Entonces, ¿tenéis una relación abierta?

—No. En absoluto. Si le pusiera los cuernos y ella llegara a enterarse, me pondría de patitas en la calle —parecía muy satisfecho mientras lo decía. La manera en que había dicho «enfermeras» a ella le pareció indignante con efectos retroactivos. ¿Por qué su mirada era tan autocomplaciente? Era un juego. Yildiz hacía el papel de la esposa fogosa que lo pondría de patitas en la calle si la engañaba y él representaba al marido que se veía esclavizado por los instintos, incapaz de ignorar ninguna ocasión que se le presentara.

—¿Y si te pusiera ella los cuernos a ti?

—Igual. Y al tipo le pegaría una buena paliza.

Un matrimonio, en muchísimos casos, no era nada más que un juego de roles infantil.

Va a toda pastilla por la carretera estrecha. El cielo es gris y pesado y la cortina de lluvia, que el movimiento cimbreado de los limpiaparabrisas elimina una y otra vez, muestra el paisaje en un tono monocromo. El día es demasiado corto para ir a SOS. Quizá pueda ir a solicitar su denuncia de entonces. Porque, después de esa única vez, ya no le volvió a hablar nunca a nadie de los detalles del suceso, no hay ningún testimonio que se acerque más a los hechos, ninguna prueba mejor de su recuerdo. Las agentes de policía junto a su cama, la minuciosidad con que debía describirles el suceso, el

lenguaje en que habían tomado nota de todo, una reproducción lo más literal posible de lo que Emilia había contado, pero con una sintaxis que no era la suya. Una de las policías se lo leyó todo en voz alta para comprobar que era correcto. Reprodujo la historia de Emilia en primera persona del singular con voz aguda y acento brabantón. Ella había asentido brevemente y se había ocultado bajo la fina sábana del hospital. Le dolía todo. ¿Por qué la habría elegido a ella ese muchacho? ¿Tenía algo que ver con ella? Pensó en Bruch, que la había descrito el día anterior, poco antes de que se fuera a casa. Pensó en su mirada. Emilia se imaginó cómo se acercaría a la cama, vestido con su bata blanca, y que sería en ese estado la primera toma de contacto real que tendría con su cuerpo. Un doctor que no era Bruch le examinó las heridas con mirada rápida y manos frías. La examinaba como si sus heridas no le interesaran mucho, lo que a ella le supuso un alivio. Se quedó dormida. En la semana que pasó en el hospital soñó continuamente con su niñez. En las fases de vigilia, recordaba gracias a esos sueños cosas que había olvidado hacía mucho tiempo. Eran cosas pequeñas, nada de momentos culminantes o depresivos. Podría haber sido una maniobra de distracción de su espíritu, un recurso para olvidar la crueldad de la que había sido víctima, para darles reposo a sus heridas, para tener algo que hacer.

Un señor mayor con uniforme le pregunta en qué puede ayudarla.

—¿Sería posible pedir una copia de una denuncia?

—¿Cuál es su nombre?

—Lo siento, era una pregunta general, un caso teórico.

—Teórico.

—Sí.

—¿A qué se refiere?

—¿Podría obtener, teóricamente, una copia de una denuncia? Aunque no la presenté aquí y ya ha pasado bastante tiempo desde que lo hice.

Ha ido a la comisaría de policía más cercana, en la ciudad donde está también el hospital en el que trabaja Bruch y el cine al que van a veces.

—En principio, la persona recibe solo una copia de su denuncia.

—Pero ¿si la he perdido?

—Pues depende un poco. El delito, los motivos por los que usted quiera tenerla, la cantidad de trabajo que nos suponga.

—¿Porque todavía existe? ¿No la han destruido?

—No creo. ¿Hace cuánto tiempo que se presentó esa denuncia? Esa denuncia teórica.

—Hace doce años.

—Espere, tengo que consultarlo.

Desapareció por la puerta abatible. Una vez la llamaron por teléfono para informarle de que no iban a seguir con el caso, porque ya no había ningún indicio más, ningún progreso. La llamada la había pillado por sorpresa. Ya estaba viviendo con Bruch, que se encontraba también en el cuarto cuando contestó al teléfono. Salió al pasillo. Allí estuvo apoyada en la pared, mirando a la puerta. Algo sobre una base de datos de ADN en la que el caso seguiría archivado, de manera que si alguna vez fuera detenido alguien cuyo ADN coincidía, entonces... Hubiera querido preguntar qué era lo que habían hecho en realidad, cómo habían investigado, si podía recibir un informe del caso. ¿Cómo funcionaba? ¿Por qué nunca antes había tenido noticias tuyas, por qué nunca le habían hecho otras preguntas adicionales? ¿Y ya lo dejaban? Se imaginó que el policía consideraba la llamada como algo por lo que tenía que pasar, su momento menos agradable de la semana. Ante él, sobre la mesa, una lista de víctimas a las que había que telefonar. Algunas se enfadarían y él entonces tendría que decir que lo comprendía, algo que casi siempre funcionaba mejor que una explicación. Ella se tragó las preguntas, le agradeció la llamada y colgó. La cortesía y la reserva son las mejores armas en una situación en la que una se siente rendida. Mientras Emilia clavaba la mirada en el alto mostrador de formica sobre el que descansaba el rótulo ALERTA Y A SU SERVICIO, en la puerta por la que había desaparecido el agente, bajo el reloj que indicaba que eran las diez y media pasadas, pensó en su madre, que dominaba ese arte a la perfección. La intimidad y la intensidad que se producen en el lecho de muerte de un ser amado, sobre las que había oído hablar a otros, en su caso no habían existido en absoluto. Su madre se había guardado para sí todo el miedo y toda la pena.

—Los delitos menos graves suelen quedarse vagando por el sistema y en teoría pueden recuperarse, pero es un enorme engorro. Los asesinatos y cosas semejantes puede ir a solicitarlos a la policía judicial —«y cosas semejantes»—. En principio, después de diez años se elimina y se archiva todo lo del sistema activo, a no ser que la investigación siga su curso,

naturalmente.

Como si pudieras presentar una denuncia por asesinato.

—¿Y tendría que indicar una razón?

—Eso sí. Sí. Y también tendrá que identificarse.

—¿Cuál podría ser una razón válida?

—Ni idea. Yo le recomendaría probar con la verdad.

Le dio las gracias. El policía pareció decepcionado de que la cuestión teórica no se transformara en algo concreto.

Tiene más de sesenta años. Quizá este sea su último día de trabajo y las guirnaldas ya estén colgando en la cantina para celebrar su jubilación.

Entra alguien y el agente desplaza su sonrisa profesional hacia la izquierda, por encima del hombro de Emilia. Ella le da las gracias y abandona el edificio a toda prisa. Camina por una calle comercial indistinguible, entra en algún lugar para ocultarse. En un probador se pone ropa que se parece muchísimo a toda la ropa que ya tiene. Se compra dos pantalones y un paraguas. En la panadería compra una salchicha y un panecillo que se come sentada en un banco de plástico alineado en círculo con otros bancos bajo un gigantesco y triste plato de color gris pizarra. El disco descansa sobre postes de diferentes colores. Alguien ha diseñado ese disco sobre esos postes, piensa. En el banco junto a ella hay una mujer con un carrito de bebé. Mira el rostro del bebé bajo el gorro de lana suave y blanco —a lo sumo tendrá un par de semanas—, todavía lleno de arrugas, todavía sin esos arreboles rollizos que les salen más tarde a los bebés. Las lágrimas se le acumulan en la parte posterior de la garganta. Intenta tragar, se suena la nariz en la servilleta de papel pringada de grasa del panecillo. Por los bordes del disco gris gotea el agua, a modo de comentario, precipitándose después en remolinos hacia el interior de las rejillas sobrealimentadas.

En el patio hay unas cuantas madres más, sujetan paraguas de colores abiertos. Charlan sobre dietas de adelgazamiento. Hablan de carbohidratos lentos y grasas pardas, y de lo sanos que estábamos cuando éramos cazadores y recolectores. ¿Cómo lo saben? La colega de Emilia, Josepha, ha trabajado en montañas de artículos sobre dietas. La racionalidad y la mensurabilidad están completamente supeditadas al entusiasmo de quienes se someten a las dietas y a las oportunidades para la industria. El término BMI, que corresponde al índice de masa corporal (*Body Mass Index*), anteriormente conocido como índice de Quetelet, su Quetelet, es un ejemplo del modo en que un instrumento estadístico puede caer en manos equivocadas con el transcurrir de los años. Al principio era una medida para poblaciones, grandes grupos de personas, por lo que el peso y la estatura al cuadrado variaban. El vaticinador de grasas para epidemiólogos se convirtió en munición para los buenos propósitos en el patio del colegio.

—¡Debe adelgazar todavía más de seis kilos! —grita la más delgada del grupo con el tono de voz del final de un chiste.

—O crecer un decímetro en sentido longitudinal —dice ella—, eso también podría ser, por supuesto.

La miran con aprobación. Ya puede verse en las unidades de la definición: el peso dividido por la altura corporal al cuadrado; el denominador es, por tanto, en metros cuadrados. Para la persona normal, en teoría, ningún problema, pero las personas de verdad son tridimensionales.

Va al pueblo a tomar un helado con Leo. Se sientan en el banco que hay debajo de la marquesina, delante de la cafetería. Él está callado y balancea las piernas. Debería preguntarle algo. Es raro que esté tan callado, piensa, pero a ella le parece estupendo y no le pregunta nada. Los coches que pasan por

delante salpican sobre la acera el agua de lluvia procedente de la alcantarilla, hasta llegar a medio metro de donde ellos están. Leo mira las punteras de sus zapatos y lame su cohete. Es al que menos comprende de sus hijos. De naturaleza temerosa y exigente, sufre desdichados cambios de humor introspectivos. Osip es generoso con su alegría, primario en sus reacciones y se desenvuelve sin miedo por el mundo. Osip siempre ha encajado mejor que Leo en sus brazos. Esa diferencia no influye en absoluto en el calado de su amor, pero sí en la accesibilidad de ese sentimiento. Acaricia el pelo rubio de Leo para librarse de este pensamiento.

—¿Está bueno, colegui?

Él asiente con la cabeza.

—¿Qué es lo más guay que has hecho hoy?

—Tomarme un helado contigo.

—Me refiero al colegio.

Se encoge de hombros.

—¿Y bien?

—Nada.

—¿Y lo más tonto?

—Nada, tampoco. ¿Nos vamos a casa?

—Sí. Vámonos a casa.

De camino, recogen a Osip en la guardería, que se lanza sobre ella y le atrapa el cuello con un fuerte abrazo. La esperanza de vida de ambos va más allá de los cien años. Y el valor de esa vida estadística es más de dos millones de euros. Dentro de un siglo, estos muchachos todavía estarán vivos. Si no se produce una guerra. Si no se hacen soldados, ejecutores o víctimas. Si no se producen catástrofes medioambientales, epidemias, invasiones del espacio. Incluso sin esas catástrofes se le hace un nudo en el estómago cuando piensa que todavía tienen que hacerse adultos. Los ata bien a sus sillas en el asiento trasero. ¿A qué se refería Bruch ayer por la noche, apoyando los puños sobre la mesa y mirándola, cuando le dijo que nadie se creía eso de que hubiera tenido que pensárselo? ¿Qué es lo que cree él en realidad? Es raro que ella no haya dicho nada durante todos estos años, pero ¿no es extraño que él no le haya preguntado nada durante todos estos años?

Tras acostar a los niños es cuando Emilia empieza realmente su jornada

laboral. Cumplir con tus obligaciones es la manera menos complicada de escapar a la enajenación mental. Bruch no está. Da clases en Maastricht una vez a la semana y casi siempre se va el día anterior.

Emilia corrige un artículo de un colega sobre las mediciones de las partículas en suspensión. Todo el territorio nacional, y sobre todo la conurbación en el oeste de los Países Bajos, se halla bajo una manta invisible de partículas en suspensión, exhalada por los coches e inhalada por las personas, a las que va matando lentamente. Pero ¿cómo de lentamente? En realidad, no hay manera de medirlo en absoluto, pero se determina basándose en modelos. Esos modelos parten de suposiciones específicas que sí son mensurables en sí mismas y se pueden controlar. El artículo está construido como al menos otros cien en los que ha trabajado durante la década anterior y le asalta una sensación de intenso aburrimiento. Todas esas estadísticas le importan un comino.

Con la misma aburrida desgana lee en el expediente «Listos» que el estilo y el tipo de educación tiene importantes efectos sobre el aprovechamiento del potencial de los niños inteligentes. Su tarea principal es escribir un informe, pero todavía está en la fase de recopilación: ha de esperar hasta que un colega haya reunido todas las investigaciones relevantes. Por último, abre el documento con el título provisional de «El grupo meta», que no es ningún encargo ni tampoco tiene un destino todavía. Gracias a trabajos como las mediciones de las partículas en suspensión y la base estadística de la utilidad de una enseñanza individualizada para niños superdotados, sufragados por un par de ricos particulares muy pagados de sí mismos, hay espacio financiero y, por tanto, tiempo para escribir semejantes ensayos. Al menos, esa es la argumentación que esgrime Eddy cada vez que vuelve a surgir una discusión sobre a qué carro deberían subirse y a cuál no. Para Emilia, la redacción de este artículo es un comentario a esa discusión. Los clientes comerciales, sea como sea, siempre quieren formular un grupo meta al que poder acosar directamente con anuncios. Pero, en realidad, todo el mundo quiere siempre definir grupos. Para Emilia, la cuestión latente de todos los estudios estadísticos y las llamadas verdades aritméticas es qué es lo que se mide y a quién se mide. Y, a continuación, también: ¿cuál es su significado? La clasificación en grupos es, en el fondo del asunto, la definición de un punto de vista. Si se realiza un estudio detallado de la etnicidad de los chicos criminales, se revela un punto de vista totalmente distinto al que surge si se

distribuyen, por ejemplo, según su clase social o económica. Y el hecho de que los médicos con un manual bajo el brazo puedan emitir un diagnóstico psiquiátrico solo significa que ponen en orden síntomas y no necesariamente que comprendan cuál es la causa o cuál puede ser la solución de una depresión.

El agua parece más densa que otras veces y tiene algo de oleaginoso. Va nadando con brazadas largas y lentas que no le cuestan ningún esfuerzo. Como un animal acuático, se aprovecha de cada movimiento de sus piernas, flotando a continuación ingrávida en el líquido elemento durante mucho tiempo. Lleva ya algunos minutos buceando, sin respirar. Primero sintió cómo las plantas se movían recorriéndole las piernas, pero ya hace un buen rato que no lo siente. Se da cuenta de que debería respirar y de que ya no está en el río, porque a veces se inclina a derecha y a izquierda sin alcanzar el talud. Debe de ser un lago, o un mar, ¿dónde desemboca el río en realidad, cuánto lleva nadando ya y dónde se metió? No fue en el jardín, no lo recuerda. Cuando quiere salir a la superficie, es consciente de la profundidad que ha alcanzado ¿O no está nadando hacia arriba, sino hacia abajo? Ha perdido el sentido de la orientación. Tiene vacíos los pulmones, le entra el pánico. ¿Cómo puede ser tan tonta de olvidarse de que tiene que respirar? Las plantas vuelven a estar allí. Ristras largas y rígidas le rodean las piernas, la cintura, la aferran. Intenta desprenderse, duda de repente si son plantas, parece más una mano que le agarra la pierna. Cuando abre la boca, algo le entra por ella, le entra en la garganta. Sacude los brazos y patalea, se asfixia. Abre los ojos. Tiene enredadas las sábanas en las piernas. Busca a Bruch con brazos agitados, pero no está. Son las dos y media. Se concentra en su respiración. Quizá pueda llamarle. Para que todo vuelva a ser normal y cotidiano. Pero estará dormido y tal vez se enfade si lo despierta. ¿Por qué tendría que llamarlo? Al fin y al cabo, solo ha sido un sueño.

Va a ver cómo duerme Osip en su cuarto. Tumbado boca abajo, con los brazos por encima de la cabeza. Inmóvil, inmóvil como la muerte. Le cierra la ventana. Luego se va a ver a Leo. Tiene la cara vuelta a la pared y el cuerpo oculto bajo las sábanas. Baja las escaleras. Saca la botella de whisky del armario, se sirve una copa y sale a sentarse a la parte trasera de la casa, bajo

la marquesina, con la densa lluvia a modo de cortina gris entre ella y el resto del mundo, y se enciende un cigarrillo. Llama a Jacob.

—¿Qué quieres?

—Charlar.

—Charlar.

—Sí.

Él tenía ocho años cuando ella nació. Luego le contó su padre que Jacob había mostrado poco interés por el bebé, pero en casi todos sus recuerdos de afecto o consuelo aparece él. Leía libros sobre artes marciales, sectas medievales y el comienzo de la vida en la Tierra. Sabía que Júpiter es un gigante gaseoso. Su temeridad era absoluta en el ámbito físico. Montaba en bicicleta con los ojos cerrados.

—¿Por qué no estás durmiendo?

—Estaba durmiendo. Pero me desvelé.

—¿Dónde está Bruch?

—Soñé que me ahogaba.

—¿Dónde?

—¿Importa algo eso?

—Tal vez.

—Pensaba que no creías en la interpretación de los sueños.

—Como si fuera una religión.

—¿No lo es?

—Es una manera de reflexionar. Siempre puede aportarte algo.

—No me interesa la introspección.

Jacob se ríe. Se ríe de ella. No la cree. O piensa que se está engañando a sí misma.

—Bruch está en Maastricht. ¿Alguna vez has rechazado a un paciente?

—Sí.

—¿Por qué razón?

—Soy médico. Estoy aquí para la gente enferma, gente que sufre.

—Jacob.

—Elly.

—Nada. Déjalo. ¿Qué tal le va a Viktor? —Viktor es el mediano de los tres.

—Está saliendo con una rusa. Se llama Olga.

—¿De verdad? ¿Cuánto llevan?

—Un par de meses.

—¿Dónde la conoció?

—En un café.

—Ah. ¿Y qué más?

—Tiene veinticuatro años.

—Y será deslumbrante, por supuesto.

—Por supuesto.

—¿A qué se dedica?

—Ha estudiado física nuclear.

—Vale. No he dicho nada. ¿Y qué más?

—Pues nada más. Viktor estaba paliducho, con espinillas, flaco como siempre. Es del todo incomprensible cómo lo consigue.

—¿Y qué tal le va a Lieke?

Jacob suspira.

—¿Por qué suspiras cuando te lo pregunto?

—No he suspirado.

—Sí que has suspirado.

—No.

—Como si te pareciera una pregunta estúpida y molesta.

—No lo sé. Le va bien. Lieke es Lieke.

—¿No quieres contar nada o no quieres contármelo a mí? ¿Está durmiendo?

—Sí, está durmiendo. Son casi las tres.

—Bruch la vio. Yo me lo perdí —Lieke es jueza y había participado en un programa de entrevistas en la televisión, debatiendo sobre un tema cualquiera. Fue dos semanas atrás. Emilia se alegra de haberlo recordado.

—Ella estaba muy disgustada. Se veía fea y demasiado seria.

—Por suerte, la belleza no es ningún factor de importancia en su trabajo y la seriedad es, precisamente, un valor añadido.

—¿Eso fue lo que yo le dije!

—Pero tendrías que haberle dicho que estuvo fabulosa.

—Por lo visto sí.

—Y tendrías que haber sabido que la belleza es un factor apreciado por todo el mundo.

—Sí.

Guardan silencio.

—¿Quién fue el último paciente al que rechazaste?

—Una mujer, bien entrada en los ochenta. Era incapaz de recordar los

primeros quince años de su vida. Ni una sola imagen, ni una sola sensación se le había quedado grabada. Era una mujer feliz, con un imperio empresarial exitoso y una gran familia. No tenía ninguna molestia. Lo único que no quería era morir sin saber lo que había ocurrido.

—¿No habría sido interesante ayudarla?

—Era una mujer muy agradable.

—Con un problema intrigante.

—Y no había ninguna garantía de que lo que fuera a recordar tuviera algo que ver con la estricta verdad.

—¿Y si hay garantías de que sea verdad lo que recuerdas si no lo has olvidado antes?

—No, ninguna. La mayoría de los recuerdos de juventud que tenemos son historias que nos cuentan otros. Fotografías. Construcciones de una historia.

—Pero puedes recordar cosas.

—Naturalmente.

—Cosas que se parecen a lo que otra persona recuerda del mismo acontecimiento.

Cuando Viktor también se mudó, ella estuvo viviendo tres años más en la casa paterna. Su madre murió tras una larga enfermedad y de una manera terrible. Después de aquello su padre se quedaba en la habitación y las pocas veces en que ella se colaba dentro para ver lo que hacía lo encontraba durmiendo, tumbado en el sofá. Dormía. Y, cuando estaba despierto, se quejaba. Decía que había desperdiciado su vida. Que había cometido errores irreparables. Que había engañado a su madre. Que no los había querido lo suficiente. Hablaba en tiempo pasado. No daba la impresión de que fuera otra cosa más que una retrospectiva. Quería su perdón, o su comprensión, o tal vez ni siquiera quería nada de eso. No había nada más. Eso le decía. El remordimiento es un asesino. Eso decía entonces. Ella se marchó y él añadió la relación con su hija a la infinita lista de fracasos. Viktor era el único que seguía yendo alguna que otra vez, era inmune a la apatía de su padre, a la atmósfera sombría de la casa, al vacío del paisaje. Hacía pequeños arreglos y lo distraía. Bruch nunca había llegado a conocerlo. Hacerse mayor fue una liberación, marcharse fue una liberación, romper con él fue una liberación, no hablar nunca de él fue una forma determinada de libertad.

—¿Y si esa mujer hubiera tenido un problema, si hubiera estado sufriendo, en realidad?

—Eso lo había cambiado todo. Tendría que haber venido con un punto de referencia. Aunque solo fuera una imagen. Si se tiene una imagen, hay un principio. Pero la terapia no estaría encaminada a descubrir la verdad.

—Sino...

—A mitigar las molestias.

Hay silencio.

—¿Por qué te has reído cuando he dicho que no me interesa la introspección?

—¿Me he reído?

—¿Te has reído de mí? ¿O no me crees?

—No te creo. Por lo demás, no me reí.

—¿Crees que intimidad y sinceridad son sinónimos?

Estuvo reflexionando durante un momento.

—No.

—¿Qué pasaría si Lieke nunca te contara nada?

—¿Nunca?

—En realidad, no. Que no te contara nunca nada importante.

—Creo que me parecería bastante aburrido.

—Aburrido.

—Sí.

—Ah.

—Emilita.

—Solo me estaba ahogando en el río de aquí atrás.

—Iré a visitarte el sábado, o el viernes.

—¿Es tan grave? Además, no va a poder ser. Estamos en medio de una reforma.

—Entonces ven tú a mi casa. ¿Qué clase de reforma?

—Cuando nos vinimos a vivir aquí, cuando acabábamos de instalarnos, Jacob, ¿daba yo la impresión de ser feliz?

—Tal vez fuera eso la felicidad. Sí. Entonces no me pareció así, pero ahora que me lo preguntas...

Esas primeras semanas, esas primeras semanas embriagadoras. Después Bruch empezó a trabajar y ella se quedaba sola con Leo. Leo era un niño tranquilo. Ella se movía en círculos a su alrededor. Se sentía un animal, se sentía libre como un animal que solo atiende a su naturaleza y carece de obligaciones, de esperanzas, de ambiciones, de remordimientos. Si se pasaba

alguien por casa o iba a ver a Bruch para almorzar juntos, cuando iba de compras o charlaba con alguien en el pueblo, entonces hacía el papel de persona, de individuo, entonces procuraba mostrar que sus facultades mentales, su interés por las grandes cosas y sus deseos mundanos no habían disminuido. En esas ocasiones su hijo era una añadidura que no había cambiado nada en la base. Pero, cuando estaba sola, era un animal. Entonces se tumbaba en el sofá del porche acristalado con Leo, entonces le limpiaba la cara con la lengua después de beber, entonces iba caminando por la orilla del agua con el cuerpecito del niño unido al suyo por una tela, entonces le gruñía al gato.

—Fui a verte. Me pareció horrible esa casa, pequeña, en ruinas, con ese jardín completamente asilvestrado. Creía de veras que nada encajaba, estaba convencido de que era un error, de que tu sitio estaba en la ciudad, porque de lo contrario... te quedarías aislada. Tú sola abandonada a Bruch... Me parecía inquietante. No confiaba en él. Pensaba: Bruch te está encerrando en ese edificio ruinoso. No respondías al timbre. Intenté mirar por las ventanas polvorientas y sucias, pero no veía nada. Luego rodeé la casa. En las baldosas de detrás estaba la canastilla con Leo dentro. Estaba llorando. Te estuve llamando, pero no aparecías por ningún sitio. Entonces entré. Vuestra casa era un basurero gigante. No lo digo solo porque todavía no estuviera decorada, sino porque había unas lavazas con platos sin lavar en la encimera desde hacía días y una montaña de ropa sucia en el suelo. Subí por la escalera. Estabas en la cama. Durmiendo. Habías dejado a Leo fuera y estabas durmiendo.

—Continúa.

—Te desperté y esbozaste una sonrisa tan perezosa, tan encantadora, casi como una niña, como la niña que habías sido. Te estiraste y dijiste: «¿Quieres ir a buscar a Leo? Está fuera, delante de la puerta». Creí que había sido desesperación, que te habías vuelto loca por el llanto y la falta de sueño, y que no podías con todo. Pero parecías completamente satisfecha y Leo también, y los dos dabais la impresión de estar muy tranquilos. Te ayudé a recoger la cocina y tal vez todo estuviera bien en realidad, solo eran esos platos sucios y el desorden, cosas que yo no podía aguantar, pero en las que tú, desde que te conozco, siempre te has desenvuelto.

—Bruch no estaba. Un congreso, en algún lugar, en el extranjero. Lo había olvidado.

—¿Y ahora? ¿Has vuelto a recordarlo?

—He vuelto a recordarlo, pero ¿se trata de mi memoria o de mi imaginación?

Se enciende un cigarrillo y se sirve otra copa de whisky que, con el teléfono entre el hombro y la barbilla y el cigarrillo en la comisura de la boca, rebaja con agua. Vuelve a salir, se sienta en el lugar donde estaba la canastilla de Leo en esa historia. ¿Por qué lo habría dejado fuera?

—¿Estás fumando?

—Sí. ¿Me lo permites, papi?

—Creía que lo habías dejado.

—Yo no fumo. En realidad, no. Solo fumo de vez en cuando. Lo controlo.

Guardan silencio. Un murciélago pasa rozándole el pelo, quiere contárselo, pero no dice nada.

—Tengo que irme a dormir.

—Adiós, pequeña.

9

Va arrastrándose hasta la cocina y trata de ponerse en pie. Colgada de la encimera, con las manos tiritándole y apenas fuerzas para hacer nada, intenta abrir el grifo. No puede. Algo le pasa en la mano. Con la pierna abre la puerta de un armario. Engancha el pie alrededor de una olla grande y maniobra para colocarla boca abajo, pegada al fregadero, para poder subirse encima. Se apoya con el torso en la encimera. Medio tumbada, procurando que la olla no se mueva, dobla la mano alrededor del grifo y consigue abrirlo. Llena de agua una taza de café sucia que está a su alcance. Se siente la garganta tan seca que tiene todavía la impresión de que se está asfixiando. Apenas es capaz de abrir la boca, pero vierte el agua en su interior lo mejor que puede, le corre por la barbilla hasta lo que le queda de la blusa. Comprueba que tiene torcido el maxilar inferior. Si se toca con cuidado, nota una hinchazón en el lado izquierdo de la cara. No cesan de temblarle las piernas y no consigue andar. Con cuidado, con tanto cuidado como permite un cuerpo tembloroso, desciende de nuevo por el fregadero. El castañeteo de dientes le provoca un dolor ardiente en la mandíbula, de manera que se esfuerza en dejar de tiritar. Avanza reptando por el suelo hacia el pequeño frigorífico. Con la mano que menos le duele abre de un tirón la solapa del congelador, atascada por el hielo. No hay hielo, pero sí espinacas congeladas. Descansa un rato con la espalda apoyada en el frigorífico y el paquete de espinacas contra el lado izquierdo de la cara. Luego, vuelve a recorrer gateando la corta distancia que la separa del dormitorio. Saca una manta del armario y se tumba en el suelo, junto a la cama. Jadea por el esfuerzo que le han supuesto todas esas acciones. Se incorpora horas más tarde. Es de día. Las espinacas se han descongelado y un líquido verdoso gotea a través del cartón. Se examina las piernas, llenas de rozaduras y moratones y sangre coagulada, al igual que su vientre y sus pechos. La parte interior de los muslos está despellejada. Siente como si todo su cuello fuera un cardenal. Se hace a la idea de que tiene rota la mandíbula.

Se pone en pie con cuidado. El tembleque de las piernas se ha detenido y puede caminar. Va andando a trompicones hasta la ducha. Sentada en el suelo, se lava. El agua le escuece en las heridas. Si llama a una ambulancia, probablemente la llevarán al hospital donde trabaja Bruch. Lo mejor será tomar un taxi e ir a otro. Se bebe el agua de la ducha, pero le dan arcadas. Vomita y vuelve a beber. Se seca y se pone un pantalón de chándal, una camisa y un jersey. De pie, inmóvil, oye el teléfono que suena y luego escucha la voz de Bruch que le deja un mensaje en el contestador.

—¿Emilia? ¿Estás dormida todavía? Tuve una noche tranquila. Estuve pensando en ti. ¿Podré verte esta tarde? ¿Me llamas?

Llama a la centralita de taxis. No tiene voz. El terror la lleva a colgar. Solo le sale un bisbiseo de la garganta. ¿Se le habrán roto las cuerdas vocales? ¿Es posible algo así? Llama de nuevo y pide un taxi susurrando. Se enrolla un pañuelo al cuello y se pone unas gafas de sol. Coge dinero del cajón de su escritorio. Pasito a pasito desciende por las escaleras hacia la puerta de la calle. Tiene magulladas las costillas, los muslos y el pubis.

Se queda esperando tras la puerta hasta oír un claxon. Al otro lado del cristal esmerilado aparecen unos hombros y una cabeza. Abre la puerta con mucho esfuerzo. El taxista no la mira, sino que se vuelve enseguida hacia el coche, lo que le viene muy bien. Ella le sigue con la mayor soltura posible. El hombre espera delante a que se suba. No le responde la mano derecha. Tal vez se la haya roto también. Tira de la puerta para cerrarla. No con la suficiente fuerza, porque el taxista se baja, abre la puerta y vuelve a cerrarla otra vez de golpe. Ella le entrega una nota donde puede leerse: «Hospital Lucas Andreas». En el asiento trasero del coche se queda dormida casi de inmediato. Se despierta en una cama con ruedas, en un pasillo del hospital. Más adelante descubrirá que el taxista se ha tomado la libertad de sacarle el dinero, todo el dinero, del bolsillo de su pantalón de chándal. Pasan por la sala de espera y la meten en una habitación pequeña. La enfermera la ayuda a quitarse el pañuelo y los zapatos. Por su mirada, Emilia puede inferir que debe de tener un aspecto horrible. Poco después llega una doctora. Le formula preguntas y luego ayuda a Emilia a quitarse la ropa. Le limpian las heridas, le realizan un examen interno, se recoge material del atacante. Le dicen que es una lástima que se haya duchado. Le dan calmantes, un antibiótico y una píldora del día después. Al cabo de un par de horas está susurrando las respuestas a las preguntas que le formula una policía. Después le dan un somnífero.

Al día siguiente le operan la mandíbula. Le vuelven a solicitar que llame a alguien. Alguien que pueda cuidarla. Niega con la cabeza y pide un periódico. Se queda una semana en el hospital. Luego se va a casa. El calor veraniego ha dado paso a un tiempo lluvioso otoñal. La enfermera le dice dos veces en la puerta que no debe pensar que es culpa suya. No se le había ocurrido pensarlo. Tira la denuncia, hecha un gurrúño, a un cubo de basura.

Los cardenales se transforman en sucias manchas de color verde amarillento y poco a poco le va desapareciendo del cuerpo la sensación de agotamiento. Continúa una semana más con fuertes dolores de garganta, pero también se le pasan. Sorbe sopa tibia y yogur con una paja gorda y bebe agua. Duerme mucho e ignora el teléfono. Piensa en Bruch. En la noche en que la describió. En sus manos. En su boca. Escucha su voz en el contestador. Alegre, luego impaciente, luego perentorio y, por último, desesperado. Jacob llama por teléfono. A él también le ha llamado Bruch.

—¿Qué quería?

—Saber si todavía estabas viva.

—¿De veras?

—Me pidió tu dirección. Como no quise dársela, me preguntó cuándo te había visto o hablado contigo por última vez.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no le importaba una mierda.

—Ajá.

—Me preguntó si estaba seguro de que no estabas muerta. Me suplicó que fuera a ver si no te había pasado nada.

—¿Y bien?

—Será mejor que te lo pregunte a ti.

—No, me refiero a qué le dijiste.

—Le pregunté por qué estaba tan preocupado. Me dijo que no le devolvías las llamadas. Le pregunté si acaso no se le había pasado por la imaginación que simplemente no tenías ganas de hablar con él, a lo que él me salió con la idea de que eso sería imposible. Me pareció increíble, ¡qué tío! —la voz de Jacob rebosaba desaprobación.

—¿Y qué más?

—¿Cómo que qué más?

—¿Qué dijo él?

—Suenas rara. Te suena rara la voz.

—Tengo faringitis.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Me dijo que no estaba loco, que la manera en que os habíais despedido la última vez desde luego no justificaba que hubieras desaparecido sin dar explicaciones.

—Mmm...

—¿Tienes algo con ese chico?

—Tal vez.

—Es un tipo posesivo.

—No lo es, o eso creo.

—¿Me llama porque no puede dar contigo! ¡Ni siquiera lo conozco!

—Sí.

—¿Eso no te parece de ser posesivo?

—Después de un silencio tan largo...

—Sí. Pero no es infinito... Porque, en cualquier caso, no estás muerta.

—Dile que todo está bien, que debo reflexionar y que la reflexión bien puede durar un par de semanas más.

—¿O es que sí lo conozco? —pregunta Jacob.

—Estuvo en tu cumpleaños.

—¿Es ese doctor?

—¿Qué doctor?

—El delgado. El amigo de Jan. Con aspecto de pintor aficionado. Un lelo.

¿Es ese?

—Jaak, estoy cansada, voy a colgar.

—¿Quieres que vaya a cuidarte?

—No. Gracias.

—¿Pasa algo?

—Ya pasó. Quiero estar sola.

—Bien, Elly. Como tú quieras.

—No le des mi dirección.

—Por supuesto que no. ¿El?

—Sí.

—Ya sabes que soy bastante bueno cuidando enfermos, ¿no?

—¿Ah, sí?

—Caliento sopitas, leo en voz alta, me gusta verter licores en gargantitas

roncas —y, al cabo de medio minuto de silencio—: ¿Estás todavía ahí?

—No...

—Voy a pasarme un rato por tu casa.

—Me voy a dormir.

—Me paso de todas formas. Algo te ocurre.

—Como vengas, no pienso abrirte.

—Si no me abres, tiraré la puerta abajo a patadas. ¿Sigues ahí?

—No.

—¿Qué vas a hacer si echo la puerta abajo?

—Jaak. Déjalo. No estoy de humor. ¿Vale? Déjalo.

—En Escocia me decían: búscate algo que cuidar, un perro o una planta.

—Voy a colgar.

—¿Emil?

—No.

—Que descanses.

Va a hacer la compra por la noche, en la tienda nocturna. Lee y ve la televisión. Se pasa horas mirando la calle bajo su ventana. Turistas. Grupos de jóvenes. Hijos que van de la mano de sus padres. Padres que van de la mano de sus hijos. Parejas. De la mano. Incapaces de separarse. De la mano pero también enfadadas. Hace como si fuera un ser extraterrestre que estudia a los seres humanos desde su lanzadera espacial. En cierto momento cree ver pasar a Bruch en bicicleta. Reprime la necesidad de llamar a Jacob y preguntarle si le ha transmitido el mensaje. No quiere que sepa que le da importancia. Y si quiere dejar abierta la posibilidad de volver a ver a Bruch, conservar la esperanza de que todo continúe donde se había quedado, debe esperar tranquila y retirarse a la sombra. Si Bruch supiera lo que le ha pasado, se preocuparía. Tendría miedo de tocarla. Querría ahorrarle cualquier sufrimiento. Sería cauteloso. La trataría como a una víctima. No se atrevería a dejarse llevar. O la dejaría, se apartaría de ella lo más rápido y lo más lejos posible. Eso es lo que piensa con las piernas sobre el alféizar de la ventana, mientras va sorbiendo la papilla.

10

No ha dormido más de un par de horas cuando Osip la despierta acariciándola con sus manitas regordetas.

—Soy yo.

—Ya te veo.

Se le arrima gateando y le canta en el pelo. Ella quiere dormir. Son las seis y media.

—Mamá, mamá, mamá —le canta al oído.

Se tumba encima de ella y le aprieta la cara, formándole pliegues raros. ¿Tendría que preguntarle a Bruch por sus recuerdos de esas primeras semanas aquí? ¿O no? Si los recuerdos son tan poco fidedignos, ¿qué otra cosa podría hacer la versión de él sino arruinar la suya propia sin saber lo que es verdad? Hay que deshacerse de ese whisky. Y tiene que levantarse. Estar lista a tiempo antes de que vengan esos tipos con su ropa de trabajo, ese joven que no dice nada y ese viejo que le lanza miradas sucias. Sabe lo que está pensando. Tal vez puedan irse hasta que todo esté terminado aquí. Tal vez pueda irse con los chicos a Ámsterdam, a casa de Jacob, hasta que todo esté terminado. Puede pagar a una canguro, eso sí que sería posible. Tal vez Josepha sepa de alguien. Podría trabajar en la oficina y salir por la noche. Ver gente. Escaparse de ese torrente demoledor de pensamientos, de ese surco al que ha ido a parar en el que no cesa de pensar sobre su violación y los comienzos con Bruch. Sobre el tiempo, que es irreversible y que ya nunca podrá transportarla al pasado, que ya nunca le ofrecerá la oportunidad de hacer las cosas de manera diferente: no irse a casa esa noche, no dejar entrar a su agresor. O, en cualquier caso, llamar enseguida a alguien después de lo ocurrido. Contárselo a Bruch. Ir a ver a su padre y reconciliarse con él antes de que pierda el juicio. Ya nunca más podrá volver a ser joven. ¿Es cierto lo que pensaba Jacob, se ha quedado aislada? ¿Ha sido estúpido fiarse de Bruch? ¿Ha sido una equivocación retirarse al aislamiento que supone una familia, que resulta mucho mayor si te retiras

como unidad en una casa como esta? Ahora se están haciendo una carísima cocina de lujo y están reformando la buhardilla, dividiéndola en varias habitaciones. Han derribado el cobertizo. Ya no se trata de un experimento. A Bruch le parecería ridículo si le contara esto en voz alta. Para él nunca fue un experimento. A Bruch le gustan la naturaleza, el movimiento, los amaneceres frescos. A Bruch le habría ido mucho mejor con otra clase de mujer, una mujer estable y deportista, como Sophie. Mientras ella expresaba su repulsa, él ocultaba su envidia. ¿Sería así? ¿Lo conoce? Sabe lo que ella misma oculta, pero no lo que oculta él.

—¡¡Mamá!!

—Sssssh.

—Arriba.

—¡Ay, no grites tanto! Sí. Vamos a levantarnos.

—Mamá.

—Sí.

—Mamá.

—¡Sí!

—Soy una princesa.

Bajan a la planta inferior. Osip envuelto en un chal, ella en camisón. Hace café y té, abre las puertas de la terraza y esconde el cenicero en la parte baja del alero. Leo empieza a gritar muy fuerte «¡mamá-mamá-mamá!» desde arriba. Lo ignora durante un rato y luego va a verlo. Está de pie sobre la cama y grita con la cara congestionada.

—¡Sí! —se acerca y lo coge por los brazos—. ¡Dios mío! ¡Leo, no estoy sorda!

—¿Y por qué no venías entonces?

—Estaba ocupada.

—Pero yo te estaba llamando.

—No soy tu esclava —eso era lo que decía también su madre. Quiere ahuyentar la frase del dormitorio—. ¿Qué pasa? —abre la ventana. Lluve. Otra vez o todavía.

—He perdido mi pedernal.

—¿Cómo que perdido? ¿Qué pedernal?

—Mi pedernal.

—¿Qué aspecto tiene?

—Normal.

—Muy bien. Leo, si tú vas a hacer café y bocadillos y a preparar las tazas y a vestir a Osip, me pondré a buscar en este desorden un pedernal sin mayores especificaciones.

Leo empieza a llorar.

—¡Deja de llorar!

—Puedo estar triste, ¿no? —dice gritando. Ella se sienta en la cama y durante todo un minuto no dice ni hace nada en absoluto. Luego lo coge y lo estrecha contra su regazo. El cuerpo rígido, rebelde. Lo acaricia hasta que deja de llorar—. Perdona, mamá.

—No pidas perdón, chiquitín.

Bajan y vuelve a pensar en las habitaciones de la buhardilla, en la cocina nueva, en la consistencia que su casa y, con ella, sus vidas adquirirán con todo esto para el futuro. Prepara los bocadillos. Luego se sienta, inmóvil, a la mesa de la cocina. Ignorando el canturreo y las peleas de sus hijos, agarra con fuerza la taza de café.

Una vez que los ha llevado al colegio, tras quedarse durante un rato espiando dentro del coche la alegre cotidianeidad de otras madres y un único padre —ya no puede distinguir los tipos de BMI, ya que con esas gabardinas todos se confunden más que otras veces—, llama por teléfono a Bruch y le deja en el buzón de voz el mensaje de que no soporta a esos hombres (neandertales, dice) y que tiene que devolverle la llamada cuanto antes. Es consciente de su tono de voz rudo e irracional. Cuando está buscando el número de Jacob, oye golpecitos en la ventanilla del coche. Se asusta. Joder, se ha vuelto ridículamente asustadiza. El rostro sonriente de «cómo se llamaba» debajo de un paraguas. Baja la ventanilla.

—Hola, Emilia, nos preguntábamos si te apetecería venir a tomar un café con nosotras —ojos azul claro en un rostro demasiado redondo, demasiado rubio, demasiado blando, demasiado despreocupado. Tras ella ve a la madre de Sam y a la madre de Maya y a la madre de «cómo se llamaba». Les sonrío—. Lo hacemos todos los miércoles —le devuelven la sonrisa. Rechaza la invitación. Vuelve a dedicarles una amplia sonrisa de oreja a oreja y sube la ventanilla. Jacob no responde. Entonces llama a Josepha para preguntarle si sabe de alguna canguro para una semana.

—Emilia, ¿puedo interrumpirte un momento? No has entrado todavía en tu correo electrónico, ¿verdad?

—No.

—Marieke acusa a Eddy de agresión sexual e intimidación —Marieke es la becaria, poco más de veinte años, lista, atractiva, un poco tímida—. También lo ha denunciado.

Emilia sabe enseguida que es cierto.

—¿Y Eddy?

—Lo niega —naturalmente—. Yo estoy con él.

—¿Qué?

—Él no me mentiría. A mí no.

—Es verdad. Lo sé. Yo también conozco a Eddy. Somos lo suficientemente mayores como para decir que no, pero... Jos, tú también lo sabes. Dice la verdad.

—O como para decir que sí.

—¿Qué? Sí, o como para decir que sí.

¿Está hablando ahora de sí misma?

El río ha duplicado su anchura por las precipitaciones. Los prados se hallan vacíos, ya no se ve ni una oveja por ningún lado. Sauces desolados se yerguen con los troncos hundidos en el agua, a su merced. Pone el ventilador a su máxima potencia para ahuyentar el vaho de los cristales. Con Leo y Osip a buen recaudo en el colegio y en la guardería, los quiere más que en ninguna otra ocasión. Desde esta distancia puede apreciarlo, en lugar de sentirse asfixiada. ¿Les habría pasado lo mismo a sus padres, habrían reflexionado sobre el tema, sobre esa mezcla de amor y cautiverio, ese agotamiento estructural que no se debe solo a la falta de sueño, sino también a una sobrecarga del cerebro, a tener que saber continuamente dónde están, comprender qué necesitan, calcular los peligros que deben eliminarse a su alrededor? Sus padres nunca habían dado la impresión de que, al tener hijos, hubieran sufrido un cambio brusco en sus vidas, de que alguna vez hubieran pensado que era posible otra vida. Sí que, en ocasiones, le contaban cosas sobre su infancia, pero nunca sobre el episodio entre ser niño y hacerse mayor, sobre la vida adulta libre. ¿Nunca lo habían tenido? ¿O es que a ella no le interesaba oír nada al respecto?

Bruch llama. Ha escuchado su mensaje, supone, pero no le dice nada. Ella le cuenta lo de Eddy. Saca el tema para tapar el enfado. Solo debe ocurrir algo con la frecuencia suficiente, algo externo, algo que la distraiga.

—No me gusta —siempre que hablan más de un minuto sobre Eddy o que Bruch lo ve, dice lo mismo.

—Ya lo sé. ¿Dónde estás?

—Estoy sentado en el vestíbulo de la universidad.

—¿Con la cartera a los pies y el abrigo sobre las piernas?

—Sí —se ríe socarronamente.

—¿Qué piensas de ti si te observas desde cierta distancia? ¿Tienes un porte profesional? ¿O más bien pareces un estudiante un poco mayor?

—Es algo discutible. Tal vez siga pareciendo todavía un doctor despistado.

—Lamento lo del mensaje de voz.

—Conduce con cuidado.

Toma la salida a la autopista y acelera. Conducir genera en ella un efecto calmante.

Aparca en la ribera septentrional del río IJ y coge el transbordador. Después de cruzar el ajeteo de la estación central se dirige a la derecha, a la izquierda, a la derecha y enfila por la Spuistraat. Desde el otro lado de la calle oye a alguien gritar su nombre. Es Vincent. Levanta la mano y quiere seguir caminando, pero él corre en su dirección, como si no hubiera visto ni a un alma durante semanas. Jadeando, salta delante de ella en la acera. Tiene mal aspecto.

—Hola, Vincent.

—Guapa —la besa en las mejillas. Huele a alcohol.

—¿Qué reseñas ha recibido tu *Tranvía*?

—¿No las has leído?

—No es que siga mucho la prensa, Vin.

—No, por qué tendrías que seguirla.

—¿Y bien?

—Muy correctas, muy correctas. Aparte de por quien tú ya sabes —hace una mueca y se pone bizco mientras lo dice, probablemente imitando a «quien tú ya sabes»—. Pero en realidad eso es un cumplido —ella no tiene ni idea de a quién se está refiriendo—. Ya casi lo he olvidado. Ya he empezado con algo

nuevo.

—Con Chéjov, ¿no?

—Eso es para más adelante, la próxima temporada; no, esto tienes que verlo. Es una cosa poco importante, nada del otro mundo, una cosita, una pequeña dirección de escena para una compañía de teatro nueva.

—¿Qué obra?

—Son tan jóvenes, Emilia, apenas tienen veinte años. Y son tan simpáticos... Mucho más simpáticos de lo que yo era. Y más educados, mucho menos radicales. ¿Es casualidad?

La mirada de Emilia adquiere una expresión de pánico. Él la ha agarrado del brazo.

—No lo sé, Vincent.

—Y son tan bellos, están tan vivos, tan, tan..., y no se dan cuenta de nada, beben agua y comen ensaladas, Emilia, son tan... No tienen ni idea. Es como para volverse loco.

—¿Por qué, Vin?

—Porque soy tan viejo, porque soy tan horrorosamente viejo...

—No eres viejo.

—Al lado de ellos sí que lo soy. Soy viejo. Y ellos son jóvenes y no se dan cuenta.

—*Youth is wasted on the young.*

—Es así, es realmente así. ¿Wilde?

—Shaw.

—Eres una mujer especial.

—No seas idiota.

—Soy un idiota. Eso es cierto. Pero tú no. Tú eres alguien capaz de guardar un secreto. Es increíble. Emilia. ¿Qué chismes son estos? Tiene que largarse de aquí. Como siga así, no podrá quitárselo de encima. Si alguien te cuenta un secreto, te conviertes en corresponsable, ya no puedes salir por pies sin más. La ha cogido del brazo. Parece como si fuera a empezar a abrirle el corazón.

—Aguanta, Vincent, sé fuerte. El teatro no lo es todo, ¿eh? —se sube el cuello del abrigo.

—No, claro, claro. Muy bien. Saluda a Bruch.

Intenta recordar si Vincent tiene novia en este momento, si hay que saludar a alguien de su parte. Él se queda allí de pie, igual de inmóvil que esos sauces en el prado, mientras ella se aleja de él.

Josepha tiene el cabello rubio voluminoso y un rostro somnoliento. Sus pequeños ojos están muy separados y la boca es grande. Posee algo sensual, por esa boca y por la lentitud con que se mueve. Aunque es todavía temprano, mediodía, han pedido vino. Eddy entra en el café. Desde luego que no tiene un aspecto abatido. Enseguida desmiente que haya habido una denuncia. Marieke solo lo ha *notificado* a la policía, lo que no tiene mayores consecuencias. Eddy pide croquetas. Y está ese correo electrónico que envió a todos los colegas en el que informa de las veces que se le había arrimado en exceso, de las observaciones, las invitaciones y, por último, la agresión sexual al final del día, cuando todo el mundo se había ido. Cómo la había besado y, sobre todo, la había manoseado y cómo ella lo había sufrido, petrificada e incapaz de reaccionar.

—¿Y todo eso es cierto? —pregunta Josepha.

Eddy se encoge de hombros, dice que no es raro que una acusación de agresión sexual sea la forma en que una muchacha vierte su remordimiento. Y que él en ningún momento había tenido la impresión de que no le gustara. Josepha le pregunta por las posibilidades de que una de las restantes compañeras, antiguas colegas o antiguas becarias añada otro capítulo a esta historia. Ninguna, dice Eddy, exclamando que ellas ya lo conocen.

—Precisamente por eso —dice Emilia.

Y entonces Eddy se indigna mucho.

—Soy un hombre viril. No un salvaje.

—Tienes que mantenerte alejado de las becarias.

—También cuando haya consentimiento mutuo.

—¿Solo de las becarias?

—Joder, Eddy, venga ya, cúrate en salud. Pide perdón, transfiéreme a Marieke, cógete una semana de vacaciones, háblales a los colegas. Admite que te equivocaste.

Josepha no cesa de frotar el tablero de la mesa mientras habla, como si intentara borrar el asunto barriéndolo de allí con la mano.

—Eddy.

Él suspira.

—Emilia.

—¿Has violado alguna vez a alguien? —ha consultado las cifras. Al día se

registran cuatro violaciones en los Países Bajos, muchas de las cuales no se comunican. No ha podido encontrar ningún dato sobre el porcentaje de hombres que violan o la cantidad media de violaciones por agresor—. No me refiero a una zona crepuscular intermedia donde difieren las opiniones. ¿Alguna vez, realmente, contra la voluntad de la mujer sobre la que estabas tumbado has...?

—No, por supuesto que no.

Su voz suena dura y monótona, y no la mira. ¿Está escandalizado por lo que ha sugerido o miente?

—Somos tus amigos. ¿No estaría bien, no sería interesante que pusieras sin más todos tus pecados encima de la mesa?

—Emil, basta ya —Josepha la mira con el ceño fruncido—. Venga, déjalo.

—Lo digo en serio. Suele ocurrir, ¿no? Tal vez unas diez veces al día. Y alguien lo hace, ¿no? ¿No sería interesante que pudiéramos mantener una conversación sobre el tema? ¿No sería muy moderno?

—¡Y si no hubiera ninguna conversación que mantener! ¡Si no hubiera violado nunca a nadie!

—Pero sí que has agredido sexualmente a alguien.

—¡Pero yo no lo sabía!

—¿Te parece normal que alguien sufra petrificada tus tocamientos?

—No me di cuenta de que estaba petrificada. ¡No me di cuenta!

—¿De qué te diste cuenta entonces?

—Pensaba que no se atrevía del todo, que era demasiado joven y demasiado inexperta, que estaba... demasiado impresionada... por mí... Pensaba que tal vez fuera virgen todavía. Lo dejé porque pensaba que tal vez fuera virgen, me pareció demasiado, yo solo quería... Como personas adultas... Entonces le dije que se fuera. Creo que... eso la ha enfadado. Que se siente rechazada. Que es todo lo contrario de lo que ella afirma. Creo que está enamorada de mí. Pero yo lo negaré todo, chicos, todo, por Yildiz.

Los tres se quedan callados. Traen las croquetas.

—Yo me lo creo. Te creo. ¿Tú, Emilia? —Josepha pide otra ronda. Emilia se pregunta si es posible mantener una conversación de verdad, con quien sea, una conversación realmente sincera. Sobre lo que te pasa, sobre lo que has hecho mal, sobre lo que piensas, sobre lo que normalmente no te atreverías a decir. ¿De qué valdría? ¿Sería interesante? ¿Le interesaría realmente la secreta vida interior de Eddy? Probablemente puedas llegar a conocer a alguien igual

de bien por las formas en que se oculta.

—Así pues, tú le crees. ¿Y también te parece lógico que piense que su inmovilidad se debía al amor y a la admiración? Y, ah, sí, ¿a la falta de experiencia? Si esta es su defensa, de nada nos sirve la respuesta de que nunca ha violado a nadie. ¿A lo mejor no se había dado cuenta?

—¿Existe en tu mundo también la posibilidad de que Marieke se lo haya inventado?

Emilia se lo piensa por un instante. Luego niega meneando la cabeza. Esa posibilidad está excluida.

—Toda esa indignación moral —resopla Eddy—. Ese «tienes que mantenerte alejado de las becarias...». ¡Como si Marieke no fuera una jodida persona adulta, como si no fuéramos dos personas adultas que pueden decir sí o no! Quiero decir: no la narcoticé ni la até ni la molí a palos. Te juro que te digo la verdad. ¿No me crees?

—No importa. ¿O sí?

A eso de las seis, Emilia llama a Bruch. Deciden perdonar a Alicia el delito del whisky para poder tener canguro. Emilia se queda en Ámsterdam.

11

Bruch había abierto la ventana. Los faroles, que colgaban de un cable tendido sobre la calle, se balanceaban al viento e iluminaban la lluvia al caer. No le había preguntado nada sobre su ausencia. Ella tampoco le había dicho nada al respecto. Él había cocinado. Ella había encontrado un curso de italiano en la librería, había puesto uno de los casetes y habían repetido las frases. Enumeraron los países en los que habían estado. Enumeraron los países a los que querían ir. Él le había contado cosas de sus pacientes y ella le había contado cosas de SOS. Él había hecho té. Habían vuelto a hacer el amor. Él hacía el amor con ella sin perder su mirada observadora. Le miraba el cuerpo mientras la tocaba. Le miraba el rostro mientras entraba en ella. Le besaba los párpados y le lamía los labios. «Gimes», le dijo cuando gimió. Se quedó dormido. Ella le estudió el rostro. Después se quedó dormida ella también y, cuando se despertó, él la estaba mirando. Hizo café y fue a buscar el periódico.

—Llegué a la fiesta de Jacob cuando ya estaba terminando. Intentaste quitarme la nieve del pelo soplando y querías meterme a cualquier precio un carámbano en la copa; por lo visto, ya lo habíais estado haciendo esa noche, pero el alero estaba vacío y te resbalaste en el balcón. Estabas bastante borracha, pero tenías una fabulosa mirada luminosa e incandescente. Creí que Jacob era tu novio. Me puse a charlar con alguien en la cocina. Me puse a beber rápidamente, porque había llegado completamente sobrio a una fiesta donde todo el mundo ya estaba por los suelos. Me enzarqué en una discusión intensa sobre la doma de caballos, un tema ridículo, algo que desconozco por completo. Cuando entré en la habitación, estabas tumbada de espaldas, en el suelo, entre tus dos hermanos, escuchando una espantosa música psicodélica. Me quedé un momento mirándoos. Luego me marché.

—¿Con alguien?

—Con alguien, sí.

—¿Alguien a quien no conocías antes de esa noche?

—Sí.

—Y a quien tampoco volviste a ver nunca más.

—Casi.

—Solo un par de veces.

—Solo un par de veces.

—Pero cuando nos vimos medio año después en el hospital, me reconociste enseguida.

—Sí.

—Porque no habías dejado de pensar en mí durante todo ese tiempo.

—No.

—Tienes que decir que sí. En aras del relato.

—Sí.

—¿Entonces no?

—No.

—Me habías olvidado. Pero, al verme, volviste a recordar esa mirada luminosa e incandescente mía y el objetivo de tu vida.

—Y tú no me reconociste en absoluto, pero sí que sentiste como si hubieras olvidado algo muy importante.

—Sí.

Discutían sin fin sobre sus primeros encuentros, reconstruían sus pensamientos, fabulaban variaciones, pulían el recuerdo, lo lustraban hasta convertirlo en una prueba resplandeciente. Emilia creyó también que esto no hacía más que reforzar el acierto de haber decidido no contar lo que le había pasado. Él nunca habría estado charlando con ella tan despreocupado ni tampoco se habría dejado envolver en sus brazos si lo hubiera sabido.

Más tarde, pensó, cuando todo se haya vuelto habitual, cuando nos conozcamos y este suceso ya no pueda mancillarme a sus ojos, se lo contaré.

Iban a locales y hacían el amor en la cama. Hablaban de sus respectivas vidas, de su juventud, de su trabajo. Él se levantaba temprano para ir a correr. Ella preparaba café y husmeaba en sus cosas. Encontró postales de su ex, Mariette. También los detalles más insignificantes de su vida, anotaciones al margen, el principio de una carta a un amigo cuyo nombre aún no había aparecido en sus historias, una fotografía extraviada, una piedra conservada, que la llevaban a creer que estaba penetrando con mayor profundidad en él.

Bruch cambió de trabajo, Emilia rescindió el contrato de su apartamento y

se fue a vivir con él. Aunque los dos trabajaban mucho, parecía como si tuvieran todo el tiempo del mundo el uno para el otro. Ya no paseaban tanto por la ciudad. Iban al cine, les gustaba sentarse en las cafeterías e imaginarse las vidas de las personas que veían, moldear personajes con ellas. Fueron por primera vez juntos de vacaciones, a Italia, y decidieron casarse. Él le presentó a sus padres, personas inteligentes y distantes que la acogieron en la familia sin oposición pero tampoco con mucha calidez. Conoció a su hermana, Philippa, con quien él mantenía una relación difícil, no por ningún incidente, sino porque poseían temperamentos incompatibles. Ella había abrazado la fe y, en opinión de Bruch, ese abrazo había exacerbado todas las tendencias dogmáticas, superficiales y condenatorias de su carácter. Emilia le habló a Bruch de la muerte de su madre. De su padre solo le contó que se había producido una ruptura que ya era imposible reparar.

La primera pelea que tuvieron fue por Jacob. Bruch le dijo que su trato con él no era normal. Se desencadenó una encolerizada discusión sobre la cuestión de lo que era normal, si era posible esgrimir el argumento de que algo es «no normal»... como si existiera lo normal, como si hubiera una norma de cuya bondad Bruch estuviera segurísimo personalmente.

—¡Él es tu hermano!

—No me digas.

—¡Cómo te toca! Cómo te pone las zarpas encima. En mi propia casa.

—En mi casa.

—En nuestra casa. Eso no es normal.

—¡Venga ya, estás volviendo otra vez con lo mismo! ¿Te has convertido ahora en el gran instaurador de la norma, Bruch? Estamos muy unidos, él es mi hermano mayor, es todo lo que tengo.

—¡Dios mío!

—Aparte de ti.

—¡Dios mío!

—En lo que a familia se refiere.

—¡Patético!

—Aparte de Viktor. Al que no me une nada.

—Me ningunea cuando está aquí.

—¡Estás celoso! ¡Qué estúpido! ¡Qué feo! Yo me largo de aquí.

Él la detuvo. Los dos estaban sacando las cosas de quicio. Ella le dijo que era asqueroso cuando se comportaba así.

—¿Y qué es lo que tengo que pensar ahora?

—¡Algo distinto, algo más inteligente!

—¡De ti!

—Lo que quieras. Es lo que haces de todos modos —él le dio una bofetada. Después ella le dio una bofetada a él. Luego se quedaron perplejos, mirándose —. ¡Ay! —exclamó ella tras un silencio. Él se partió de risa. Ella le dio otra bofetada. Él la cogió por las muñecas y empezaron a retozar y les entró la risa tonta. Hasta que, de pronto, él se sentó a horcajadas sobre ella sujetándole con una mano los brazos con fuerza por encima de la cabeza, mientras con la otra empezaba a acariciarle el cuerpo. Entonces ella se rindió. Él la soltó y se apartó de ella, que se incorporó, se quedó arrodillada y vomitó sobre la alfombra. Él no dijo nada. Ella tampoco dijo nada. Él limpió el suelo mientras ella iba a acurrucarse en la cama.

12

Cuando, al concluir la carrera de Medicina, Jacob les dijo a Viktor y a Emilia que quería ser psiquiatra, Viktor casi se muere de risa.

—¿No hay que tener..., ejem..., empatía para esa profesión?

Jacob le había respondido que desde luego no se convertiría en ningún socioterapeuta, que seguía siendo una especialidad médica.

—Y, además, el contacto con mi problemático hermanito, entre otros, me ha aportado una visión bondadosa de la humanidad.

—¿Tu problemático hermanito?

—Sí, muchacho, mírate ahora, con los hombros caídos y la mirada introvertida.

Habían estado peleando medio en broma y, en el caso de Viktor, para demostrar que él tal vez no tuviera la envergadura de Jacob, pero lo compensaba con su fogosidad. El propio Viktor llevaba ya tres años estudiando en la universidad, algo distinto cada año. Quería obtener una instrucción amplia, decía, y no le interesaba hacer carrera. Trabajaba para una emisora de radio anarquista y les arruinaba todas las veladas con su afán de discusión. Emilia tenía dieciséis años y vivía todavía en casa de sus padres. Cada dos semanas iba a casa de Jacob. Allí se amoldaba de manera inconsútil a la vida que este llevaba y los domingos por la tarde regresaba en el tren de vuelta con resaca, exhausta pero con las pilas cargadas.

—Clemencia, clemencia —vociferaba Jacob para complacer a Viktor.

Evocan ese recuerdo sentados a la gigantesca mesa de la gigantesca cocina de la casa enorme que habitan Jacob y Lieke. Las puertas del jardín están abiertas, la lluvia cae a cántaros y el aire es de un gris oscuro inverosímil. En Jacob todo es grande: su cabeza, sus manos, sus orejas, sus brazos y su vientre. Irradia una burda suerte de sobrepeso. Tiene el cabello castaño con un

brillo rojizo. Su mirada es escrutadora y arrogante, una mirada que asusta a los extraños, que hace que sus pacientes deban superar cierta timidez antes de entregarse, pero también que al final no se atrevan a mentirle.

En la encimera hay cuatro suculentas rodajas de salmón que están esperando a que se complete el grupo.

—¿Nunca preguntaba papá qué era lo que tramábamos en Ámsterdam los fines de semana?

—Por aquella época yo no me hablaba con él.

—Pero luego sí que os volvisteis a hablar, ¿no?

—Después sí.

—Y luego otra vez, más adelante, ya no.

—En efecto.

—¿Y ahora?

—Ya no importa. Ya no reconoce a nadie. No se acuerda de nada. Lo ha olvidado todo.

—Yo pensaba que estaba haciendo el numerito. Para librarse de todo.

—¿Lo pensabas de verdad?

—Sí.

—Tiene el síndrome de Korsakoff. Creía que lo sabías.

—Yo no sé nada. Pero déjalo. No necesito saberlo —se levanta y recorre lentamente la encimera. Mete el dedo en un queso. Acaricia la carne rosada del pescado.

—Cógete mejor un cuchillo. Y una tabla.

Abre el frigorífico e inspecciona el contenido. Solo hay cosas caras. Jacob y Lieke hacen la compra diaria en los servicios de *catering*.

—¿Has tratado alguna vez a un violador?

—¿Te ha llamado la atención alguna vez que nuestras conversaciones tengan a menudo carácter de entrevistas?

—No. ¿Y bien?

—Sí.

—¿Y?

—¿Qué quieres saber?

—El motivo.

—Ira, casi siempre. Odio a las mujeres. Desviación sexual, a veces. Sadismo, en alguna ocasión.

—¿El tuyo?

—Ira, mal control de los impulsos.

—¿Se puede abrir ese champán?

—Por supuesto. Pero mete otra botella a enfriar. Allí, detrás de esa puerta.

—¿Lo pasaba mal?

—¿Mal?

—Sí, tú solo tratas a personas que sufren, ¿no? ¿Estaba arrepentido?

—Tal vez. Sí. Quizá también. Era depresivo. Durante un tiempo estuve trabajando un día a la semana en una Institución Penitenciaria. La cárcel. Un invento absolutamente absurdo.

Ella empieza a untar el queso blando y apestoso en una tostada.

—Porque deprime a los violadores.

—Deprime a todo el mundo, o enfada, depende del temperamento. Es un entorno absolutamente estúpido. Te mata el espíritu. Y no sirve de nada.

—¿Qué tenemos que hacer entonces con los granujas? —Viktor está chorreando en el vano de la puerta.

—Perdonarlos. Casi siempre. Y ayudarlos. Si es posible. Supongo que el paraguas te parece un atributo burgués, ¿no? El, coge una toalla del armario. Ese de allí. ¡Tú no entres!

—Es increíble cómo todo el mundo hace siempre justo lo que tú dices.

Emilia pone la toalla en la cabeza empapada de Viktor y le besa las mejillas mojadas. Él se desnuda, quedándose en calzoncillos, y entra.

—*Brodders!* —levanta un puño en alto.

—*In arms!* —Emilia también. Jacob no participa en la pantomima.

—¿Quién es el granuja?

—Nadie —Emilia les da una copa a sus hermanos.

—¿Puede estar deprimido alguien que está furioso?

—La depresión es la furia vuelta hacia el interior.

—¿Es así?

—Es lo que yo creo.

—¿Esa es una teoría tuya?

—Yo creo que es así.

—Tú dices que la cárcel despierta la depresión en la gente —la entonación de Viktor promete una larga exposición.

—O la furia.

—O la furia, pero yo creo que todo el sistema en que vivimos...

—¿Vas a decir ahora que nuestra sociedad es una cárcel?

—Quería utilizar unas cuantas palabras más.

—¿Esa teoría es tuya?

—No es solo mía.

Jacob deja caer la cabeza sobre la mesa con estruendo.

—¡Dios mío, Jaak, qué coñazo eres!

—El —le pregunta Jacob—, ¿te he hablado alguna vez de la campaña de Vik en favor de los árboles?

—No.

—¿No?

—¡No!

—¿De verdad que no? ¿Entonces no te he contado cómo en la fiesta en que se celebraba el aniversario de nuestro colegio, cuya existencia databa de hacía no sé cuántos años, en la que todo el mundo podía ir disfrazado y en la que después hicimos un desfile por el pueblo, Viktor, que a la sazón contaba con siete años, como mucho, fue disfrazado de árbol? Con un cartel en un palo en el que aparecía escrito un texto con sus garabatos recién conquistados: «Lluvia ácida, ya no la soporto».

—No era ninguna fiesta. Era una manifestación. Contra la lluvia ácida. Se trataba de un tema de candente actualidad en aquella época. Tú eras quien creía que era una fiesta; tú creías siempre que todo era una fiesta, como en el programa de televisión «Siempre hay una razón para emborracharse».

Jacob va metiéndose tostadas de Époisses en la boca como si fueran gusanitos.

—Así que todo el mundo iba disfrazado de indio o vaquero o hada o yo qué sé, pero nuestro Vikkie aquí presente iba de sauce llorón.

Viktor le lanza a Jacob la toalla que todavía tenía enrollada al cuello.

—Tus recuerdos están del todo equivocados, tienes totalmente confundido todo ese periodo, amigo. Emilia, di algo, tú tenías cinco años más o menos, pero tienes buena memoria. Comparada con la de Jacob, al menos.

Emilia implanta una larga pausa maliciosa en la que se queda mirando a Viktor.

—He oído que tienes novia.

—Sí. Olga. Mira —le enseña una foto en el teléfono—. Muy bien, Jacob, lo dejo. No porque tú lo digas, sino porque no tiene ningún sentido discutir con vosotros.

—Sí, es lo que yo digo.

Entonces entra Lieke; pequeña, delicada, elegante, diez años mayor que Jacob. Le besa como si estuvieran solos. Emilia se fija en las manos grandes de él sobre la espalda delgada de ella. Luego Lieke le borra a conciencia la marca que le ha dejado el lápiz de labios en la boca y se vuelve hacia ellos.

—¡Emilia, querida, cuántísimo tiempo desde que nos vimos por última vez!

—Lieke, tienes un aspecto deslumbrante.

—¡Viktor! —le besa y vuelve a dirigirse a Emilia—. ¿No tenéis problemas allí con el agua? Oí en las noticias que el nivel de los ríos ha subido muchísimo.

—Todavía no —murmura Emilia. Juega con el gato. Lieke habla de un caso de suicidio que resultó ser un asesinato y el gato ronronea y la lluvia cae y Emilia se imagina que ha estado soñando durante toda su vida.

Cuando Viktor se ha ido a casa de Olga y Lieke a la cama, Emilia se tumba en el sofá con los pies en las manos de Jacob, que le desliza los puños por las plantas y le masajea los talones. Le pasa la mano por la pantorrilla.

—¿Crees que Vik es feliz? —le pregunta ella.

—Sí.

—¿O te parece una pregunta estúpida?

—No, ¿por qué?

—¿Cómo puedes saber si alguien es feliz o no?

—Si la definición que das es sencilla.

—¿No es complicada por definición?

—¿Qué es la felicidad?

—Esto, ¿así?

—¿Sí? —le aprieta con fuerza el pie.

—A: una sensación de unidad, de equilibrio y la seguridad de que nada podrá turbar ese equilibrio.

—¿Sí?

—O B: ¿una sensación de unidad, de equilibrio y la seguridad de que todo puede hacerse jirones en cualquier momento?

—¿Tienes cigarrillos?

—En mi bolso.

—¿Quieres más vino? —ella mantiene la copa en alto. Él la llena hasta arriba.

—¿Y para ti?

Se queda pensando. Está un poco mareada.

—C.

—Algo distinto, a saber, línea de puntos.

—Una sensación de irreflexión.

—Ah, sí.

—Algo físico.

—Para mí la felicidad es la sensación de que voy planeando por encima del paisaje como un águila, concentrado hasta el extremo, observándolo todo abajo, abarcándolo todo con la vista, con la posibilidad de atacar en cualquier momento, certero.

—¿Y para Lieke?

—Lieke solo quiere que todo esté limpio.

—¿Qué?

—Déjalo.

Fuman en el vano de la puerta del jardín. Sigue lloviendo. Emilia piensa en el comentario de Lieke sobre el agua. Coge el teléfono. Bruch le ha enviado fotografías de la buhardilla y de la pared vacía donde antes estaba la cocina. En su mensaje aparece solo: «Comiendo patatas fritas con los chicos».

—¿Alguna vez llegaste a imaginarte que yo pudiera ser capaz de formar una familia?

—Esa es una pregunta rara.

—¿Ah, sí?

—No, no me lo habría imaginado.

—Pensabas que iba a quedarme contigo para siempre.

—Tal vez esperaba que nunca crecieras.

—Eso sí que es raro.

—Quería protegerte de todo cuando eras pequeña. No quería que te influyeran ese colegio decepcionante, esas personas, esa perspectiva amuermada sobre todo lo que nos inculcan. ¿Te pasa eso con tus hijos? ¿Que tienes la sensación de que los entregas al mundo, al sistema, como diría Viktor?

Ella piensa en el grupo de padres que se presentan en SOS para analizar el derecho a la educación individual, un grupo de élite que desea perfeccionar su posición elitista. Ve a Leo ante sí. Listo, tranquilo, buscando su lugar.

—Lo que me parece más terrible es el afán de amoldarse, de conquistar lo que es normal. La voluntad de sobrevivir, de convertirse en alguien, alguien que se porte bien a ojos de la profesora, convertirse en alguien que se parezca a otro alguien... Esa absoluta carencia de sutileza por parte de los niños, que hace que lo veas todo tan claro.

Se quedan en silencio.

—Lo he hecho todo mal con Bruch. Me he equivocado en todo. Y ahora, esto es lo que hay. Ahora, es esto lo que somos. Tengo que irme a casa, Jacob. No puedo quedarme.

—Creo que estás un poco borracha.

—Bah, no es para tanto.

—Ven a la cama conmigo. Duerme un poco antes.

—¿No duerme Lieke allí?

—A veces.

—Tal vez deba separarme. Tal vez deba irme sin más. Tal vez sea incapaz de conseguirlo.

—Vamos, te llevo, te acuesto.

Ella mira el rostro que se parece al suyo. Se le van cerrando los ojos cada vez más, pero siempre que los abre él la está mirando. Intenta contarle un acertijo sobre tres hermanos y diecisiete camellos, pero pierde el hilo.

Lieke entra sin ruido en la habitación y deja una bandeja sobre la cómoda adosada a la pared. Lleva puesto un traje blanco. Emilia la espía con el ojo que descansa sobre la almohada y mantiene el otro cerrado. No se mueve. El aroma del café. No se ha dado cuenta de que Jacob se ha ido. Minutos después, oye que se cierra la puerta de la entrada principal. Luego aparta el edredón y se dirige a la ventana; tras las cortinas, que filtran la luz de color beis, y el balcón está la calle. El cielo es de color gris sucio. El jardín de abajo tiene un aspecto húmedo, abandonado y descuidado. Lieke sale del cobertizo y mira hacia arriba antes de montarse en la bicicleta. Se despiden agitando las manos. «Y ahí se va ella —dice Emilia en voz alta— a dictar sentencias.» Se bebe el café de pie junto al armario. También hay zumo de naranja y un cruasán del que solo se come las puntas crujientes. Hay dos llamadas perdidas de Bruch pero, cuando le llama, él no contesta. Se viste, abre el armario y mira la ropa de Jacob. Sus camisas, dobladas con profesionalidad, está ordenadas en minuciosas pilas altas. Inmóviles cuelgan sus trajes de las perchas. Rebusca entre los cajones hasta que encuentra el Valium y se guarda la caja en el bolso. Hojea los libros de la mesilla de noche: solo literatura especializada. Luego busca en el móvil información sobre el nivel de las aguas. En la página web de los organismos hidrológicos pone que la probabilidad de inundaciones devastadoras en el territorio de su código postal es superior al uno por ciento. No dice cuánto de superior. Ni siquiera puede encontrar si existe una categoría mayor. La página web es tan fácil de usar que resulta imposible que la información que obtienes de ella no te concierna directamente.

En la cocina se oye música puesta a muy bajo volumen. Quiere quitarla, pero no ve por ninguna parte un reproductor de CD o un aparato semejante y no consigue encontrar la fuente del sonido. En la mesa sí que hay un mando a distancia, pero cuando lo levanta y pulsa el botón, la luz se apaga. Sin pulsar

ningún otro botón, la luz vuelve a encenderse. Se hace otro café y se pone a pensar en el concepto de «inundación devastadora». Se tumba en el suelo y se concentra en su respiración. Tiene que llamar a Josepha. En esa ocasión, hace tal vez ya un año, en que Eddy le preguntó si quería empezar a llevar la cuenta de sus horas de trabajo, tendría que haberse marchado. La tragedia de toda partida es que llega demasiado tarde. De pronto, la habitación se vuelve muy oscura. Cuando ladea la cabeza, ve cómo la oscuridad aumenta de nuevo en la densa capa de nubes. ¿Puede el remordimiento ser una tendencia hereditaria? ¿Puede arrastrarte como una avalancha el tomar conciencia de la mortalidad? Debe convencer a Bruch para mudarse, tienen que empezar de nuevo en otro lugar. Todavía están a tiempo. Le suena el teléfono. El agua del río está rebasando el embarcadero y ya empieza a anegar el jardín. Pero no ha llegado a la casa. Simplemente va a llevarse a los niños. Mientras hablan, empieza a llover de nuevo.

—Me voy a trabajar. ¿Vas a venir a casa?

—Sí.

—Entonces llamaré a Alicia para decirle que no venga.

—Bien.

—¿Todo está en orden?

—¿Qué quieres decir?

—Contigo.

Ya no consigue que le salga la voz por la garganta. Intenta respirar por los ojos. ¿Podría contarle ahora lo que en su día no le contó, como si acabara de pasar en este instante? ¿Podría negar sin más el tiempo intermedio, porque todo tiempo parece desaparecer? Porque tan solo ahora quiere contarle a alguien por primera vez lo que sintió al pensar que iba a morir.

—¿Emilia?

—Sí.

—Ven a casa.

—¡Está bien!

Cuelga y se frota el cuello. La lluvia imprime un filtro borroso a las puertas de cristal. No hay gotas diferenciables, el agua se mueve como un todo por la ventana. Sus pensamientos son tan indefinidos como incontenibles. Aguarda hasta que vuelve a tener la respiración bajo control. Se pone en pie, se dirige al pasillo para coger el abrigo. También aquí sale la música del techo. ¿Qué es esta cosa tan ridícula? ¿Así que Jacob tiene una casa que produce música?

¿Una casa que toca música de piano a bajo volumen cuando ellos no están? A través de la ventana pequeña del lateral ve cómo alguien se acerca a la puerta de entrada por el sendero. En un acto reflejo, se pega a la pared. El hombre llama al timbre. Ella confía en que no arrime la cabeza al vidrio para mirar dentro, porque entonces existe la posibilidad de que la vea. Tras tocar el timbre una segunda vez, la lengüeta del buzón traquetea y ella aguarda unos minutos para estar más segura. Después vuelve a entrar sin ruido a la cocina, sube la escalera hacia el cuarto de la parte delantera y mira abajo, hacia la calle. Por lo que puede ver, ya no hay nadie allí. Por lo que ve, no hay nadie oculto tras el seto. Ahora se encuentra en el dormitorio de Lieke. La misma alegría casi impersonal que en el de Jacob, la misma exhibición de antigüedades estilo Imperio, la misma colcha de un blanco brillante sobre la cama. Ante el espejo ovalado hay una gran cantidad de botes y frascos. Emilia se queda con la mirada clavada en ellos durante un rato y palpa el pequeño rectángulo del pastillero que lleva en el bolsillo del pantalón. Coge dos pastillitas azules y se queda mirando, cómo descansan en su mano; se las mete en la boca, se bebe el vaso de agua que hay al lado de la cama y solo entonces se da cuenta de que tiene que conducir. En cualquier caso, pasará media hora antes de que comiencen a hacer efecto y, si se da prisa, ya habrá dejado atrás el tramo más concurrido. Baja la escalera, se pone el abrigo y coge el bolso. A través de la ventana, escruta la acera vacía antes de abrir la puerta. En el momento en que tira de ella y la cierra, se da cuenta de que se ha dejado el móvil en la encimera.

Las noticias empiezan y terminan con las inundaciones. Hay calles inundadas, un tejado se ha desplomado por la lluvia, se entrevista a los habitantes acerca de sus sótanos anegados, acerca de sus cosas empapadas. Apaga la radio e introduce el sexteto de cuerda de Brahms en el reproductor de CD.

Oyó una vez contar a un hombre de Nueva Orleans, cuya bodega se había inundado tras el Katrina, que el vino —botellas de decenas de miles de euros la unidad, compradas en subastas— estaba intacto, ya que al fin y al cabo se encontraba seguro en las botellas, pero las etiquetas se habían despegado, haciendo que perdiera su valor. Las botellas desnudas iban sobrenadando

entre recortes de papel ilegible. No había mejor manera de subrayar lo falso y absurdo de ese negocio. Pagabas sesenta mil euros por una etiqueta y nadie reconocería el presunto valor del vino al catarlo. «Esto lo podemos tirar a la basura», dijo el tratante de vinos. «O bebémoslo», sugirió la mujer que lo entrevistaba. «Lo que viene a ser lo mismo», dijo él.

Gira el botón y, mientras las cuerdas de Brahms van buscando cada vez más las alturas, ella acelera la marcha. El frío húmedo de la lluvia desaparece del coche y su interior se vuelve cálido y confortable. El cielo es del mismo gris asfalto que la carretera por la que circula. Tiene que hacer un esfuerzo para dirigir la mirada a la autopista y no abstraerse en el cimbreo metronómico de los limpiaparabrisas.

Desecha, por disparatada, la brillante idea que acababa de tener: contarle como si hubiera ocurrido el día anterior. Tendrá que reconciliarse con el hecho de que ha quedado silenciado. No se puede remediar algo semejante. A lo sumo podrá contar ahora que durante todos esos años pasados no ha contado que..., etcétera. No será posible encontrar todavía lo que habría podido obtener entonces: consuelo, furia vicaria, cuidados. Se tratará del porqué del silencio, en lugar del acontecimiento en sí. Se tratará de por qué lo cuenta ahora de repente, de qué es lo que le está pasando ahora para contarle. Bruch podría llegar incluso a enfadarse, como si se hubiera empeñado en realizar un esfuerzo del todo desproporcionado para obtener su atención. A la pregunta sobre su vida actual, sobre qué hace que quiera empezar a hablar de aquel tiempo, no tiene ninguna respuesta. Si intenta recordar qué tal le iba el año anterior, cae en un vacío nebuloso. ¿Era feliz? ¿Vital? ¿Comprometida? No tiene ni idea. ¿Dónde estaba? ¿Qué puede significar que no recuerde nada del año anterior? ¿Había sido feliz? ¿Era eso?

Un claxon la devuelve a la carretera, sacándola de los bandazos de sus pensamientos. Aparta justo a tiempo el quitamiedos del parabrisas, una sombra se da con agresividad repetidos golpes con el dedo en la sien y luego sale disparada a toda pastilla. Hasta que la carretera no vuelve a estar en el centro de su salpicadero, justo delante de ella y brillando por la lluvia, no le salen a borbotones los nervios del estómago. Casi muerta. Despacio, por el carril derecho, sin Brahms ahora, sigue conduciendo hasta una estación de servicio. Aparca el coche en el lugar más resguardado, apaga el motor, reclina su asiento hacia atrás y cierra los ojos. ¿Qué prefieres? ¿Ahogarte o quemarte? ¿Perder los brazos o perder las piernas? ¿Morirte tú o que se muera tu hijo?

¿Morir de calor o morir de frío? La lluvia repiquetea en el techo. La autopista susurra como el mar. En la parte interna de sus ojos aparece la imagen de un cuenco de papilla, de la elástica superficie de esa papilla ofreciendo un poco de resistencia, que absorbe un pedazo de fruta colocado encima y luego vuelve a cerrarse por arriba. Se queda dormida.

Tan pronto tuerce por la carretera hacia abajo, Bruch sale disparado hacia ella. Se detiene a unos veinte metros del coche. La lluvia le tiñe la camisa en los hombros, pasando del azul claro al azul oscuro. Apaga el motor y se queda mirándolo. A esa distancia no puede discernir ninguna expresión facial. Se había despertado una hora antes. Tenía dormida la pierna, sentía el cuello rígido y dolorido. A través de los cristales empañados no veía nada y, por un instante, estuvo completamente desorientada. Durante un momento espeluznante pensó que estaba conduciendo. Se aferró al volante con un chillido y con la manga abrió un hueco en el vaho del parabrisas. Y entonces vio el terraplén, el cubo de la basura, la mesa de pícnic, las vistas sobre un prado vacío, los camiones. Un cuadro desolador. Jadeó y se frotó el cuello, recordó el amago de accidente, el Valium. Pensó en sus hermanos, en la historia de la lluvia ácida, en Viktor en calzoncillos. Una afelpada trama de amor, remordimiento y tristeza se apoderó de ella. Cuatro menos cuarto. Tendría que recoger a los chicos. Tendría que haber ido a recoger a los chicos. Se bajó del coche un momento, se movió para despertar el cuerpo anquilosado y dejó que la lluvia le refrescara el rostro. Después continuó conduciendo, tranquila, ya que el tiempo no podía recuperarse. Dejó la autopista y recorrió los últimos quince kilómetros por la carretera estrecha. El agua salpicaba hacia arriba desde las ruedas, los árboles que normalmente se alzaban en la orilla asomaban ahora por el agua. Un cobertizo se erigía fotogénico desde las profundidades. Un helicóptero sobrevolaba, seguro que no de manera casual, la tierra mojada.

¿Por qué se queda allí parado? Tras él la puerta abierta, la luz amarilla, la promesa de calor. ¿Es Bruch un obstáculo? Se baja del coche.

—¿De dónde vienes?

—¿Dónde están los niños?

—Dentro. ¿Por qué no me coges el teléfono?

—¿Quién los ha recogido?

—Yo. Me llamaron al hospital.

—Lo siento.

—¿Estás bien?

—No lo sé. ¿No deberíamos entrar?

—¿Ahora de repente tienes prisa?

—Nos estamos empapando.

—¿Qué es lo que te está pasando?

—¿Me dejas pasar?

—No —toda su camisa es ahora azul oscuro. Le caen gotas del cabello. Una le pende del lóbulo de la oreja—. ¿Dónde estabas?

—¿La verdad?

—¡Por favor!

—Me tomé un Valium antes de subirme al coche. Luego estuve a punto de tener un accidente. Cuando me estaba recuperando, me quedé dormida en un aparcamiento. Me desperté cinco horas después. El teléfono se me olvidó en casa de Jacob —es la verdad. La mira y entorna los ojos—. No me crees.

—Haces cosas raras.

—Lo siento.

—Llevas ya tiempo haciéndolas.

—Sí.

—¿Qué es lo que está pasando?

—Voy a dejar SOS.

—¿Por Eddy?

—No. Sí. También. Yo qué sé. Ya no me apetece trabajar allí.

—¿Cómo conseguiste las pastillas?

—En casa de Jacob.

—¿Te las dio?

—Las cogí yo. ¡Solo es Valium, Bruch, no es heroína!

—Emilia.

—Ah, sí, está claro que lo sabes. Eres médico.

Esa mirada suya. Pasa por delante de él y le aparta el brazo cuando se lo tiende. La coge del hombro, le dice «so», como si fuera un caballo.

—¡Joder, Emilia, háblame!

Leo y Osip están viendo la televisión, ella cruza en silencio la puerta sin ser

vista y sale disparada escaleras arriba. En la primera planta no sabe qué hacer. Oye cerrarse la puerta de entrada. Con demasiada fuerza. Se quita la ropa mojada y mira afuera. El río, que también le ha ganado terreno al prado de la otra orilla, se ha anexionado en una parte el jardín. El cauce es, por lo menos, tres veces más ancho de lo normal. Estacas, arbolitos, arbustos, la valla de las vacas enfrente, todo sale del agua. Coge los prismáticos del alféizar y busca la orilla, allá donde termina ahora el río, pero no puede ubicarla. Las gotas de lluvia perforan el espejo de la superficie: mil cráteres de agua silenciosos.

—¡A comer! —grita Bruch escaleras arriba. Se libera de lo que está viendo y se viste. Abajo están ya sentados a la mesa tras sus respectivos platos. Ya han instalado la cocina y se ve resplandeciente. Bruch ha hecho albóndigas.

—Mamá.

Evita la mirada de Bruch.

—Me dejaron estar en la oficina de Karin y me dio una lámina para colorear.

Karin es la conserje. Leo le tiene miedo. Emilia le acaricia la mano y no dice nada. Osip aplasta su patata con la palma. Chilla porque está caliente. Bruch lo coge por debajo del brazo y le pone la mano bajo el grifo alto, nuevo y brillante. Leo mira a Emilia, desde abajo, en un ángulo oblicuo y con la cabeza dirigida al plato, casi avergonzado o, en cualquier caso, tímido.

—¿Estás mala, mamá?

Ella niega meneando la cabeza. Hay algo solidificado, algo apagado e inmóvil en su interior. Tendría unos diez años. Su madre, derrengada y enferma, estaba sentada en una silla a la mesa. Su padre comía de su plato en silencio. Jacob les disparaba datos como un presentador en un concurso con candidatos drogados. ¿Qué significa BMW? ¿Qué planta que crece en el patio del colegio que hay aquí es mortal si te la comes? ¿Qué planeta es el más caluroso? ¿Cuál era la comida favorita de Stalin?

—No, chiquitín. No estoy mala.

—¿Estás enfadada?

—No, cariño, no estoy enfadada, contigo no, venga ya.

Osip quiere sentarse en su regazo, pero Bruch le dice que no puede. «Come

primero. Y deja también que tu madre coma.» Pero Emilia replica: «Bah, déjalo, sí que puede, solo un momento, solo una vez, venga». Se dobla sobre ella y le mete la mano bajo la ropa por el cuello del jersey. Le aprieta la boca húmeda contra la mejilla. Bruch mira enfadado. La norma es que nada de sentarse en el regazo. La norma es primero comer y luego jugar. Diez años atrás, antes de conocerlo, antes de empezar con todo esto, todavía lo recordaba, pero de una u otra manera se le había olvidado, se había enamorado, en las garras de la supervivencia, anhelando a esos niños. Ahí estaba entonces, de nuevo, en todo su esplendor extendido ante ella. Sentimientos reprimidos, pensamientos no expresados. Los niños son aún pequeños, pero los secretos ya han empezado a fermentar también en el interior de todos ellos. Los padres no pueden hablar cuando los hijos están presentes, los hijos no pueden hablar cuando los padres están presentes. Y los padres tampoco pueden hablar entre sí, por lo demás. Una familia es un molde en el que se vierte tu felicidad para darle una forma concreta. Es una manera de reconciliarte con la cotidianidad de las cosas. Una cárcel en la que puedes encerrarte y sentirte segura.

—Si quieres postre, Osip, tendrás que sentarte en tu silla —Bruch va a convertirlo en un problema.

—Quiero postre.

—Entonces ve a sentarte en tu silla.

—No quiero sentarme en mi silla.

—Entonces no tendrás postre.

—Pero quiero postre.

—Ve entonces a sentarte en tu silla, Osip.

—¡Quiero estar sentado con mamá!

—Si quieres postre, tendrás que ir a sentarte en tu silla. Después podrás volver a sentarte con mamá. Vamos.

—Noooooo.

—Muy bien.

—Postre.

—No, querido, entonces no hay postre.

—¡Postre!

—Osip.

—¡Mamá! ¡Postre!

—Tienes que sentarte en tu silla Os.

Leo intenta salvar la situación. Emilia querría desaparecer de escena. Pero hay que acabar esta comida, luego bañar a los niños, meterlos en la cama, todo el ritual del que no podrá sustraerse después de lo que ha pasado hoy. Y luego tendrá que hablar con Bruch. Ve cómo él, al otro lado de la mesa, mantiene ardiendo el fuego de su ira. Osip va a sentarse en su silla y se come las natillas llorando. Emilia es incapaz de moverse.

Trituraba verduras, untaba con melaza unas rebanadas de pan blanco y blando sin corteza, subía dos veces al día un termo de té y vaciaba el cubo. El rostro de su madre estaba crispado por el dolor; con el tiempo, la morfina fue volviéndolo más suave y ausente. A veces soltaba alguna incoherencia. Emilia no se esforzaba en absoluto por descifrar el posible mensaje. Solo se quedaba en la casa hasta el momento en que pudiera volver a irse. Por la noche cenaba con su padre, que le hacía preguntas superficiales sobre el colegio, sobre lo que iba a hacer esa noche. Ella le ofrecía respuestas que constaban de una o, a lo sumo, unas pocas palabras. Tenía algo con un chico del pueblo. Las horas que seguían al colegio las pasaban sobre una cama estrecha en una casa donde había el mismo silencio que en la suya. Follaban y jugaban a juegos del ordenador. Los enfermeros que iban a la casa se esforzaban tanto como ella por cumplir con su tarea lo más rápido posible y salir otra vez pitando. Su madre pasó las últimas semanas en el hospital de la ciudad. Emilia acudía allí con su padre cada dos días. Se quedaban sentados junto a la cama y guardaban silencio. En el alféizar de la ventana se marchitaban las flores. Su padre decía que todo era inútil. Su madre ya no decía nada. Después se murió. A su entierro asistieron personas a las que Emilia no había visto nunca, que esbozaban la imagen de una mujer a la que ella jamás había conocido. Al cabo de dos meses, una semana después de su decimoséptimo cumpleaños, se fue de casa.

Les lee a los niños en voz alta, les lava los dientes y los mete en la cama. Su silencio provoca docilidad. De manera que así funciona. Tienen miedo y parecen buenos. Ha heredado la inmovilidad de sus padres. Comprende lo que es, lo que causa esa quietud externa. Lo comprende, pero es incapaz de analizarlo de verdad. No consigue dar nitidez a sus pensamientos y se siente

confusa. En la habitación falta el oxígeno. Quiere salir. Quiere irse. Cuando descende por la escalera, Bruch está en el vano de la puerta y mira hacia el jardín mojado. Todavía llueve. Debido a la flamante cocina nueva, parece como si estuviera en una casa distinta de la suya. Se sienta a la mesa y espera. Se propone ofrecer a cada pregunta de Bruch una respuesta lo más sincera y extensa posible. Si vuelve a preguntarle una vez más qué oculta, se le contará todo. Empezará a hablar de repente, aunque no sepa dónde va a terminar. El corazón le late en la garganta. Todo. Ningún secreto ni ningún silencio más. Si él se lo pide, se dará la vuelta del derecho y del revés.

—Emilia.

—Sí —dice ella, solemne. Sí a todo, piensa.

—Tengo que salir un rato.

—¿Qué?

—Voy a irme un rato.

—¿Adónde?

—Un rato fuera.

—Muy bien.

—¿Muy bien?

—Sí.

Cierra la puerta del jardín, la mira, solo de pasada, luego se vuelve y sale de la cocina y, un poco después, de la casa. El coche circula por la grava del camino de entrada. No tendría que haber estado de acuerdo. No tendría que haber esperado a la pregunta. Tiene que mantenerse alejada del whisky.

Ha estado allí una mujer del ayuntamiento. Ha dicho que, de momento, solo recomiendan abandonar la casa, pero que en la fase siguiente puede llegar a convertirse en una obligación. Bruch y Emilia están en el jardín, dentro del agua, con las botas puestas. Bruch ha ido a buscar sacos de arena y planchas de plástico. Ha condenado las ventanas del sótano con tablas y clavos, y taponado las aberturas de las puertas por la parte inferior. Sigue lloviendo. El coche de Emilia tiene la mitad de las ruedas bajo el agua. Bruch ha dejado el suyo en la parte de arriba de la carretera después de haberse llevado a los chicos.

—Yo no me voy —dice—. Esta es mi casa.

—Sí.

—¿Qué van a hacer si la evacuación se hace obligatoria y nos negamos a marcharnos?

—Creo que en casos semejantes destacan al ejército.

Emilia no ha ayudado. Se ha quedado mirando cómo arrastraba los últimos sacos de arena y los apilaba a lo largo del muro de atrás. Llevaba cosas arriba y metía la comida en cajas. Leo estaba encantado y quería ir al colegio en bote.

—Todavía no hemos llegado a ese punto —le dijo Bruch.

—Pero cuando hayamos llegado a ese punto, ¿puedo ir al colegio en bote?

—Sí.

—¿Qué bote? —había preguntado Emilia.

—¿No tenemos un bote de goma? Yo creo que en algún lugar tenemos un bote de goma. Tal vez puedas ir tú a buscarlo.

Entró en la casa, pero no se puso a buscar el bote. Había estado mirando las manchas de humedad que surgían desde el suelo del porche a lo largo de las paredes, la cocina, las puertas de los armarios de color rojo brillante, los zócalos de madera, el espacio inmenso sobre la encimera. Había abierto y

cerrado cajones que se deslizaban silenciosos, como lenguas que se sacan y luego vuelven a meterse, y había mirado dentro, donde todo estaba limpio y organizado de una manera tan pulcra, clara y esmerada que casi no reconocía las cosas.

—¡Emilia! —Bruch está ante ella—. ¿No me oyes?

—No, perdona.

—¿Me ayudas un poco?

—Muy bien.

Tiene que sujetar una tabla mientras él la atornilla. No comprende cómo las placas clavadas a las puertas de madera van a ser capaces de contener el agua. No tiene ninguna prenda de abrigo buena, el agua se le filtra por la espalda. ¿Sabrá él ya que el suelo de dentro está mojado?

—¿Entramos un momento? ¿Quieres que haga café?

—Mantenla un rato derecha, por favor —ya no va a volver a arreglarse nunca. Podrán salvar su casa, pero no su matrimonio—. ¿Es tan difícil? ¡Venga!

—No me siento bien.

—Un poco más —sostiene la tabla derecha. El que sea una tarea tan fácil es precisamente lo que la convierte en complicada. Es demasiado insignificante como para mantener la concentración, lo que la lleva a descentrarse una y otra vez—. Muy bien. Déjalo. Entra en casa.

Lo dice en un tono supuestamente neutro. Ella pasa a la cocina y deja caer el abrigo en el suelo. Tiene la ropa mojada. Hace café. El corazón le late demasiado rápido. Llamen al timbre. Mira afuera para ver si Bruch también lo ha oído, pero está agachado con la capucha puesta y golpeando con un martillo. Se mete un cuchillo de pelar patatas en el bolsillo trasero de los vaqueros y se dirige al pasillo. Es un cartero, con un paquete. Lleva botas de goma en las que ha embutido las perneras de los pantalones. Ve cómo se queda mirando su ropa mojada e intenta examinar el interior de la casa a sus espaldas. Le pregunta qué tal les va, si consiguen mantenerlo todo seco. Ella le dice que les va bien y le da con la puerta en las narices. ¿Por qué está viviendo en un pueblo? ¿Por qué está viviendo como antaño, en un pueblo? En un pueblo donde el cartero conoce a los vecinos y los vecinos tienen unas ganas inmensas de conversación. El paquete contiene su móvil y una tarjeta de Jacob. *Cuídate, pequeña. Si tengo que ir a recogerte, lo haré.* Bruch entra. Sin decir nada, coge el abrigo del suelo y lo cuelga en una silla. Cuelga el

traje impermeable en el extensor de la luz cenital que hay sobre la puerta del jardín. Debajo coloca una bayeta. Sirve el café y le da una taza a ella.

—¿Tienes gripe? —la gripe es la falta de entusiasmo, le dijo una vez un profesor de la universidad cuando no fue a clase por estar enferma.

—No lo sé.

—¿Qué te pasa?

—Eso es precisamente lo que no sé.

—Pero tal vez puedas decirme qué es lo que te molesta. ¿Tienes fiebre? ¿Te duele algo? ¿Estás mareada? —La irritación ralentiza su manera de hablar. Como si solo con el freno echado pudiera evitar empezar a gritarle. Debe inventarse algo sin más. No hace falta que sea verdad. Puede decir simplemente que está mareada y con náuseas, así podrá subir al dormitorio y acostarse. Estaría bien dormir. La noche pasada no pegó ojo. Se la pasó mirando cómo dormían Osip y Leo. Convencida de la vulnerabilidad de sus vidas, de la posibilidad de que una vida así pueda llegar a malograrse por completo. Mira a Bruch y piensa: te conozco. Una y otra vez, como un mantra. Conozco tu cuerpo, tu estrecho cuerpo lampiño, tus lunares, tu cuello, la dirección en que te crece el pelo de la barba, la forma de los huesos de tus caderas, tus dedos, tus manos, tus codos, la manera en que te cuelgan las pelotas, tus rodillas, tus pies, el olor de tu sudor, el sabor de tu boca. Lo conozco muy bien—. ¿Em?

—¿Por qué eres tan desagradable?

—Te pregunto por lo que te pasa. ¿Es eso ser desagradable?

—Lo preguntas tan...

—¿Tan?

—No sé.

Él aprieta los puños.

—Intento comprender algo de lo que te pasa.

—¿Ah, sí?

Se queda mirándola, con los dientes sobre el labio inferior. Abrázame, piensa ella. Él deja la taza. Se saca del pantalón clavos y tornillos que empieza a ordenar sobre la encimera. Ella coge de la mesa el teléfono y la tarjeta de Jacob y desaparece escaleras arriba. Deja el cuchillo, que todavía estaba en su bolsillo, en el alféizar. Luego saca dos Valiums del pastillero y se los toma a la vez. Cuelga la ropa húmeda en el radiador. Le entra el hipo. ¿Conocer tan bien un cuerpo es lo mismo que conocer el interior de alguien?

¿Lo uno lleva a lo otro? ¿Hay un núcleo en ese cuerpo y en la infinita suma de reacciones e inflexiones de la voz y la manera en que se ejecutan las acciones diarias? Peer Gynt. ¿Cómo era? Puedes pelar la cebolla, pero si sigues pelando no quedará nada, porque una cebolla solo tiene capas, ningún núcleo, ninguna médula, ningún cogollo, ningún diamante que se sustraiga a la vista. Se acurruca bajo el suave edredón. Ojalá Bruch viniera a acostarse con ella, ojalá presionara ese cálido cuerpo contra el suyo mientras la lluvia rezuma por todos los resquicios de la casa.

16

Después de haber estado lavando la alfombra, fue a sentarse en la cama junto a ella. Le acarició la espalda. Antes de que hubiera formulado la idea en su cabeza, él la expresó.

—No me puse a limpiar la alfombra porque me pareciera más importante. Pensé en dejarte un rato tranquila. En caso de que así lo quisieras. Pensaba que tal vez era lo que querías.

La mejilla que ha tocado la mano de ella estaba más roja que la otra.

—Sí.

—Yo...

—¿Sí?

—Em.

—Lo siento.

—Yo también.

—Bruch —sus breves palabras de impotencia flotaban por la habitación. Él quería tranquilizarla, pero lo hacía en lenguaje secreto. Le dijo que podía confiar en él—. Quizá sea simplemente ese pollo.

—¿Cómo? ¿Qué pollo?

—Una especie de intoxicación alimenticia —lo había dicho antes de darse cuenta. No había comido pollo.

—Me resulta difícil de creer.

—¡Ah!

—Pero es posible. Podría ser —Dijo rápidamente, porque sabía que ella estaba mintiendo.

—Sí.

—¿Debería...?

—¿Qué?

—¿Puedo hacer algo?

—¿El qué?

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Mmm...

—¿O será mejor...?

—¿Qué?

—¿Será mejor que te deje tranquila?

—Sí.

—Un momento. Te dejo un momento. Volveré a ver qué tal estás dentro de un rato.

Salió de la habitación rápido y en silencio y cerró la puerta con cuidado; ella vio con el pensamiento cómo lo hacía, soltando el picaporte despacio, con la cabeza ladeada y los ojos hacia el suelo. Naturalmente, lo pensó. Que su inesperado reflejo físico significaba que no era tan inofensivo, ni se había pasado, ni era tan irrelevante como ella pensaba. Naturalmente, acarició la idea de contárselo. Pero luego se quedó dormida. Y una hora después se despertó, porque Bruch le llevó té y fresas. No se habló más del asunto. Emilia olvidó que la conversación se había producido. Al igual que olvidó que se había producido la violación. Lo había olvidado porque era feliz. Era feliz porque lo había olvidado. ¿O solo pensaba que era feliz? ¿Era una felicidad basada en la desconexión de aspectos cruciales de ti misma? ¿Puedes decir que algo, tras un examen más detenido, no era felicidad aunque lo sintieras como tal? ¿Tiene la felicidad, a decir verdad, algo que ver con esas cosas? ¿No se halla la felicidad en su forma más pura e inaprensible muy lejos de... los acontecimientos? No lo había olvidado. La verdad es que nunca lo había olvidado y que en periodos determinados pensaba en ello a diario.

Abajo oye a Bruch golpeando la madera con el martillo. Con el rabillo del ojo ve el cuchillo. A partir de ahora llevará consigo siempre un cuchillo, y no tendrá miedo de utilizarlo. Pero el de pelar patatas es ridículo. Tiene que adquirir uno de esos cuya hoja se dobla y se guarda en el mango, abriéndose después mediante un resorte, ¿cómo se llama, una navaja automática? Todavía no ha estado en la buhardilla. ¿Ya lo han terminado todo? ¿Ya no van a volver más? La fría luz grisácea del mediodía le confiere a todo un aspecto enfermizo. No puede quedarse dormida. Otra vez no. Tiene que bajar a las dos y media, hacer como si no hubiera pasado nada e ir a recoger a los chicos. ¿Va a ir Bruch a trabajar? ¿Por qué está en casa? Ay, no, no puede ir a recoger a los chicos, con el Valium no. Tendrá que ir en bici. Pero es más de media hora en bicicleta y no puede llevar a dos niños en la suya. Entonces tendrá que

recoger a Leo y luego a Osip. Pero, si lo hace así, Bruch preguntará entonces por qué. Y si le dice por qué lo hace, él irá a recogerlos. A no ser que se haya ido. Pero si se ha ido, no puede dejar a Leo solo en casa. Si se ha ido, tal vez sí que vaya con el coche. No es más que un trayecto corto. Y solo al regreso, con los chicos a bordo, es realmente importante que todo vaya bien. Aunque... Sí que tiene que llegar. Una navaja de muelles. Así se llama. Bruch tendría que haberle traído té y fresas otra vez. No hay que descartar que él también piense en ese acontecimiento. Si lo está pensando, cuando me traiga fresas se lo contaré todo. «Y si no lo está pensando —dice en voz alta, la voz le suena rara —, si no lo está pensando, entonces no le contaré nada. Si, entonces; si, entonces».

Cuando se despierta es de noche. Hay té y una fuente con galletas junto a la cama, en la mesilla. Son las nueve menos cuarto. Sigue lloviendo. La casa está en silencio. Enchufa el teléfono al cargador y examina los mensajes recibidos. Colegas, clientes, Bruch veinte veces, el colegio de Leo. En el espejo ve que tiene un aspecto miserable. Los niños duermen. Tapa bien a Leo y le pone en los brazos el monito que se le ha caído al suelo. Se lava la cabeza y se queda mucho tiempo bajo el agua de la ducha. Se siente mejor. Vuelve a estar bien. Razonablemente bien. Tiene que bajar, pedir perdón, decir que se le ha pasado el mal humor, que ella tampoco lo comprende en absoluto. ¿Lo aceptará Bruch? Puede convencerlo si actúa con normalidad. Estar despierta y lúcida. Formular preguntas, no olvidar. Ayudar con las medidas contra la inundación. Profundizar también en el asunto. Y debe escribir una carta de dimisión. Así podrá quitárselo de una vez por todas de la cabeza. Así podrá dedicar toda su energía y todo su tiempo a la vida en común de ambos. Así, también, todo irá mejor y se pondrá fin a ese episodio. Así habrá empezado y terminado. Eso estaría bien. Es posible. No es la primera vez. Hay poco tiempo y es imposible cualquier aislamiento. Pero se puede. Se viste. Se maquilla un poco. Así está muy guapa.

Hay música puesta. Bruch está sentado a la mesa. Tiene el portátil abierto y hay papeles por allí. En el suelo hay cajas de madera con cosas dentro. Con una mirada rápida atisba comida, cuerda, una radio, cerillas. No van a evacuar la casa, van a acampar en la buhardilla. Piensa en las fotos de 1953, cuando ocurrió la gran inundación, con las agujas de los campanarios asomando por el

agua, personas saliendo por las ventanas de las buhardillas, subiéndose a los botes. Bruch está sentado con su espalda estrecha y fuerte vuelta hacia ella. Tiene el pelo largo.

—Hola.

—Hola —no se vuelve.

—Lo siento, no sé lo que me pasaba, intoxicación alimenticia, ataque de nervios. En cualquier caso, ya pasó.

Intoxicación alimenticia. Ahí lo tienes de nuevo, tendría que haber dicho pollo y ver lo que hacía.

—¿Ah, sí?

—Sí —se sienta a la mesa, frente a él—. De verdad. Ponme al día —señala la mesa.

—He llamado a Jacob.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No me creía que hubieras estado en su casa.

—Dios.

—Pero si no hubieras estado en su casa, probablemente me lo habría dicho también. Ha corroborado tu historia, pero bueno, de qué me sirve.

—¿De qué me sirve?

—Por la noche no estás en tu cama. Estás exhausta. Estás ausente y distante.

—He estado durmiendo muy mal.

—Sí. Pero ¿por qué?

—Por qué.

—Por qué.

—¿Podemos discutirlo más tarde?

—Todo es posible, Emilia.

—Entonces lo discutiremos más tarde, ¿vale? Tengo que recuperarme un poco.

—¿Vas a salir?

—¿Cómo?

—Parece que te hayas preparado para salir.

¡Piensa que tiene una aventura! Tal vez deba dejar que siga en su error. Tal vez sea esa la única manera de librarse.

—Háblame del agua. Llevo mucho retraso.

Bruch se levanta y da una vuelta sin sentido por la cocina. Se detiene junto a la mesa y vuelve a dar otra vez la misma vuelta. ¿Quién es el que está

haciendo cosas raras aquí?

—Bruch.

—No —«no». Emilia se siente como una niña a la que han echado al pasillo. Bueno, va a tener que superarlo. Tiene que hacer algo. Ella es la culpable—. ¿Tienes hambre? —demasiado tarde. Ella asiente y él empieza a poner queso y mantequilla y tomates y pan sobre la mesa. Quizá sea más arrojar que poner, pero quizá sea también ella incapaz en este momento de diferenciar las dos cosas con total precisión.

—Justo cuando nos vinimos a vivir aquí, esas primeras semanas, ese final de verano, Leo en su canastilla de mimbre. ¿Te acuerdas? Ninguno de los dos trabajaba. ¿Recuerdas también eso? ¿Recuerdas lo felices que éramos? —es lo mismo que con ese café al que entraron después de la representación, cuando ella evocó el recuerdo del test de embarazo. Él la mira como si estuviera intentando atraerlo hacia alguna parte—. No voy buscando nada en concreto, solo se me ha ocurrido.

—¿A qué te refieres cuando dices que no vas buscando nada en concreto?

—A lo que digo.

—Eso es algo que dices cuando vas buscando algo. Te refieres a algo distinto. ¿Cuáles son tus intenciones en realidad? ¿Estás haciendo balance?

—¡No, qué va! ¡Déjalo! —están sentados el uno frente al otro y los dos guardan silencio. Entonces él coge el cuchillo y empieza a cortar pan. Unta mantequilla encima y corta láminas de queso. Le sirve té. Le explica cómo está la situación. Ha clavado tablas en las puertas de la parte trasera y ha apilado sacos de arena a lo largo de toda la casa—. ¿Cómo has conseguido transportarlo todo? —la arena es pesada y ella ha visto cuánto esfuerzo y tiempo le habrían costado los últimos sacos y el poco sitio que abarcaban.

—Me han ayudado Robert y sus muchachos.

—¿Quién es Robert?

—Ese manitas. Lo de la escalera lo hemos dejado para más adelante.

—¿Qué?

Dios mío, no se había fijado lo más mínimo. ¿Sabía que se llamaba Robert? ¿Cuántas cosas se le olvidan en realidad? Bruch está hablando de nuevo. Ha comprado una bomba para el sótano y llevarán equipos de supervivencia a la buhardilla. De momento, va a seguir lloviendo y se espera que el agua siga subiendo. Los niños podrían irse a dormir a casa de Douwe y Sophie. Así Leo podrá ir al colegio sin problemas. Bruch se ha tomado unos días de

vacaciones. En su relato se desliza ahora la excitación. Por eso no quiere irse, no porque no quiera dejar la casa a su suerte o porque no quiera reconocer la autoridad de esos funcionarios municipales; lo cierto es que le gusta. Le pregunta si ha visto las zonas húmedas en el porche. Él se encoge de hombros. Se solucionará con la bomba del sótano. Beben té y comen bocadillos. Él le coge las manos entre las suyas. Ella dice que le gusta la cocina.

Cuando se levantan y recogen la mesa y apagan las luces, Bruch la abraza y tira de ella hacia sí. Huele a sudor. Le acaricia la espalda, le pone las manos en las nalgas. A ella le falta el aliento e intenta desprenderse de su abrazo. Las luces ya se han apagado, ya ha empezado a acompañarlo arriba, no puede decidir de repente que no sube. Él le mete los dedos entre la cintura del pantalón, con la otra mano le saca el jersey, le aprieta el costado y va describiéndole suaves círculos en la piel con las manos. Ella se queda colgando pegada a él, floja y sin fuerzas, en su cabeza un silencio de vértigo. Él susurra su nombre. Ella tiene que decir también algo. Y hacer algo. No puede mover los brazos. Él enreda con los dedos en su pelo. Ella vuelve a pensar en esas fresas. ¿Cómo es posible que antes pudiera y ahora ya no? Por suerte se ha tomado ese Valium, porque de lo contrario ahora estaría muerta de pánico. La suelta, le coge la mano, se la lleva. Suben por la escalera. Despacio, los ojos a la altura de sus caderas. Aún le quedan un par de metros, todavía un minuto escaso. Se desnudan en la oscuridad. Hace frío en el dormitorio. Al otro lado de la ventana es todo negro. Se deslizan bajo el edredón. Él le besa el cuello, posa el rostro en su pecho. Ella todavía sigue sin poder moverse. Piensa en Eddy y en Marieke, que sufre sus tocamientos petrificada. No lo han tratado con la suficiente mano dura. A Eddy. Cabrón.

—¿Emilia? —Bruch levanta la cabeza, flota por encima de su rostro, sabe que es él. Tiene que entregarse. Tiene que hacerse lo más suave, inmóvil y accesible que pueda.

Se abre la puerta.

—¿Papá? He tenido una pesadilla.

Leo.

El acuerdo es que cada uno duerme en su cama, pero le dejan un lugar entre los dos. El pijama de franela de Leo contra la piel de ella, el suave pelo bajo la palma de su mano. En el cuello encuentra la mano de Bruch y le pone la suya encima. Serpentea un pequeño hilo desde el presente hacia el pasado, un hilo recorriendo el tiempo. El momento se sutura sin problemas con el

principio; con el principio de la vida en común, con el principio de la vida de Leo, cuando la felicidad era un embriagador estado de ser y no algo que luego pudiera ser desenmascarado. El tiempo es una curvatura, lo que ocurrió hace algunos años está más cerca ahora que ayer.

Cuando regresa, él está ante la ventana con la espalda vuelta hacia ella. Cuelga el abrigo en el picaporte, se descalza y deja las botas tiradas en el pasillo. En el patio del colegio solo se hablaba del agua. Varios niños no habían ido a clase porque sus padres habían decidido irse del pueblo. Por debajo del suelo suena el monótono sonido de la bomba. Está cansada. Esa noche no ha podido dormir. Al fin y al cabo, se había pasado la mitad del día en la cama. Al principio estuvo muy bien tener a Bruch y a Leo tan cerca, pero después empezaron a entrarle el sofoco, y se sintió atrapada por esas cálidas extremidades enredadas en las suyas. Sacó con dificultad su mano de debajo de la de él, levantó el brazo de Leo que tenía encima y luego salió de la cama en silencio. Abandonó el dormitorio como antes abandonaba la casa por las noches, paso a paso, a veces esperando unos cuantos minutos para cerciorarse de que nadie la oía, de que todo seguía igual. Tenía miedo de Bruch, de que se despertara cuando se levantaba y que la siguiera para terminar lo que habían empezado. Bajó las escaleras y entró en el porche. Allí abrió su portátil y fue a sentarse en el sofá envuelta en una manta. ¿Eran cosas suyas o el sofá estaba húmedo? Leyó por fin el correo electrónico de Marieke, las reacciones de sus colegas, los correos de Josepha, los correos de Eddy a ella y a Josepha. Un correo electrónico de Eddy, solo a ella, en el que le decía cuánto le había decepcionado su amistad. Se quedó durante un tiempo con la mirada clavada en esa frase.

Empezó a escribir una carta de dimisión, pero se dio cuenta de que no podía dejarlo así, sin más, porque era la copropietaria. Tenía que acordar algo de tipo financiero, no tenía ni idea de qué. En un correo electrónico dirigido a Josepha y a Eddy, escribió que quería llegar a un acuerdo con ellos sobre su marcha, y que la situación ahora con Eddy no era el motivo, sino la gota. La gota en qué vaso, se preguntó, y eliminó la frase. Después mandó a la papelera todo el correo. A algunas personas no se les nota lo aburridísimas que son

hasta que llegan a una determinada edad, como si la juventud limara la aspereza de su carácter miserable. Eddy era una de esas personas. Se dio cuenta de que siempre había sido un gilipollas. Pero estaban juntos los cuatro y, de una u otra manera, conseguía transmitir su audacia a los demás, que poseían menos; esa gilipollez se diluía repartida entre los cuatro. Pero aisladamente y observado con mayor detenimiento, Eddy había sido siempre un gilipollas y Josepha era demasiado dócil. ¿Estaba haciendo balance? Quizá Bruch había tenido razón cuando lo dijo. Pero no se trataba de ellos ni de su relación, ¿cómo se le podía haber ocurrido? Ella estaba con los brazos extendidos al otro lado del Misisipi, intentando alcanzarlo... Tendría que volver a subir, tendría que sacar a Leo de la cama y llevarlo de nuevo a la suya y luego acostarse junto a Bruch, tocarlo, despertarlo.

Buscó información en internet sobre inundaciones y encontró la página web que Bruch había consultado; en cualquier caso, allí estaba enumerado punto por punto todo lo que él había hecho. Al cabo de un par de horas, regresó al dormitorio. Se puso a leer en silencio a la luz de una linterna y tumbada lo más cerca posible del borde de la cama. Finalmente, se quedó dormida.

El conjunto de obligaciones diarias había impulsado la mañana. Untar rebanadas de pan, meterles prisa a los niños, que no querían otra cosa que quedarse jugando en pijama con sus juguetes pero que tenían que comer, vestirse, lavarse los dientes. Leo estaba llorón y dijo que le dolía la tripa.

Una vez le picó una avispa. Emilia había creído que lo fingía, que tenía celos de Osip —a quien ese día, un poco antes, también le había picado una avispa y había recibido en ese momento mucha atención—, y le había restado importancia. Entonces, de repente, vio el bulto que se le iba hinchando en la pierna. ¿Cómo era posible que hubiera sonado tan poco creíble cuando se puso a chillar? ¿Cómo era posible que a ella se le hubiera pasado por alto totalmente el verdadero dolor en su reacción? Esta mañana ha colocado las manos en el vientre cálido de Leo y le ha preguntado dónde le dolía. Lo ha abrazado y lo ha consolado y le ha prometido decírselo a la seño, y también que iría a recogerlo si no se le pasaba. De momento, eso fue suficiente. Pensó: me los llevo, los pongo a buen recaudo, porque donde mejor pueden estar es en su clase, porque no sé cómo voy a conseguir sobrevivir al día yo misma, porque no confío en mí. Cuando levantó la cabeza, sorprendió a Bruch con una mirada tan fría y distante que se quedó muerta de miedo.

En el camino de vuelta, condujo cada vez más despacio.

Bruch se vuelve.

—Bien —dice.

Abriéndose paso a través del propósito de ser comunicativa y amable, se reaviva en ella la irritación. Qué pasa ahora. Espera un momento. Él no hace nada.

—Encárgame algo. Dime lo que debo hacer —lo dice con la mayor alegría posible.

—Tal vez quieras preparar una maleta para los niños. Esta tarde los llevaré a casa de Sophie. A partir de mañana ya no tendremos jardín y nuestra casa lindará directamente con el río.

—¿Los chicos ya lo saben?

—Podemos llevarlos juntos luego.

—Muy bien.

—¿No tienes que trabajar?

—No.

—Ah.

—Voy a dejarlo. Pero no sé cómo hacerlo. En el aspecto financiero. No conozco mi implicación en la empresa. Es algo que debo averiguar.

—¿Y qué vas a hacer entonces?

—Lo normal.

—¿Lo normal?

—Supongo que podré aguantar un tiempo.

—¿Y luego?

—Seguiré escribiendo e investigando sin más.

—Habrá una cláusula de limitación de la competencia.

—Ya veré. No quiero cubrirme.

—Precisamente.

—Ya no tengo confianza.

—¿En qué?

—En SOS, ni en Eddy ni en Josepha.

—Se acabó el amor.

—Sí. Algo así.

Se quedan en silencio.

—Por SOS.

—Sí, de eso es de lo que estábamos hablando.

—No por ti.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es lo que tú piensas.

—¿Ah, sí?

Tiene que ir hacia él y abrazarlo. Tiene que posar la cabeza en su hombro. Tiene que golpearlo. Tiene que golpearlo con la cabeza en el hombro. Tal como está allí, parece tan perdido como se siente ella.

—¿No te parece... —busca una palabra, la encuentra, la desestima, pero la emplea, estirada—, *raro* que no lo hayas discutido conmigo? Es algo que tiene que ver con nuestras vidas, ¿no? —apoya los dedos de los pies en el suelo, ella lo ve, inicia el impulso, su pie está iniciando el impulso.

—¿Qué?

—Tiempo, dinero... ¡Consecuencias, maldita sea, Emilia!

—Es mi decisión.

Tiene hambre, debe comer algo, tras él yacen las ruinas del desayuno.

—Por supuesto.

—Mi empresa, mi dinero, mi problema. Ni siquiera tendrías la opción de *no* estar de acuerdo, así que...

Se dirige a la encimera, se agencia una rebanada de pan y busca la manteca de cacahuete.

—No se trata de eso.

—... ¿por qué debo deliberar sobre algo tras cuya deliberación no se llegaría a producir ningún resultado distinto?

—¿Porque compartimos nuestras vidas!

—Pero si tu opinión no cuenta..., no para la resolución..., no importa entonces si....

—Estás hablando en serio, ¿o no?

Pero Emilia no está hablando en serio, o al menos no cree estar hablando en serio. Parece que solo lo dice por decir; por lo visto, es la impresión que tiene de lo que acaba de salir de su boca. Él está meneando la cabeza, tan explícita, tan ilustrativamente como un mal actor de teatro. Ella unta manteca de cacahuete en el pan. Toma un bocado. Se da la vuelta.

—Lo digo por decir, no sabría decirte lo que pienso.

Lo ha dicho con la boca llena de pan. ¿Hacia él eso antes también, apretar los puños? Es algo de las últimas semanas, es cuestión de tiempo que la golpee con esos puños. ¿Por qué, si no, está (adelantándose probablemente a

aquello de lo que su cerebro todavía no se ha percatado) de continuo en posición de ataque? Esos puños, ese pie preparado para impulsarse.

—¿Tendrás cuidado? —continúa.

—¿Cómo?

—¿Con esa agresividad?

—¿De qué estás hablando?

¿No ves?, todavía no tiene ni idea. Se frota el puño en la otra mano. Ella lo señala. Él también lo ve y vuelve a menear la cabeza un buen rato, con desánimo. Bruch se va y la deja sola en la cocina. Un cubo azul de plástico pasa flotando por el jardín. Tiene que preparar las maletas.

La golpeó con el puño en el rostro, la pateó, le hincó el antebrazo en el cuello, le dobló los brazos bajo la espalda, le apretó la garganta con ambas manos. La insultó.

Bruch entra de nuevo en la cocina y empieza a poner bolsas de basura en las patas de la mesa. Las pega con cinta adhesiva por la parte de arriba. Coloca las sillas sobre el tablero de la mesa. No le dice nada.

Sacó la funda de la almohada y le metió la cabeza dentro. Le sacó el pantalón por las piernas. Le oía escupir.

Bruch ya ha terminado con la mesa. ¿Qué irá a hacer ahora? Ella no le consulta sobre su marcha de SOS, pero él tampoco consulta nada con ella. Él simplemente comunica que los niños irán a casa de Douwe y Sophie. ¿Y ellos qué van a hacer?

—¿Quieres ayudarme un momento con el sofá? Quiero llevarlo al dormitorio —le sigue al porche. Es un sofá a franjas verdes y grises con las patas ligeramente curvadas. Dejan los cojines y las mantas en la silla. Cada uno coge por un extremo y empujan el armatoste hacia la escalera—. En el recodo ladeamos las patas por ese lado —le indica la dirección con un giro de cabeza—. ¿Quieres ir delante o detrás? Creo que sería mejor que fueras delante.

—Entonces iré delante.

Cuando el sofá se atasca en el momento de girar, descansan un poco. El sofá es pesado e incómodo de manejar. Arriba suena el teléfono de ella. Ambos se quedan escuchándolo hasta que deja de sonar. Luego maniobran con el mueble en otra esquina. Él empuja, ella tira, se mueve, consiguen llevar el mamotreto hasta el rellano. La puerta del dormitorio es demasiado estrecha, colocan el

sofá en el lado de él, lo basculan todo, giran las patas rodeando la jamba de la puerta, lo mueven de un lado a otro, lo empujan y consiguen meterlo. Lo colocan a los pies de la cama y Bruch se sienta. Lleva con ese sofá más tiempo que con ella, está un poco andrajoso, deberían retapizarlo. El teléfono vuelve a sonar. Es Jacob.

—Con Emilia.

—Pequeña, ¿está Bruch a tu lado?

—¿Cómo lo has sabido?

—Lo oigo en tu voz. ¿Todo va bien?

—Bah.

—¿Te llamo mejor luego?

—Sí. Mejor.

—Llámame tú.

—Vale —ella cuelga—. Jacob —agita el aparato en su dirección.

—Una conversación breve.

—Voy a preparar esas maletas —dice cerrando la puerta tras de sí.

¿Sería posible que, como algunas personas que de repente se hacen católicas, también un día una dijera que ya no quiere sexo, nunca más? Él baja por la escalera, ella oye la ira en sus pasos. Tira peluches, pijamas, ropa y cepillos de dientes en una maleta. Deshace las camas y mete las sábanas en la lavadora. Echa los juguetes, que andan por ahí tirados, en cajas y cajones. Ordena las piedras, las conchas y las baratijas sueltas en el alféizar de Leo. Coloca los peluches de Osip hasta conformar un retrato de grupo. No quiere una vida célibe. Quiere decirlo para liberarse. Como también quiere dejarle que siga en el error de esa aventura.

También puede abandonarlo.

Fue al principio del verano, al final del mediodía, cuando a Emilia le dieron el diploma. Sus hermanos se habían pimplado el vino en la recepción sin quitarse las chaquetas siquiera. Después se había ido con ellos al centro. Comieron en un chino de la Hoogstraat. Jacob masticaba con los ojos cerrados. Se bebió cuatro tazas de té de jazmín. El episodio de la heroína estaba bastante fresco, hacía tan solo un par de semanas que Jacob había regresado después de su estancia en una clínica. La glotonería parecía haber aumentado en todas las direcciones restantes. Cuando le miró la cara, con esos ojos cerrados, y vio esa imagen de entrega concentrada, sintió que escondía dentro de sí algo radical, la inclinación a hacer algo demencial. Le habían cortado el pelo en exceso y demasiado recto sobre las cejas. Viktor había empezado con una de sus latosas peroratas contra el capitalismo. Emilia enrollaba el pato laqueado en finas tortitas y mordisqueaba pepinos cortados en juliana. Luego tenía que ir a una fiesta. Eddy, Martijn y Josepha también habían obtenido sus diplomas y habían alquilado una salita encima de un café. Llevaba en el bolso regalos y el texto de un discurso para Jos, pero después de haber dejado a Viktor en casa se quedó callejeando por el Nieuwmarkt con Jacob.

Si pudiera elegir un momento que fijar y revivir de nuevo, solo un instante, antes de que el tiempo volviera a empujarla en la dirección inevitable, elegiría entonces esa velada. Había terminado la carrera sin padre ni madre; se había convertido en algo, en una socióloga, en una adulta; se había apartado para siempre de su juventud. Y, al mismo tiempo, todavía no estaba atada a nada. Si te entregas a alguien —a un hombre, a un hijo—, pierdes irremediablemente algo de ti misma, pero no le das ninguna importancia porque estás perdiendo algo que en ese momento tiene poco valor: pierdes tu falta de estabilidad. Ahora querría ser tan... libre, poder regresar al momento antes de que su vida se volviera tan ordenada.

—¡¡Emilia!! —se libera de sus pensamientos, se aleja de la ventana. Abre violentamente la puerta del cuarto de Leo. Bruch está ante ella. Ya no tiene el aspecto de un doctor, de su esposo. Tiene el aspecto de un maquinista, un contramaestre, alguien que trabaja con las manos. Su cara está sucia. Lleva una tirita en el pulgar. De su brazo extendido cuelga el abrigo de ella—. Nos vamos —la mirada de Bruch recorre el cuarto recogido. ¿En qué estará pensando? Se llevan a los niños. Apilan los muebles. Tabican las puertas. Se encierran a sí mismos.

Camina detrás de él, subiendo por el dique en dirección al coche de Bruch.

—¿Por qué van a casa de Sophie y Douwe, y no a Ámsterdam? —le grita a su espalda. Él aminora la marcha, pero no se vuelve. Se sube al coche. Ella se sube también. Él arranca y pone las manos en el volante.

—No creo que puedas dejar a un niño y a un casi bebé en casa de Jacob y Lieke.

—¿No?

—Para empezar, nunca están en casa.

—¿Ah, no?

—Así que tendrías que ir tú también.

—¡Uf!

—¿No es así?

—Y eso es algo que no quieres.

—No quiero hacer todo esto completamente solo —pone el énfasis en «todo» y en «completamente».

—Así pues, no es tanto porque esté contigo, lo que en realidad no quieres es hacerlo completamente solo.

—Me gustaría que lo hiciéramos juntos.

—Muy bien.

—¿Muy bien?

—Sí, por supuesto.

—Bien.

—Bien.

¿Puede haber un acercamiento con un intercambio de palabras tan enclenque? Están casados, tienen una historia, tienen hijos. Cosas que impiden el fracaso. *En esas cosas no hay que andarse con ligerezas*, oye decir a su tía

Jane en un recuerdo nítido y repentino. Ellas, su madre y su tía sentadas a la mesa de la cocina, a la luz polvorienta de la tarde en la parte trasera de la casa, fuera el cielo y el prado, siempre viento, una percha redonda para tender la ropa con trapos desgastados girando despacio y gimoteando. El tío Piet va a irse a vivir con su novia. Su madre dice: *La ligereza es enemiga del matrimonio.*

Primero recogen a Osip. Intercambian un par de frases con la directora de la guardería sobre el tiempo y el agua. En el patio del colegio se repite la conversación. Bruch conoce a todo el mundo, mucho mejor que ella. Sabe cómo se llaman. A la gente le gusta hablar con él. Miran su atuendo. Les pone al día sobre la situación de la casa. Alguien le pregunta por la bomba. Alguien le pregunta por la arena. Pone la mano sobre un brazo cuando dice algo. Se mencionan niveles de agua. Milímetros. Bruch hace también preguntas; hay más personas con problemas, pero ellos son los únicos del grupo que viven al otro lado del dique. Emilia está junto a su marido y calla, se aferra al paraguas y acaricia el pelo de Osip. Terminan las clases en el colegio. Las maestras van saliendo por turnos, cada una con su propia hilera de niños detrás como polluelos obedientes. Leo corre eufórico hacia ellos, feliz por la sorpresa de que estén todos allí, pero se frena a mitad de camino, precisamente por la misma razón. Catástrofe. Ella lo abraza, manteniendo en alto el paraguas con torpeza. Cuando le dice que él y Osip van a dormir fuera de casa, se le ensombrece el semblante. En el coche empieza a llorar. Bruch no hace caso. Emilia se debate entre la compasión y la irritación.

—Míralo como una aventura —le dice—. Solo van a ser un par de noches.

—Yo quiero estar contigo.

—Papá y mamá tienen que trabajar un montón, tenemos que hacer muchísimas cosas.

—¿Y yo no puedo ayudar?

—No, bichito, no puedes.

El niño se pone a llorar más fuerte.

—A mí me parece bien —dice Osip. Leo le da un puñetazo. Ahora Osip también está llorando. Emilia empieza a buscar en la guantera.

—¿Qué estás buscando?

—Golosinas.

Dentro hay de todo, pero no golosinas. Se quita el cinturón, se pone de rodillas en el asiento mirando hacia los niños y saca el reposacabezas. Leo mira enfadado. Osip hace mohínes. Emilia aprieta una manita, acaricia una cabeza, canturrea algo, promete que todo saldrá bien.

—¿Ellos tienen hijos?

—Hijos mayores.

—¿Tengo que ir mañana al colegio?

—Mañana sí, pero luego viene el fin de semana.

—¿Tengo que quedarme allí el fin de semana también?

—Tal vez.

—Yo no quiero —empieza a llorar de nuevo. Emilia le pregunta a Bruch en inglés si no se los tendrían que llevar simplemente a casa con ellos. Que realmente no es..., no de repente..., no va a llegar hasta el piso de arriba... Él solo gruñe algo—. ¿Qué estáis diciendo? —grita Leo.

—¡Venga, Emilia! —Bruch la fulmina con una mirada.

—¿Qué?

—No te comportes como una idiota.

—Muy bien.

—¿Por qué habláis en inglés?

—Porque sí.

—Porque no queréis que os entienda.

—Sí.

—Eres tonta.

—Y tú eres encantador.

Él le golpea la mano con la que quiere acariciarlo.

—¡Mamá, tú también eres encantadora! —grita Osip.

Bruch entra por el sendero de la casa junto a la que se ha criado Douwe. ¿O era Sophie? De la puerta cuelga un rótulo en el que pone BIENVENIDOS. Leo lo lee, deslizando los dedos por las letras.

—Tal vez lo hayan colgado especialmente para vosotros.

—¿De verdad?

Los restos de rebeldía por la estancia obligada desaparecen con el planteamiento de Sophie. Emilia, de inmediato, vislumbra en ella la capacidad de hacer felices a los niños sin malcriarlos. Alguien de absoluta confianza. Junto a la barra que separa la cocina del comedor se toman un expreso

perfecto. Emilia intenta sacudirse la repugnancia hacia la impecabilidad. Leo ha encontrado cosas para dibujar que no estaban allí dispuestas para ellos de manera demasiado llamativa y ahora dibuja un barco con alguien dentro. Osip está a su lado, mirando con admiración lo que hace su hermano mayor. Emilia aprieta con la nariz el cuello caliente de Leo y le susurra al oído: «Hasta pronto». Osip le da un par de besos húmedos y luego la aparta.

Como si estuvieran ya vadeando las aguas..., tan lenta, tan dificultosamente, se dirigen juntos después hacia el coche. Conducen en silencio hasta la casa. Dejan el coche en el arcén, sobre el dique. Su casa no sobresale del agua como una roca, sino como un pecio olvidado. No llueve. Del cielo pende un pesado aire sucio y grisáceo. Nada se refleja en la mugrienta superficie del agua. No hay animales por ningún lado. Un par de metros detrás de Bruch, ella descende por el dique hacia la puerta de entrada. El vestíbulo está seco, pero en la cocina hay ahora una capa de agua. La bomba que estaba funcionando antes en el sótano se encuentra en medio de la cocina. Emilia no comprende cómo puede servir de algo una bomba semejante. El agua en la cocina significa que el nivel ha alcanzado el suelo; justo allí, en los ochenta metros cuadrados de su planta baja, le parece imposible cambiar nada. La arena, la madera, todo es un caso perdido, el agua ha derribado las barreras. Bruch pone la radio, busca en su teléfono información sobre los niveles del agua y el pronóstico del tiempo. En las Ardenas y en el norte de Francia los ríos siguen creciendo con las lluvias. Con un rotulador y la cinta métrica convierte la jamba de la puerta en una regla graduada. Apunta el nivel del agua en un papel que se guarda en el bolsillo del pantalón.

—Hay que subirlo todo.

Durante las horas posteriores cargan con todo hacia arriba. Mesas, sillas, bolsos, cajas. Emilia llena una y otra vez una caja y una mochila grande con libros, los lleva al dormitorio de Osip, lo descarga todo allí y vuelve a empezar. Bruch atornilla las puertas de los armarios bajos de la cocina. Con una convicción que claramente está dirigida a sí mismo, explica que las cocinas están hechas de un material resistente al agua. Pero ella mira el zócalo de madera en la zona inferior; la parte interna de los armarios está revestida con una chapa fina, algo entre madera y cartón. Las nubes han descendido por completo y penden en brumosos penachos sobre la tierra, atrapando la luz. El

agua ahora está ya un centímetro más alta que hace un momento. Si la casa se derrumba, si los daños son irreparables, si tienen que mudarse a otra sin poder amortizar la hipoteca, si se ven obligados a ir a parar a una minúscula vivienda de dos habitaciones, por supuesto en esta zona, ya que en la ciudad sería demasiado caro; si por esa razón intenta sacar todo lo que pueda de SOS, o peor aún, debe seguir trabajando allí para tener seguridad; si entonces han de vivir en esas dos habitaciones donde por la noche haya que transformar un sofá en una cama; si no queda nada de la vida en su forma actual, con espacio, distancia, libertad, lujo... Si ya no tienen cerca el río; si terminan odiándolo por lo que les ha quitado; si por el agua pierden todas sus pertenencias, conforme a la tradición holandesa... Si no les queda nada más que ellos mismos...

—¡Ya hemos terminado! —vocifera Bruch—. ¡Vamos arriba!

Se compraron una furgoneta, instalaron una cama dentro y recorrieron Italia. A lo largo de la costa adriática hacia el sur, por el tacón, la suela y la punta de la bota, y subiendo por el mar Mediterráneo. Por las noches aparcaban el vehículo tan cerca del mar como les era posible; por las mañanas iban a nadar para despertarse. En un restaurante de aspecto pobretón de un pueblo turístico desierto, donde comieron un pulpo delicioso, Bruch le pidió matrimonio. Ella le dijo que no. No creía en el matrimonio, en un contrato con una tercera parte, el estado o la iglesia, en algo tan anticuado e innecesario.

Bruch, hombre inteligente, sensible a un buen argumento, sin muchas convicciones tradicionales, no comprendió nada. Le pareció una rebeldía innecesaria. Temeridad racional. Miró hacia el mar, entornó los ojos, miraba como un marino. El cielo era azul y el viento soplaba con suavidad, pero tenía algo de expansivo. Una muchacha con un vestido a cuadros les trajo otra jarra de vino. Bruch comía pan. Ella no pudo determinar lo decepcionado que estaba. Follar contigo, pensó ella, es olvidarlo todo, atreverse a saltar, atreverse a caer. Si no hay nada en juego, todo es un juego. Se dio cuenta de que su objeción era un vestigio de su vida pasada, anterior a Bruch, anterior al agresor, anterior al par de pequeños pasos que la habían alejado por fin de Jacob. Su no era el abrazo a una suerte de autonomía de la que ya no esperaba nada más. Así que entonces le dijo que sí. Pero lo dijo demasiado quedamente y justo al mismo tiempo que la pata de la silla producía un ruido chirriante al ser arrastrada sobre las baldosas cuando Bruch se levantó para ir al baño.

Él le puso la mano sobre el cabello. Se la deslizó muy levemente por la oreja, por el cuello, hasta introducírsela dentro de la blusa. Ella suspiró. Se inclinó hacia ella, le dijo «suspiras» y se fue con una de sus suelas despegada, que sonaba como una chancla en el suelo de la terraza. ¡No lo había oído! Buscó un bolígrafo, pero no tenía ninguno. Luego quiso escribir «sí» con el dedo en la salsa de su plato, pero no quedaba salsa en el plato. El mar estaba

calma y parecía poco profundo, como si solo hubiera un par de decímetros de agua sobre una superficie infinita.

Pasaron veinticuatro horas antes de que consiguiera hacer inteligible su sí. Estaban acostados en la furgoneta.

—A propósito de esa pregunta.

—¿Sí?

—De si quiero casarme contigo.

—¿Sí?

—Quisiera..., bueno..., volver sobre el tema.

—¿Sí?

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí.

Su mirada fue de terrible satisfacción, como si todo hubiera transcurrido exactamente como él esperaba. Ella quiso volver a retractarse, pero él la abrazó y le susurró cosas al oído. El mundo se abrió a una nueva dimensión. Se comprometió. Pensó en la reacción de sus hermanos, ahuyentó el pensamiento. Y pensó: podemos hacer todo lo que queramos, no hay nadie a quien tengamos que preguntarle nada, podemos casarnos, tener hijos, no regresar nunca más a los Países Bajos.

—¿Hay algo más que deba saber? —estaba tumbado encima de ella y Emilia le preguntó a qué se refería. ¿Había que intercambiarse los currículos sexuales después de haber dado el sí, o algo parecido? ¿Formaba parte de un ritual? Él dijo que no. Dijo que era una broma. En ese momento se había visto tan embargada por sus propios secretos que no pensó en que tal vez él tuviera lo mismo, un secreto que lo devoraba, palpitaciones ante la idea de tener que contárselo.

Es un recuerdo romántico: esa furgoneta, ese viaje, la petición de mano y su respuesta. La verdad es que estaba cansada, que todavía tenía miedo. Se tomó el matrimonio como una promesa del comienzo de una nueva vida, el dejar atrás para siempre otras cosas, otros amores, heridas sufridas. No podía ser mejor y más concluyente. Era una huida, la búsqueda de un refugio bajo la campana de cristal.

—Dios mío, Bruch, ¿no tenemos vino?

En una mesita hay una botella de agua con dos vasos. Al subir, había apagado el interruptor principal. La habitación huele a madera, suena hueca, está iluminada por un par de velas y la lámpara de gas.

—Debemos mantener la cabeza despejada.

—No te estoy hablando de un barril, cariño, sino de una copa.

—En una de esas cajas —le señala la pared de cajas y recipientes. Ese gesto, sus frases, su tono, su mirada recriminatoria la vuelven cabezota y se pone a retirar y a abrir las cajas hasta que encuentra una botella de vino. Un tapón de rosca, por fortuna. Ve cómo él la está mirando.

—¿Tú también quieres?

Él le acerca su copa sin decir nada. Señala hacia un reloj.

—He puesto una alarma en este despertador. Bajaremos cada dos horas para ver la altura del agua. La apuntaremos con la hora al lado.

—¿Y cuando estemos dormidos?

—Entonces el despertador nos avisará.

—Muy bien.

—Es lo que acabo de explicarte.

—Sí, perdona, bien, excelente. Ponlo, el despertador.

—Ya lo he puesto.

—Por supuesto. Salud.

—Sí —y al cabo de un silencio—: Salud.

Apenas es capaz de pronunciarlo. Ella vacía la copa de un trago.

—¿Crees que te estoy engañando? —el silencio se prolonga tanto que empieza a dudar si ha formulado la pregunta.

—No. No lo creo.

—Yo creía que era lo que creías.

—Pues no.

—¿Qué es lo que creías entonces?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué creías entonces que pasaba?

—¿Pasaba?

—O pasa.

—¿Por qué no cuentas sin más lo que pasa en lugar de obligarme a hacer conjeturas?

Tenemos que hacer una criatura, piensa ella. Es algo muy posible. Las cifras sobre las probabilidades de embarazo de madres por encima de los cuarenta provienen casi todas de datos del siglo XVIII en parroquias francesas. Un nuevo bebé es un nuevo comienzo. Y una buena historia. «Fuiste engendrada durante las inundaciones. En la buhardilla. Poco antes de que el río se tragara la casa. Tus padres flotaban por el jardín mientras la semillita se introdujo nadando en tu madre. Estaban cansados, reconciliados, tus padres, sabían que algo había comenzado de nuevo. Poco después llegó la fusión, el anidamiento, y empezó la infinita división celular, la proliferación de vida que se completó y perfeccionó en ti. ¡Y por eso a ti también te gusta tanto nadar!». En sus pensamientos mira a una niña pequeña que es su vivo retrato cuando lo era ella y tras ella están sus dos hermanos, justo lo mismo, casi justo el mismo retrato, pero nadie se muere. Y nadie se hunde por el remordimiento. Se llena la copa de nuevo.

—Tuve una conversación con un par de padres en el patio del colegio sobre el porcentaje de probabilidades de que haya una inundación. Ellos pensaban que serviría de algo ponerse a buscar cuándo fue la última vez que hubo inundaciones aquí. Entonces les conté el chiste de la operación que solo tiene un diez por ciento de probabilidades de salir bien. ¿Lo conoces?

—No.

—Meten en el quirófano a un paciente con los nervios de punta por esa pequeña probabilidad de supervivencia. El cirujano le dice: «¡No se preocupe, caballero, hoy ya se han muerto nueve en mis manos!».

—¿Les pareció gracioso?

—Sí, creo. Se rieron. Un poco.

Bruch se ha tendido en una de las camas con un libro sobre el pecho. Un bebé. Sentir otra vez esa ilimitabilidad literal. Ese límite nebuloso entre un cuerpo y otro, el punto de fuga de una existencia puramente física. Una

intensidad para la que no existe ninguna palabra adecuada. Amor, pero de una forma específica.

—¿Me cuentas tú algo?

—No. No hay nada que contar.

Le pican los ojos y le retumba la cabeza. Mantiene las palmas de las manos en el suelo frío. Ojalá sonara el despertador. Cuando suena, Bruch baja y, una vez allí, a ella le desaparece la bruma de la cabeza. Cuando regresa, son las dos en punto, la hora de eliminar barreras y hacer un hijo. Limitados por la siguiente vez en que vaya a sonar el despertador, acompañados por las ciento veinte multiplicadas por sesenta y por los dos tictacs del reloj. Catorce mil cuatrocientos golpecitos secos y tranquilizadores del tiempo. Podría ir contándolos si no consiguiera concentrarse de otra manera. Dos horas, y dentro de ellas una misión clara. ¿Qué son dos horas de tu vida? Si cuenta los días desde su última regla, encaja a la perfección. ¿Su deseo estaría dictado por la predisposición física? Ayer todavía no sabía que quería otro hijo. Hoy lo único que no sabe todavía es cómo podría salvar el metro y medio que la separa de Bruch. Él es un extraño, un hombre con un libro en una cama, una cámara acorazada. Se propone tocarlo, ya no tiene miedo, pero es algo descabellado.

—Cuando estuve en Ámsterdam me encontré a Vincent.

—Ya lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Me llamó por teléfono esa misma noche.

—No le iba muy bien.

—No, estaba claro.

—¿Por qué no me dijiste que te había dicho que me había visto?

—¿Por qué tú no me dijiste que lo habías visto?

—Me había olvidado. Se sentía viejo.

—Sí.

—Fue bastante... patético.

—Tenía la sensación de que la muerte iba pisándole los talones.

—Está a mitad de los cincuenta.

—Algo así.

—¿Qué estás leyendo?

—*Memorias del subsuelo*. Me lo dio un paciente.

Se tumba junto a Bruch y siente el calor de su cuerpo. Él lee, el tiempo

pasa, ella piensa: cada minuto estoy mejor y estamos mejor. Llega un mensaje de Sophie con una foto de los dos niños durmiendo. Suena el despertador y Bruch baja. Ella se llena la copa. Qué idea más absurda había sido esa de contárselo, habría desequilibrado todo y después habría costado un tremendo esfuerzo volver a equilibrar las cosas. Por un instante se le ocurrió que el cielo debería aclararse. Pero es un raro pensamiento moderno ese de que solo puedes llegar a sentirte tú misma bajo un cielo sin nubes. La vida está llena de escombros y manchas, llena de desconchados en el esmalte. Que la sinceridad sea tan importante, más importante que cualquier otra cosa; que deberías fusionarte con tu compañero; que deberías compartir toda tu historia, la totalidad de tu depósito de sentimientos; que no contarle a tu amado lo que te ha hecho daño en el pasado es un error, una oportunidad perdida o una forma de insolencia; que comunicas la historia de tu vida para llegar juntos a la misma historia común... De una vez por todas, piensa ella: no. Los hechos y la verdad no están relacionados necesariamente por ningún vínculo. La sinceridad y la intimidad no son prolongaciones una de la otra. Qué idea tan demencial pensar que Bruch y ella estarían a ambos lados de un ancho río. Qué idea tan estúpida pensar que ahora, por ese ocultamiento, ya no podrían estar profundamente unidos. El error no es que ella no se lo haya contado nunca, lo erróneo fue que hubiera ocurrido. Pero no hay nada que hacer. Y no es necesario que algo se saque a la luz para poder encontrar consuelo. Están juntos, ella está segura, todo debe ser como en realidad son las cosas.

Bruch regresa y pone la radio. El agua en la cocina ha vuelto a subir unos centímetros y ahora ha llegado también al porche delantero. También ha empezado a llover de nuevo. El agua golpea la ventana de la buhardilla. En la emisora local informan sobre la evacuación de un pueblo que hay un poco más allá. Será una cuestión de tiempo que ellos también tengan que abandonar la casa.

—Parece como si tuvieras fiebre. ¿Estás bien?

—Voy a escribir un libro.

—¿Ah, sí?

—Una biografía.

—¿De quién? ¿De Quetelet?

—Del promedio. Voy a escribir una biografía acerca del promedio —él se

queda mirándola, entorna los ojos. Ladea la cabeza un poco a la izquierda. Interés—. La historia de la media aritmética y la moda y la mediana. Pero también sobre cómo la media aritmética determina la norma, cómo diferenciamos lo que es normal registrando lo más recurrente. Trata de la persona normal, de pertenecer al grupo más grande, de quién define esos grupos, de las implicaciones de la excepción. Trata de la distribución normal como estructura. Trata de los valores atípicos, ¿sabes lo que son?

—Sí, ¿qué eran?

—Los valores que se desvían muchísimo se declaran valores atípicos y se eliminan del conjunto de datos antes de que se realicen los cálculos estadísticos, lo que lleva a otro valor para la media aritmética distinto de cuando se habían incluido. Los valores atípicos pueden ser la consecuencia de errores de medición o de acontecimientos excepcionales que no has querido tener en cuenta, pero no hay ningún criterio matemático unánime para declarar como valor atípico un resultado determinado. Es una cuestión de interpretación, de juicios subjetivos. En la Oficina Central de Estadística lo denominan «validación de datos». Allí hay gente trabajando que no hace otra cosa más que estudiar todos los datos que entran para ver si entre ellos hay algunos discordantes que deban ser filtrados. Además, se observa incluso la historia partiendo de la idea de que los valores de este año para una estadística determinada no deberían diferir de manera demasiado radical de los del año anterior.

—Deberías hacerte con esos valores atípicos de la Oficina Central de Estadística. Así como Stella convierte la basura en arte, tú deberías crear una estructura con todas esas anomalías rechazadas.

Stella es una amiga de Bruch. En una ocasión, él le compró una pequeña escultura realizada en hierro y caucho, que representa a una pareja bailando, y la puso en la mesa de su cuarto. A Emilia siempre le ha producido cierta sensación de incomodidad.

—... del promedio como excepción, por ejemplo, cuando se construye a partir de los extremos... —mientras parlotea, se ha sentado sobre él y le ha deslizado las manos bajo el jersey y la camisa, sobre la cálida piel de su pecho. El despertador hace tictac.

—La persona normal, el hombre promedio.

—Quetelet lo llevó al terreno práctico. En qué mes se nacía y se moría más, zurdera, enfermedad, estatura, peso, cantidad de hijos.

—¿Cuándo fue? Estás ardiendo.

—En 1830. Tienes las manos frías —se inclina y le besa el cuello.

—Te está ardiendo la cabeza, Emilia.

—Pues yo me siento muy bien.

—¿De verdad?

—Hueles muy bien —le mete la cara en la axila.

Él le introduce las manos bajo la ropa. Es verdad, tiene fiebre, el corazón le palpita en las mejillas. El agua que repiquetea sobre sus cabezas se parece muchísimo al sonido de la lluvia entonces, doce años atrás, en su piso. Él la había salvado. Ella había estado ocupada ideando posibles maneras de escapar de su vida, irse de los Países Bajos, desaparecer de su familia. Era incapaz de encontrar su sitio, no había ninguna forma de vida adulta con la que pudiera reconciliarse. Nunca se había enamorado, estaba demasiado atada a Jacob, durante un tiempo había tenido una relación con un antiguo profesor casado, tenía una aventura con alguien de vez en cuando, nada que pudiera hacerse público, nunca con perspectivas. Y entonces apareció Bruch. Él la había apartado de los extremos, él había sacado el amor del rincón clandestino y le había brindado una perspectiva sobre una vida, una vida en común. La había atraído bajo la campana de cristal, en medio de la curva de la campana. De pronto lo ve todo cristalino. No contarle, piensa, no contarle nunca. Esa burbuja de crueldad y dolor y humillación no puede pincharse e infiltrarse en el resto de su vida.

Le baja el pantalón. Luego se levanta y se desnuda. Él está allí tumbado y la mira. Este es mi cuerpo, piensa ella, y ese es mi hombre. Vuelve a sentarse sobre él. El despertador hace tictac, el agua sube; si fueras un pájaro, verías ahora la casa en medio del río embravecido, con la luz trémula de la vela tras una pequeña ventana de la buhardilla.

Se le mueven los labios, dice algo, ella tensa los músculos para succionarle su interior. «¡Sí —dice tan alto como le es posible—, yo también!». Tal vez haya dicho que está gozando, o que la ama, las cosas que se dicen. Se le vuelven a mover los labios, ¿por qué ya no le funcionan los oídos, estará perdiendo poco a poco los sentidos? Él tiende las manos, en dirección a su cuello. ¿Luchó? ¿Intentó, en aquella ocasión, librarse de él o hacerle daño? ¿O necesitaba toda su concentración para mantenerse de una pieza, no fragmentarse, seguir viviendo? Hubo también un momento en el que estuvo segura de que no habría sido nada grave morir. ¿Qué podría haber de malo en una calma total, en una relajación tan profunda y tan completa en la que desintegrarse y desaparecer lentamente? No, ella no había luchado. Se había quedado tumbada lo más tranquila posible. Al principio había hablado, le había dicho que quería hablar con él, que después podría seguir haciendo todo lo que había planeado, pero que antes quería hablar con él. Había creído en la lógica de un argumento, y en su propia fuerza de convicción. Él no respondió a sus palabras, le puso la mano en la boca y, cuando ella intentó de nuevo decir algo, le golpeó el rostro con el puño y gritó.

Bruch la gira sobre la espalda, ahora él está encima. Él, Bruch, nadie más, tierno, tolerante, cariñoso. Pronuncia su nombre. Su peso le aprieta los pechos, le impide respirar bien. Ella intenta empujarlo un poco más hacia arriba y, entretanto, sigue moviéndose de cintura para abajo, por no darle la impresión de que quiere parar. Se pone las manos en los hombros y levanta los codos como si fueran puntas, así no podrá alcanzarle el cuello, todo es muy sencillo, eso es lo único que debe intentar evitar, así podrá desconectar. Por encima de sus codos puntiagudos le ve el rostro. Sigue teniendo todavía esa arruga ondulante encima de los ojos.

—¡Emilia! —sí, soy yo—. ¡Emilia! —le separa los brazos y se los pone sobre la cabeza, queda indefensa. Sigue pronunciando su nombre una y otra

vez. Tiene que rematarlo, eso piensa ella, no debe perder de vista el objetivo. Intenta ponerle una mirada sensual, abre la boca. Él le coloca las manos a ambos lados del rostro. El dolor de garganta que tenía tras el estrangulamiento se parecía al dolor de garganta de una gripe. Le palpa con las yemas de los pulgares la arteria que palpita bajo la piel y ella siente redoblar el corazón en el cuello contra sus pulgares, él aumenta un poco la presión y ella, entonces, le ataca. Como si se le rompiera una goma en los miembros, una goma que hasta ahora lo ha mantenido todo bien conformado. Le golpea con el puño en la barbilla. Dios mío, qué está haciendo, ha sido un acto reflejo completamente equivocado. Sus piernas patalean. Bruch intenta sortearla, pero le alcanza en la rodilla y él grita y la agarra. Ella quiere parar, pero su cuerpo tiene unos planes totalmente distintos. Bruch libera su rodilla, la coge en sus brazos y la inmoviliza. Ella lucha e intenta morderle. Él inclina la cabeza para mantenerla fuera de su alcance y la rodea con sus brazos, apretándola.

—¡Lo siento! —chilla ella. ¿Por qué está chillando?—. ¡He perdido la cabeza! —intenta liberarse de sus brazos.

—Tranquila, Emilia, no importa, no importa.

—¡Bruch! ¡Ayúdame!

—Lo sé, lo sé, lo sé —la estrecha con delicadeza entre sus brazos, le anula despacio la resistencia mientras la abraza y luego se incorpora. A ella le castañetean los dientes y le tiembla todo el cuerpo. Sus piernas ya no dan patadas, pero todavía no controla las sacudidas. Él apila mantas sobre su cuerpo sudado, le pone la mano en la frente, como un médico. Está helada. Intenta luchar por salir de debajo de la manta, pero él se lo impide con una sola mano—. Tranquila. Tienes que tranquilizarte, estoy contigo —le sale sangre del labio. Se limpia la boca y se queda mirando la mancha roja en el dorso de la mano.

—Tengo que decirte algo.

—No tienes que decirme nada, tienes que seguir tumbada.

—Tengo que seguir tumbada.

—No hace falta que digas nada.

—No hace falta que diga nada.

—Ya lo sé, Emilia, lo sé.

¿Se ha corrido? No se ha percatado en absoluto, se mete la mano entre las piernas e intenta encontrar la prueba. Las tablas de pino frescas colocadas en fila hacia el caballete de la buhardilla empiezan a combarse despacio. El

sonido de la lluvia ya no puede localizarse. Está en todas partes a su alrededor y también dentro de su cabeza. Por el rabillo del ojo ve los destellos de una luz amarillenta. Se pone las manos sobre el vientre. Bruch respira.

—Llevabas una blusa verde con pequeñas estrellitas blancas, los brazos te asomaban apenas justo por encima de los codos. La piel de tus brazos, bronceada y con pelillos rubios, tu cabello oscuro que te caía suave y ligero por el cuello y sobre los hombros, tus manos sobre la mesa, tus uñas cortas, tus muñecas que yo podía abarcar con facilidad, tus ojos, las pecas en tu nariz. Estabas tan viva, tan chispeante, tan interesada en mí; cuando me sonreías, yo levitaba. Me parecías increíblemente guapa y graciosa. Durante toda aquella tarde y toda la noche, fui incapaz de borrar la sonrisa de mi cara. Me costaba un enorme esfuerzo presentarme de manera correcta ante mis pacientes terminales sin ofenderlos con mi alegría.

»Cuando no me volviste a coger el teléfono en los días posteriores, supe que algo terrible había ocurrido. Que estabas muerta, atropellada, raptada, asesinada. Tenía la autoestima suficiente como para no pensar que ya no querías volver a verme y la confianza suficiente en ti, en que no serías tan cobarde de no decírmelo si así era. Sabía que la manera en que me habías mirado no había podido cambiar sin la intervención de algo extraordinario, al contrario. Te llamé, te dejé mensajes en el contestador. Al cabo de un par de días llamé a Jan, ese amigo que me había llevado a la fiesta, y le pedí el número de tu hermano. Jacob estuvo grosero y antipático y no quiso darme tu dirección. Luego llamé a SOS. Se puso Eddy al teléfono. Me dijo que estabas de vacaciones. Yo debía asistir a un congreso en Maastricht y tuve un par de días de distracción. Conforme iba transcurriendo el tiempo sin verte, la confianza en mí mismo iba decayendo. Sin ti cerca, mi enamoramiento no hacía más que crecer en intensidad. En los momentos de mayor cinismo pensaba que estabas utilizando un truco para que me volviera completamente loco por ti. Y luego volvía a intentar convencerme a mí mismo de que te había soñado. Tú llevabas ya tiempo haciendo otras cosas. De vacaciones. Con alguien. Me consideraba un perfecto idiota. La preocupación se transformó en autocompasión. Me acosté con otra persona. Intentaba no pensar en ti. Me imaginaba rasgos estúpidos y feos en ti. Intentaba despreciarte.

»Al teléfono de tu casa seguía sin contestar nadie y era incapaz de dejar más mensajes. Estaba enfadado y quería decirte cuatro verdades. El lunes siguiente volví a llamar a SOS. Eddy me contó entonces que alguien te había internado en el hospital. Al principio pensé que estaba bromeando, pero me dijo que era cierto. Te habían atacado en tu propia casa y te habían dado una paliza. Me dijo que te habían roto la mandíbula, pero que por lo demás no era nada grave y que estabas bien. Le pregunté en qué hospital estabas. Me dijo que habías estado en el Lucas. Y me dio tu dirección. Parecía como si disfrutara mientras me lo contaba, la circunstancia de saber todo eso de ti. Intenté imaginarme quién podría habértelo hecho. Pensé en Jacob, que había sido tan grosero conmigo, y en la fiesta en la que te había visto por primera vez. Cuando me fui, estabas tumbada en el suelo entre tus dos hermanos. Jacob te había puesto la mano en el muslo, un gesto íntimo y posesivo. Intenté recordar si me habías contado algo de tus compañeros de casa o de los vecinos, si había personajes chiflados en tu entorno. Me di cuenta de que sabía pocas cosas de ti. De vez en cuando intentaba llamarte por teléfono. En una ocasión estaba comunicando. Nunca lo cogías.

»Después de haber conseguido controlarme, al cabo de un par de días llamé a un amigo mío que trabajaba en el Lucas Andreas. Le pregunté si quería hacerme el favor de mirar en tu historial clínico. Me dijo que te habían violado, enumeró todas las contusiones internas y externas, la fractura de mandíbula, los dedos y las costillas rotos, los arañazos, los cortes; me dijo que debido al estrangulamiento tenías tan magullada la laringe que no habías podido hablar durante días. Me lo envió todo. También aparecía escrito que, salvo la policía, nadie había ido a visitarte.

»Esa noche estuve al menos dos horas en la oscuridad ante tu puerta. Miré tu apellido en la placa de hierro, el vidrio con burbujas en el panel, la pintura descascarillada, la redondez perfecta y reluciente de tu timbre. Crucé y miré hacia las ventanas. Solo había luz en la segunda planta. No vi movimiento ni siluetas ni sombras. Al final la luz se apagó. Me fui a casa. En algún lugar leí que el grueso de las violaciones lo cometían conocidos, antiguas relaciones, citas, a menudo también las parejas.

»Todos los días pasaba andando o en bicicleta por delante de tu casa, en ocasiones tres veces un mismo día. Confiaba en que pudiéramos vernos por casualidad. Esa me parecía la única manera posible, la casualidad, impuesta

por ese merodeo mío en tu calle. Había dejado escapar la oportunidad de llamar al timbre, de decir que lo sabía o de hacer como si no supiera nada. Al cabo de un tiempo, volví a dejarlo. En realidad, me pareció lógico que no tuvieras ganas de comenzar con un nuevo amor. Me di cuenta de que te había perdido.

Bruch le agarra la mano, ella se lo permite, pero no aprieta a su vez, su mano yace blanda sobre la de él. Ya no tiritita, el frío de hace un rato se ha congelado y la tiene sujeta como con unas tenazas. Tal vez estar muerta sea más como eso, fragmentarse disolviéndose en el universo sin ningún calor, ningún chute de heroína al cuadrado, sino esta gélida petrificación.

—Llamé a Mariette, y pasé un fin de semana con ella. Fue entrañable y me sentí como un miserable. Creía que regresar a algo que había concluido era en realidad seguir manteniendo abierto todavía, de una manera u otra, el camino que llevaba hacia ti. Así estaba acostándome con alguien distinto, pero alguien del pasado, alguien de antes, no había *avanzado*. Íbamos a ir un par de días a Bruselas, Mariette y yo. Me inventé remedios heroicos para dejar de pensar en ti y ahuyentar mi sentimiento de culpa.

»Pero entonces llamaste. El tiempo entre nuestra conversación telefónica y tu llegada a mi casa, cuánto debe de haber sido, a lo sumo una hora, lo pasé en estado de excitación nerviosa. Primero llamé a Mariette para cancelar nuestra cita. Fui duro y grosero porque debía impedir a toda costa que viniera a casa. Cuando colgué, ella estaba llorando. No me conmovió. Volví a meter en el armario todo lo que había en la maleta. Me duché, me cambié de ropa y recogí la casa. Pensé que tu cuerpo, tan gravemente mancillado, ahora recuperado, ya no habría vuelto a ser tocado por nadie después de ese suceso, que en cierto sentido volvías a ser virgen, un pensamiento ridículo del que me avergüenzo, pero el pensamiento me excitó sin quererlo.

»Cuando abrí la puerta, me pareciste tan pequeña, tan delicada. No sabía qué tenía que decir, apenas me atrevía a mirarte. Te quitaste enseguida los zapatos. Me pareció extraño. ¿Era esa una declaración? No tenías aspecto de víctima. Estabas soberana, irónica. Y eras una completa extraña para mí. Y entonces me besaste. Me obligué a adoptar una actitud pasiva, a no emprender nada, solo a hacer lo que me permitieras hacer. Te estuve vigilando. Buscaba en tu rostro señales de *stop*. Rastree tu cuerpo en busca de cicatrices. La línea deshilachada blanca en el muslo izquierdo era anterior, cuando eras una niña, porque en los bordes veía cómo había ido estirándose con el crecimiento de la

piel. Supuse que te habrían vuelto a colocar bien la mandíbula y que te la habrían suturado. Tenías una especie de mancha en el vientre, que podía ser piel trasplantada. No te había visto desnuda nunca antes, así que no podía comparar. Te miré el cuello y pensé en tu laringe contusionada. En tus cuerdas vocales, en el tono susurrante en el que habrías hecho la denuncia y la conversación que debías de haber mantenido con tu médico. Pero no vi ninguna señal de *stop*, ninguna barrera, ninguna luz en rojo. Te entregaste. Al terminar, tenías la cara mojada; por las lágrimas, pensé, pero no te había visto llorar. Dudé de mí. Como si hubiera estado soñando. ¿Te había cuidado bien de verdad? Estábamos tumbados el uno al lado del otro, mirábamos al techo. Justo como estamos tumbados ahora aquí. Aguardé a que me contaras por qué te habías mantenido alejada durante todas esas semanas. Aguardé a que me contaras por qué estabas en ese momento en mi cama.

»No dijiste nada. Tampoco al día siguiente. Y luego te fuiste a casa.

»Cuando llegaste a casa, me llamaste por teléfono. Como prueba, dijiste, de que el silencio ya se había terminado. Pero durante los días posteriores me percaté de que el silencio no se había terminado en absoluto. ¿Por qué no me contabas nada? Me di una semana. Me di otra semana. Me di un mes y luego otro. Olvidé la fecha límite. Olvidé el motivo para contarte que lo sabía. Comprendí que no querías que se interpusiera entre nosotros, al menos fue así como concebí el silencio. No conseguí contarte que ya estaba allí y que, hablando de ello, nos lo quitaríamos de en medio. Lo discutí con Vincent. Sé que te resulta terrible oírlo, pero me prometió que nunca se lo contaría a nadie y creo que ha mantenido su promesa. Entonces, además, todavía no era tan..., bueno, lo que tú llamas patético... Era un buen muchacho, muy imaginativo y con mucha empatía, justo lo que yo necesitaba. Yo quería respetar tu decisión de mantenerlo en secreto, él me juró que te sentirías liberada si te decía que ya lo sabía. Me avergonzaba haberlo sabido desde hacía tanto tiempo. Me dijo que eso podía explicarse. Me dijo que debía aprovechar la ocasión de convertirlo en algo compartido... Las oportunidades se presentaban continuamente, momentos en los que quería decírtelo. Cuando estuve por primera vez en tu casa y vi el lugar donde había ocurrido, cuando nos fuimos de vacaciones, cuando te viniste a vivir conmigo, cuando te pusiste a vomitar en medio de un jugueteo mientras nos peleábamos, mientras me parecías inaccesible, cuando nos casamos, cuando te quedaste embarazada, cuando la comadrona te preguntó si habías tenido alguna vez una experiencia sexual

desagradable, porque podría revivirse durante el parto, y tú habías respondido que no... Pero quedó en un segundo plano, la vida nos absorbió, yo lo olvidé. U opté por olvidarlo.

Emilia mira fijamente un nudo de la madera que hay justo encima de ella.

«A los caballos, a las armas, nos han traicionado», empieza a cantar una vocecilla en su interior, primero en voz baja, pero creciendo poco a poco hasta convertirse en una fuerza atronadora.

El agua, que al principio subía tranquilamente por el vano de la puerta, se ha transformado en un gran remolino. Ya no es un charco de agua sucia, yaciendo tranquila en la habitación, casi amable. El propio río, estorbado en su curso por nuevos obstáculos extraños, como las paredes, fluye ahora por la casa y gira bajo la escalera. Siempre de izquierda a derecha, como un verso, decía Bruch cuando discurría todavía seguro entre sus dos orillas... Emilia piensa en la anécdota sobre su abuelo, que cayó al agua dentro de su coche, se liberó y subió hasta una orilla, se llevó las manos a la cabeza y, de inmediato, volvió a zambullirse en el agua, buceó hacia el coche, que se había hundido hasta el fondo, encontró su sombrero y subió de nuevo a la superficie, esta vez como el señor que era. Está sentada en mitad de la escalera. Por la ventana entran flotando en la casa los restos del granero y una viga choca contra los armarios de la cocina. Sobre la casa suena el rotar de las aspas de un helicóptero. Ella tiritita a la luz grisácea de la mañana, le zumban los oídos.

Habían estado tumbados, mirando al techo sin cesar. Si permanecemos callados durante tanto tiempo como él ha estado hablando, el tiempo se dará la vuelta, ese silencio funcionará como una goma, pensó Emilia, y al cabo de un rato está segura: he estado delirando, no ha ocurrido nada en absoluto.

Entonces él volvió a ponerse de rodillas y se quedó mirándola.

—Di algo —imploró. Nada de sueños.

—Pero, si ya lo sabes todo, ¿no?

—Emilia...

—Convenciste a un médico para que violara el secreto profesional. Lo has descubierto todo, lo has averiguado todo, lo has leído todo sobre el tema. Has estado escudriñando dentro de mí y sobre mí en busca de señales. Cualquier comportamiento extraño mío, en cualquier momento, lo has situado y

comprendido en este marco. A eso me has reducido, has hecho justo lo que yo no quería que ocurriera. ¡Y yo no lo sabía! —chilló.

—¡No es así!

—Yo solo puedo rellenar un poco, el dibujo ya está ahí.

—¡No, no, no!

—Me has convertido en un caso. Estuviste pensando durante todo este tiempo que yo era un caso. Vivías con ello e intentabas olvidar lo ocurrido.

—¡No es cierto!

Encerrado en ella, bajo la corteza ardiente de la ira, arde algo distinto. Un deseo de consuelo tal vez. Algo que no comprende.

—¿No? ¿Qué más puedo contarte yo?

—¿Quién era?

—¿No tienes ningún amigo que trabaje en la policía?

—Emilia, no te pongas así, no lo hagas, no lo hagas.

—¿Así que lo sabías todo, pero lo único que no sabías era quién había sido?

—No. Y tampoco lo que se siente.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres saber?

—¿Lo conocías?

—No.

—¿Qué clase de persona era?

—Pues ciertamente no era un buen chico.

Bruch da un puñetazo en la cama. Ruge de frustración.

—No llegaremos muy lejos si no arreglamos esto.

—¿A qué te refieres con que no llegaremos muy lejos? —dice ella con frialdad—. ¿Adónde quieres ir?

—¡Lejos! ¡Contigo!

—¿Y no es posible?

—No, así no es posible.

—¿A qué te refieres con «así no es posible»?

—A que así no podemos continuar. Que tiene que pasar algo.

—Lo has sabido todo el tiempo.

—Emilia.

—Todo el puto tiempo.

—Emilia.

—Me he esforzado tantísimo por conseguir que no fuera nada importante,

para protegerte a ti, a mí y a nuestro amor. Y ahora resulta que durante todo ese tiempo todo fue una mentira. Que todo ha estado ensuciado todo el tiempo.

—Emilia.

—Deja ya de repetir mi nombre sin cesar.

—Por favor.

Bruch estaba llorando. Debería decirle que justo en ese momento acababan de engendrar un niño. Al pensarlo, no tuvo más remedio que echarse a reír. Se rodeó el vientre con los antebrazos y se acurrucó bajo las mantas. Ahí escondida comenzó a hipar y, al cabo de un par de minutos, ya no sabía si reía o lloraba. Un hijo. Y un matrimonio que no va a durar mucho. ¿Qué pasará? Pensó en Vincent, que tras cada mirada que le lanzaba a ella, también la última vez, en su deplorable estado, allí en la Spuistraat, mantenía oculto su secreto. A eso era a lo que se refería entonces, cuando había dicho que ella era capaz de guardar un secreto. Era una suerte que Bruch le tuviera miedo a Jacob, de lo contrario se las habría arreglado para pedirle también consejo, ya que, después de todo, era psiquiatra, alguien que con toda seguridad tendría consejos para repartir. Quizá fuera Jacob el único que la conocía de verdad, que la conocía sin todo lo que se le había ido adhiriendo como musgo en el curso de los años.

En el agua flotan trozos de plásticos industriales, reconoce también el rojo de la cocina, que flota en fragmentos hasta el rincón. Si estira la pierna, toca el agua. Está fría. Siente la despiadada fuerza bruta del agua. No hará ninguna distinción, carecerá de motivos, arrastrará lo que no esté suficientemente fijado, de acuerdo con su naturaleza. No será en absoluto difícil ahogarse. Encoge las rodillas y se rodea las piernas con los brazos.

Bruch le había estado hablando, pero ella se había tapado los oídos con las manos y solo oía la melodía de su voz, llamativamente rítmica y llamativamente monótona. ¿Hablaba ese hombre acaso con palabras monosilábicas? ¿O separaba todas las sílabas? Con el paso del tiempo, el despertador había empezado a sonar otra vez. Bruch salió de la habitación, puntual como él era, probablemente también aliviado por poder alejarse de ella, yendo hacia los problemas concretos. Ella se metió las manos entre las

piernas. Un hijo, pensó. Luego salió gateando desde debajo de las mantas.

Había cogido el libro de Bruch, Dostoievski, y había leído un par de páginas cuando volvió a recordar de pronto su contenido, que ya había leído una vez en otro tiempo, el rechazo de la persona, la negativa a cobijarse bajo la seguridad en forma de campana de la persona normal, del promedio, la negativa a adoptar cualquier otra postura que no fuera la excepción, despreciando la seguridad que precisamente ella había estado buscando. Miró la buhardilla en derredor en busca de una salida, juntó toda su ropa, pero tiritaba y le castañeteaban los dientes mucho y tenía los hombros contraídos y parecía como si el cráneo le fuera a estallar. La distribución normal no era en absoluto el modelo adecuado, un error común del estadístico: partir del modelo equivocado. Habría podido adoptar mucho mejor la distribución inadecuada, la distribución previa impropia que se extiende de manera infinita a todas partes, una llanura como la superficie del agua, sin picos, sin refugios, así no la habrían engañado entonces tanto como ahora había descubierto.

Desde abajo se oía alboroto, ruidos de madera que se parte. Quizá fuera a derrumbarse la casa. Eso supondría una sincronización brillante por su parte. Se puso el pantalón y la camiseta y volvió a meterse en la cama, donde poco a poco iba teniendo menos frío, se relajó. Soñó que estaba atada a una rueda que giraba cada vez más rápido. La radio escupía noticias, interrumpidas por una música alta sincopada, sin armonía. De vez en cuando veía un atisbo de Bruch, que la miraba desde un rincón del cuarto. Recuerda también que se había peleado con él. Que intentaba tirar de ella hacia arriba, que gritaba, que le dio una bofetada en la cara. Ve claramente el rostro ensangrentado de él sobre el suyo.

—Tenemos que irnos. Vamos, Emilia, cariño, despiértate, ¿puedes mantenerte en pie?

El sonido del helicóptero se hace más fuerte. Suena una voz metálica amplificada que la llama.

—Señora Roovers. ¿Me oye? Venimos a ayudarla. Emilia Roovers. ¿Me oye? Intente abrir una ventana de la planta superior.

Se pone en pie y se dirige al dormitorio. Abre la ventana de la parte de atrás. Ante ella se extiende un mar gris y encrespado, con árboles y otros objetos flotantes. La luz del día penetra en su cabeza como esquilas. Un

helicóptero sobrevuela lo que una vez fue su jardín; tiene un lateral abierto, un hombre le hace gestos. Le tiende los brazos. El viento, provocado por las hélices, le da con las cortinas en el rostro. Sobre el agua navega a toda velocidad una lancha de la policía. Se detiene a poca distancia debajo de la ventana. En la lancha hay dos hombres, los dos con uniforme. Le hacen gestos con el brazo. ¿Van a salvarla?

—Vamos —gesticula uno con los brazos mientras sus labios conforman las palabras que ella no puede oír. Vamos. Piensa en lo que dice Blanche DuBois, al final de la obra de teatro, cuando se la llevan personajes con batas blancas. *I have always depended on the kindness of strangers...* («Siempre he dependido de la amabilidad de los desconocidos...») Se ha puesto el pantalón del revés, lo ve ahora. Y no lleva zapatos. Se sube al alféizar. Los hombres están cerca. Uno le grita algo incomprensible. El helicóptero hace un ruido horroroso. Un hombre le agarra los tobillos y ella se deja caer con cautela. Le rodea el cuello con los brazos, aprieta la mejilla contra el tejido fuerte y rígido de su abrigo y resbala hacia abajo. El hombre huele a combustible. Se golpea la cadera contra algo, él la deposita en el suelo. Nada puede eliminar la soledad. Solo hay parches, distracción. Han puesto ramas sobre el hoyo, ramas y césped, lo que te lleva a pensar que tienes un suelo firme debajo, mientras que en realidad lo que hay es un abismo. El helicóptero describe una amplia curva, busca altura y desaparece en dirección al este.

—Hola, señora, soy Harold, ¿se viene con nosotros? —tiene una voz bonita, eso sí, y es pelirrojo.

—A su marido ya lo hemos puesto a buen recaudo.

—¿Ah, sí?

La cubre con una manta y le enrolla los pies con otra. El otro hombre hace un gesto con la cabeza para animarla y le dice algo a un *walkie-talkie*. El primero se sienta frente a ella en el banco mientras el otro imprime velocidad a la lancha.

—La llevaremos a un lugar seco y cálido. Todo saldrá bien.

Agradecimientos

Gracias a Menno Hartman, a Merijn de Boer, a Laura Minderhoud y a Klaas Schermer por todos vuestros sensatos comentarios. Gracias a Tijn Borghuis y a Jan-Willem Romeijn por los datos estadísticos. Gracias a Marc Warning por la lectura en voz alta bajo el manzano. Gracias a Martin van Veldhuizen por haberlo leído conmigo, por todas tus ideas y por las conversaciones sobre Emilia, Bruch y Jacob, como si fueran amigos comunes.

Las citas de *A Streetcar Named Desire*, de Tennessee Williams, proceden de la traducción de Amado Diéguez.

MS

Una novela humana, directa y sin concesiones sobre el machismo, sobre la violencia sexual y sobre el camino para recuperarse de ella.

«Marijke Schermer ha escrito la novela perfecta.»

Ingrid van der Graaf, *Literair Nederland*



No hay ficción más perfecta que la que habita Emilia: la ficción del marido ideal y de los hijos encantadores, la ficción de la casa en las afueras, de los invitados interesantes, de los eventos culturales. La ficción de los objetivos cumplidos. La ficción de la normalidad, que es también la más frágil. Esta normalidad *a la fuerza* es a la que Emilia se ha entregado voluntariamente para suprimir el recuerdo de aquella agresión, hace ya años; para negar la herida y el daño y construir una realidad en la que ella no sea una víctima. Pero para que caiga una mentira solo hace falta un instante de verdad: un breve momento de pánico en una noche cualquiera hace que el dolor brote de nuevo y tome posesión de su vida.

La persona normal es la inaudita demostración de las capacidades literarias de Marijke Schermer. Por un lado, es capaz de levantar una vida ideal y manifiestamente falsa. Por otro, logra echar abajo de manera brutal pero cuidadosa esta misma vida enfrentándola a la que sigue siendo la realidad de muchas mujeres: la dependencia de los hombres, el poder de la mirada masculina, la violencia normalizada y la culpabilidad. Esta es una novela crucial para comprender cómo una agresión sexual pasar a ser parte de quien la sufre y cómo puede paralizar si no se le hace frente.

La crítica ha dicho...

«*La persona normal* es un tipo raro de novela, tan misteriosa como profunda, que sin esfuerzo ninguno saca a la luz las paradojas que acechan a cualquier hogar: la necesidad de que se nos proteja frente al deseo de ser libres; el

anhelo de intimidad frente a la incapacidad de transmitir nuestros propios secretos. Y los secretos sobre los que escribe Marijke Schermer son grandes y oscuros y violentos. Nos muestran que se pueden ocultar las heridas de una agresión sexual pueden, pero nunca se las va a poder sanar completamente. *La persona normal* es, fácilmente, uno de los mejores libros que han salido de los Países Bajos en mucho tiempo.»

Joost de Vries

«De *La persona normal* de Marijke Schermer obtienes todo lo que podrías pedir de una novela. Una estructura fuerte, un tema explosivo, un clímax sorprendente y unos personajes humanos [...Marijke Schermer ha escrito la novela perfecta.»

Ingrid van der Graaf, *Literair Nederland*

«Esta novela de Marijke Schermer tiene, se la mire por donde la mire, un comienzo que es tan clásico como ejemplar. Recuerda a las obras de Ian McEwan. Pero ese final se burla de las formas y las normas clásicas. *La persona normal* es ficción con todas las letras.»

Thomas van Veen, *NRC Handelsblad*

«Esa mezcla especial de sobriedad, observaciones distantes y elocuencia emocional hace que sea imposible leer *La persona normal* sin que nos conmueva.»

Marja Pruis, *De Groene Amsterdammer*

«Schermer nos mantiene en vilo al plantear qué papel tuvo la gente que rodea a Emilia (su marido, su misterioso hermano, un intrusivo compañero de trabajo) en lo que le ocurrió. La solución a su problema parece sencilla (contarle a alguien lo ocurrido), pero la autora deja dolorosamente claro que Emilia está representando un solitario número de equilibrista [...], que cualquier tipo de salvación o confort podría ser una ilusión.»

Jann Ruyters, *Trouw*

Sobre la autora

Marijke Schermer (1975) es una dramaturga y novelista neerlandesa. Sus obras teatrales han sido representadas por múltiples compañías internacionales y han sido traducidas a varios idiomas. Además, su primera novela, *Mensen in de zon* (*Gente bajo el sol*, 2013), fue elegida como mejor debut del año por el diario *Trouw* y *La persona normal* fue finalista en 2017 del principal galardón literario de los Países Bajos y Bélgica: el ECI Literatuurprijs. Actualmente, Schermer vive y trabaja en Ámsterdam.

Título original: *Noodweer*

© 2016, Marijke Schermer

Gestión de los derechos internacionales a cargo de Susanna Lee Associates Ltd.

© 2019, Julio Grande, por la traducción

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Este libro ha sido publicado con el apoyo de la Fundación Neerlandesa de Letras.

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

ISBN ebook: 978-84-204-3586-2

Imagen de cubierta: © Lara-Zankoul-Lebanon

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[La persona normal](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[*Agradecimientos*](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)